

AUTOBIOGRAFÍA DE UN REBELDE

MANUEL CABIESES DONOSO

Edición Actualizada

Punto Final Autobiografía de un rebelde

Manuel Cabieses Donoso



Derechos © 2015 Manuel Cabieses Donoso

Esta edición puede ser reproducida libremente en papel o en medios digitales.



Punto Final Autobiografía de un rebelde

Manuel Cabieses Donoso

Indice

Prólogo del Editor	9
PRIMERA PARTE. Ese jazmín era mi barco	
Capítulo 1. El Peneca fue mi maestro	12
El olor del jazmín	15
Capítulo 2. Mi padre: tengo una cierta sensación	
de amargura	16
Capítulo 3. Mi madre:fui muy cabrón con ella	20
«De cabro chico quería ser misionero en África»	20
Aprendí con los años a admirarla	21
Recapitulo la historia con mi madre	22
Capítulo 4. Del trabajo sindical al periodismo	25
Me declaré a través del periódico sindical	27
Corresponsal en viaje	28
Secretario de Clotario Blest	29
En Última Hora me hago periodista	30
Así empezó mi carrera de periodista en Última Hora	30
Volpone, La Gaceta y el Cura de Catapilco	32
Los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957	34
Periodista en Venezuela	36
Periodista político en <i>El Siglo</i>	37
y al fin, la Patria Grande: Cuba y la Revolución	37

SEGUNDA PARTE. Venezuela, Cuba Allende

Capítulo 5. Venezuela OK	39
El momento más feliz de mi vida	43
Y por tantas razones	44
Capítulo 6. Punto Final	46
Con Allende en la campaña del «Naranjazo»	47
En la campaña de 1964 con Allende	48
El verdadero padre de Punto Final	50
La DC y el socialismo comunitario	53
Nos unifica la Revolución Cubana	55
El debate de la estrategia guerrillera	56
Nunca una revista panfletaria	58
Las polémicas con la izquierda	58
Una cárcel confortable	59
Conducción política ideológica	60
Vitale, De Rokha y Droguett	62
Capítulo 7. El MIR	65
Una revista «como del MIR»	67
Luciano Cruz	68
El MIR y la lucha armada	69
Van Schouwen y los otros	70
El MIR, seres humanos	71
La imitación del Che	72
El voto o el fusil	73
El MIR un buen proyecto	75
Capítulo 8. El diario del Che	77
De cómo el diario del Che llegó a Cuba	78
El rescate de los sobrevivientes	82

TERCERA PARTE. La UP, el Golpe... prisionero

Capítulo 9. La «batalla de ideas»	85
Los periodistas de izquierda	88
El derrocamiento de Allende era irremediable	94
Capítulo 10. El Golpe	96
Capítulo 11. En el Estadio Nacional	104
Los doce gajos	104
Diputado por Puente Alto	105
Las señoras pitucas de la Cruz Roja	106
El huevo duro	107
En la bodega de un buque salitrero	109
Capítulo 12. Chacabuco	111
Capítulo 13. Puchuncaví, Tres Álamos y el exilio	115
CUARTA PARTE. En la clandestinidad	
Capítulo 14. Preparando la Operación Retorno	127
Hacia la Operación Retorno	129
La preparación militar	130
Errores fatales	131
Capítulo 15. El renacer de <i>Punto Final</i>	133
La ayuda de García Márquez	133
La muerte andaba cerca	137
Capítulo 16. En la lucha política	139

Capítulo 17. ¿El fin del comienzo? Amistad con Chávez	145
Con las FARC en los Llanos del Yare	147
Edwards y la Revolución Francesa	148
La publicidad estatal	150
ANEXOS	
Venezuela OK / Prólogo	154
Primera Asamblea de Periodistas de Izquierda	163
Carta a mi mujer	171
Cabieses, el combatiente	174
Política en el tiempo	174
La publicidad estatal	177
Cuba, te queremos	187
Réquiem en tono de tango	193
Llanto por el Chico Díaz	199
LA REVOLUCIÓN NECESARIA	
La revolución necesaria	204
¿Una nación de borregos?	208
Luz que agoniza	213
¿Con o sin las fuerzas armadas?	218
Province	222
Bibliografía	223

Prólogo del Editor

El Peneca fue una revista infantil ilustrada fundada en 1908 por editorial Zig-Zag. En 1921 asumió la dirección de la revista la escritora y periodista Elvira Santa Cruz Ossa, más conocida por su seudónimo de Roxane (1886-1960). Era una destacada mujer de avanzada: «Cuando en enero de 1921 el gerente de Zig-Zag me ofreció la dirección de El Peneca, mi primer movimiento fue de rechazo. Mi espíritu está más dispuesto a fundar una revista revolucionaria, respondí, y no una revista para niños (...) Reflexioné; pensé en el bien que podía hacer a los niños; pensé que ellos a su vez, pondrían suavidades de cuna en mi vida; pensé que haría de mi cargo de directora una misión espiritual. En todo espíritu de mujer hay gérmenes de madre y maestra». 1 Lo que Elvira Santa Cruz no imaginó fue que uno de sus lectores más fieles y fervorosos, el niño Manuel Cabieses Donoso, 44 años después, en 1965, fundaría y dirigiría hasta el presente, aquella revista revolucionaria con la que ella soñó: Punto Final. Y hoy, cuando la publicación cumple medio siglo de vida, Cabieses dice: «El Peneca fue mi maestro».

Ocean Sur entrega a sus lectores el testimonio de una vida construida con, por y en la Revolución. Cuando había que hacer trabajo de masas como sindicalista y dirigente gremial, Manuel Cabieses lo hizo, inclusive cuando fue prisionero. Cuando había

El Peneca, 22 de noviembre de 1926 (citado en Cecilia García Huidobro Mac Auliffe, P. E. (2012). *Una historia de las revistas chilenas*. Santiago: Ediciones Universidad Diego Portales (UDP). p. 137).

que transmutar la lucha política en titulares, editoriales y crónicas periodísticas, Manuel Cabieses lo hizo. Y también cuando hubo que alzarse en armas contra la tiranía. Casi una década de vida clandestina con pistola al cinto. La praxis del periodismo y la revolución convergieron en su vida, en su coraje y en su pluma. El título de este libro, *Punto Final*, refleja tanto el producto principal de su vida como la satisfacción de una vocación realizada hasta ahora en plenitud.

El cumplimiento de su vocación de revolucionario periodista — en ese mismo orden — no habría sido posible sin el concurso de una familia que en todo momento estuvo y está con él, en las duras y en las maduras. De su relato, surge la figura de una mujer real, pero que parece heroína de novela, Flora, su mujer, con la que ha estado codo a codo desde sus luchas sindicales de adolescente, hasta en la lucha militar contra la dictadura y el renacimiento de *Punto Final* en la transición.

No habría sido posible este libro sin la tenacidad del economista y amigo de Manuel, Rafael Agacino, quien lo entrevistó desde el 2011 hasta el 2014, logrando vencer la humildad y la introversión de un Manuel Cabieses que hasta hoy insiste en que su vida no es lo importante, sino la revista. Tampoco sin la paciencia de una transcriptora inteligente, como María Eugenia Saul, cuyos comentarios al margen, durante todos estos años, además de divertir, fueron dando pistas contextuales al editor.

Juan Jorge Faundes M.

PRIMERA PARTE Ese jazmín era mi barco

Capítulo 1

El Peneca fue mi maestro

Rafael Agacino primero y Juan Jorge Faundes después, insistieron en que la historia de la revista *Punto Final* necesitaba ir acompañada de la biografía de su director. Después de mucho darle vueltas decidí hacerles caso. Pero advierto al lector que perfectamente puede saltarse esta primera parte e ir directamente a los capítulos que tienen que ver con la revista y las tormentas sociales y políticas de este medio siglo.

Nací el 14 de julio de 1933 en la casa de mis abuelos maternos, una matrona asistió a mi madre. Soy dos años mayor que mi hermana María Amelia. También tengo dos medias hermanas — Mercedes y Marcela — por parte de madre, y un medio hermano — Benjamín — y dos hermanastros — Norma y Jorge Squella — por parte de padre. Por supuesto, también tuve padrastro y madrastra: Sergio Acuña, bombero y camionero, y Marta Couratier, descendiente de francés y viuda de un aviador. Ruego al lector que no intente desenredar este lío de parentescos. Yo lo intenté muchas veces pero desistí.

Avancemos unos cuantos años en este relato. Unas tías de mi madre veraneaban en Maipo, Buin adentro, donde tenían una chacra. La chacra de «las señoritas Donoso», unas ancianas bien conocidas y respetadas en el pueblo... En la chacra cultivaban ciruelas, paltas, nueces, hortalizas y sobre todo vino. Tinto y del otro. Tenían una bodega con grandes toneles y pipas. El encargado de todo era un administrador español. Mis tías abuelas eran rentistas. En su

casa en Santiago, vecina de la iglesia de los Capuchinos, tenían una bodega con los frutos que les enviaba el español. A la chacra de Maipo fui invitado a veranear en varias ocasiones. Las tías Regina, Antonia y Enriqueta tenían muchas historias y muchos gatos. Al atardecer de cada día, con sus dos empleadas, Berta y Flora, rezaban el rosario. Allí aprendí los «misterios gozosos» que la vida se encargaría más tarde de aclararme. En la biblioteca de ellas descubrí a Selma Lagerlöff, Fernán Caballero y Edmundo de Amicis, que son las primeras lecturas que recuerdo. Decenas de personajes extraños y atractivos y raros paisajes de otros mundos, llegaron a alimentar mi imaginación. Mi tía Regina, la mayor, bondadosa pero enérgica sin titubeos, desayunaba con una gran taza que tenía grabada en letras doradas la palabra Felicidad. Lo suyo era saborear leche y mucha nata. De ahí mi aversión absoluta a la nata. Mi tía Enriqueta – media coja y media loca – criaba gatos. A medida que se le morían, los sepultaba en un muro de adobes en el huerto que se fue convirtiendo en cementerio de gatos, todos con su lápida con su nombre y fecha de defunción.

La casa patronal de la chacra de Maipo era muy grande, en forma de ele. Al comienzo las tías me hacían dormir en un ala donde había varias habitaciones para huéspedes con trastos y muebles viejos. En la habitación que me destinaron había un armario y en su interior un santo de tamaño natural con ropajes de sacerdote. Dormir allí, confieso, me daba pánico y tenía que aguantarme las ganas de orinar, aunque me dejaban una bacinica debajo de la cama, por temor a ver salir al santo de su armario. Al parecer las tías se dieron cuenta de lo que me pasaba y me enviaron a dormir con las empleadas. Berta, la cocinera, tenía un diente de oro. Flora, la más joven era la «niña de la mano», o sea la encargada de atender la mesa y el aseo. Yo dormía junto a la cama de la Flora una campesina fuerte y hermosa. Yo era un cabro chico pero algo me empezó a campanillear en el cuerpo. Me gustaba

el olor a jabón y quillay de Flora. Los domingos íbamos con mis tías y las empleadas a misa en una iglesia colonial en la plaza de Maipo que aún existe.

Mi hermana María Amelia, entretanto, era invitada a veces a pasar las vacaciones en la parcela de la tía Fanny Donoso en Nos. Ella estaba casada con un periodista, Mario Vergara Parada, director de la revista *Vea*. Tenían dos hijas, Patricia y María Isabel, aproximadamente de la edad de mi hermana.

En Maipo, el día más importante de la semana era para mí el día en que llegaba *El Peneca*. Esa revista la dirigía Elvira Santa Cruz, prima lejana de mi madre. Era una excelente revista para niños. Publicaba novelas por entrega de Emilio Salgari, Julio Verne, etc., los cuentos de Perrault y los hermanos Grimm, Sandokán, el Tigre de la Malasia, Quintín el Aventurero, y otros personajes fueron parte de mi formación. *El Peneca* tenía un excelente ilustrador, Coré (Mario Silva Ossa), que dibujaba unas portadas de colección y unos dibujos fantásticos de enanos y princesas cautivas.

Maipo hoy queda a la vuelta de la esquina de Santiago, a unos 30 minutos en auto. Pero en esa época se viajaba en tren desde la Estación Central a Buin. De allí había que tomar una micro hasta Maipo, de manera que el viaje duraba algo así como medio día.

El Peneca llegaba los viernes en la tarde a una librería en Maipo. Yo lo estaba esperando a la bajada de la micro. Me atraía el olor a tinta y a papel recién impreso, quizás ese fue mi primer acercamiento al periodismo. En la chacra de mis tías conocí a campesinos que iban a trabajar a la cosecha de ciruelas o de la uva. En la bodega probé el vino por primera vez. Yo iba a ayudar, a conversar con los trabajadores cuando estaban podando o haciendo otras labores. No tuve pues un maestro que me llevara a su biblioteca y me prestara libros. Solo El Peneca fue mi maestro. Era una publicación más bien liberal y laica. Esa revista fue una escuela para mí, francamente. Además, para un niño que odiaba

los estudios sistemáticos, bueno... ahí encontraba una serie de conocimientos que satisfacían mis inquietudes culturales.

El olor del jazmín

¿Personajes que recuerdo de *El Peneca*? Por supuesto Simbad el Marino, con su espada y su turbante. En la casa de Maipo había una enorme mata de jazmín, con troncos gruesos y retorcidos; sí, lo evoco y siento su olor dulzón y penetrante. El olor del jazmín. Sus troncos que se retorcían me producían una sensación extraña. Podía ser una enorme serpiente o mejor un barco. Lo convertí en barco, mi primer y único barco. Yo me encaramaba durante horas a la mata de jazmín y me convertía en Simbad o Sandokán. Me entretenía solo, a punta de imaginación. Aprendí a convivir con la soledad y la imaginación. Eso ha tenido influencia enorme en mi manera de ser: un poco tristona o dado al humor negro. Pero también me ha dado la capacidad de dialogar conmigo mismo, lo que me ha sido muy útil en distintas circunstancias de mi vida.

Capítulo 2

Mi padre: tengo una cierta sensación de amargura

Mi abuelo paterno, Ricardo Cabieses Zegers, liberal, fue catedrático de derecho de la Universidad de Chile. Pero murió un año después de mi nacimiento, así que no lo conocí. La revista de la Facultad lleva su nombre como fundador. A mi abuela paterna, Carmela Serrano Arrieta, sí la conocí porque murió en los años 60. Las pocas veces que la vi, ella estaba en cama. Sufría fuertes dolores neurálgicos. Su casa estaba donde hoy se levanta el edificio de la Telefónica, la ventana de su habitación daba a la Plaza Baquedano.

La familia Cabieses, de origen vizcaíno, era un tanto exótica. Mi abuelo Ricardo tenía una personalidad muy fuerte y era un señor feudal en su casa. En el comedor estaba prohibido hablar, salvo que el caballero decidiera dirigirle la palabra a alguien. Al marcharse en las mañanas dejaba papeles escritos a sus hijos con instrucciones. Desde luego quiso que sus tres hijos varones fuesen abogados, pero solo lo consiguió con uno, Antonio, que tuvo un estudio jurídico con Bernardo Leighton, que destacó como político demócrata cristiano.

Mi padre estudió leyes pero en el examen final se puso muy nervioso y tiró la esponja. El presidente de la comisión examinadora le reprochó en duros términos que siendo hijo de un destacado profesor no supiera responder las preguntas. Mi papá se retiró abochornado y esto lo marcó toda su vida. Sabía tanto como un abogado pero no podía ejercer. La familia, cuando hablaban entre

sí, lo hacían en francés; sus lecturas eran en francés. El segundo matrimonio de mi padre fue con una viuda de origen francés, quizás para practicar el idioma.

Mi padre entró a trabajar en el Banco de Chile, donde conoció a mi madre. Ambos eran católicos pero él se hizo más tarde yoga y militante del librepensador Partido Radical, pero no fue masón ni bombero como la mayoría de los radicales, según se dice. Fue yoga de verdad, no solo de hacer ejercicios respiratorios o de meditación, que también los hacía. Lo atrajo el hinduismo y se hizo miembro ferviente de un templo budista que funcionaba en la calle Marín. El sumo sacerdote era un cajero de la Compañía de Gas, Benjamín Guzmán se llamaba. Mi papá aprendió a leer el sánscrito. Tenía unos libracos enormes escritos en caracteres hindúes. Pero muchos años después, cuando volví a encontrarlo, mi padre había retornado al catolicismo. Murió como católico.

Mis padres se separaron cuando mi hermana y yo éramos muy chicos. Él se fue con una viuda francesa, Marta Couratier – que le aportaba otros dos hijos, la Mimí y el Tití – y mi mamá con sus dos críos fue a parar a la casa de una cuñada, mi tía Loreto Cabieses, que solo se levantaba de la cama para rellenar de agua caliente un guatero, su eterno acompañante. Era una lectora voraz de literatura católica... en francés por supuesto. Su marido, mi tío Manuel Romo, era funcionario del Ministerio de Educación. Ambos tenían una sola hija, María Loreto, que fue mi prima favorita. Mi tía era un tanto excéntrica pero más buena que el pan. Siempre nos ayudó y guardo por ella un enorme cariño.

Como se ve, no tengo recuerdos de vida en común con papá y mamá. Mi padre solo aparecía en contadas ocasiones y sospecho que ayudaba muy poco o nada a mi mamá para mantener a los hijos. Pero ella nunca habló mal de él.

Sin embargo, mi padre no me era indiferente. Lo tenía admiración mezclado con odiosidad. Lo culpaba por las penurias que tuvimos que pasar con mi madre. Pero eso fue injusto porque él también pasó las suyas.

Mi padre fue un hombre muy respetado por quienes lo conocieron. Fue secretario general de LAN, cuando esa era una empresa estatal. Más adelante fue Comisario Departamental de Subsistencias y Precios en Rancagua, Valparaíso y Santiago. El Comisariato era un remanente de la época «socialista» de este país. Su función: controlar los precios. El cargo de mi padre era de fácil corrupción pero se mantuvo íntegro y vivió modestamente hasta su muerte. Era un gallo que tenía muy buena pinta y las mujeres le hacían ojitos para furor de mi madrastra.

Yo viví una temporada con ellos en Rancagua. Mi madre se había casado de nuevo y yo tuve problemas con mi padrastro. En Rancagua estuve en el liceo de hombres, Vivíamos en la calle Alcázar frente al mercado. En las mañanas llegaban las carretelas y camiones con productos. Recuerdo el ruido y los olores. Mi hermanastra, Mimí (Norma Squella) tuvo un novio que era oficial del regimiento Membrillar. Nos invitaba a montar en caballos del regimiento. El otro hermanastro, Tití (Jorge), se fue a los Estados Unidos, nunca más supe de él. La Mimí se casó con un abogado de la Fuerza Aérea que llegó a general y fue fiscal en los procesos que instruyó a presos políticos después del golpe de 1973. Mi padre tuvo también un hijo con su segunda esposa, Benjamín, que tenía hermosa voz pero cuya carrera terminó como funcionario del Teatro Municipal.

Yo volví con mi mamá y mi padrastro, Sergio Acuña Leyton. Ellos tuvieron dos hijas, Mercedes (Meche) y Marcela, con las que he tenido lazos de afecto muy fuertes. Mi padre me ayudó a encontrar trabajo en la Compañía de Petróleos de Chile (Copec). Yo tenía 16 o 17 años.

Mi padre tuvo un periodo de figuración pública. Como comisario departamental de Santiago le tocó perseguir a los adulteradores de aceite comestible. Aparecía en los periódicos y revistas. Lo nombraban en la radio y yo me sentía muy orgulloso. Entrevistándolo en su casa conocí a un periodista, Abraham Hirmas, de la revista *Ercilla*. Pero terminó su carrera funcionaria por una disputa con un general, Oscar Linzmayer, que era el Comisario General.

Años después trabajaba yo en *La Gaceta*, un vespertino propiedad de Darío Sainte Marie (Volpone), y se aparece mi padre. Estaba muy preocupado porque le habían puesto una bomba en su casa, creyendo que yo vivía ahí. Su dirección aparecía en la guía de teléfonos y como nos llamábamos igual, le tocó el bombazo y dejaron un mensaje de advertencia dirigido a mí. Mi padre me pedía aclarar la situación y lo hice de la peor manera: publicando un párrafo que decía que Manuel Cabieses Donoso no tenía nada que ver con Manuel Cabieses Serrano. No volvimos a hablar del tema.

Reencontré a mi padre cuando estaba él ya por morir. Pensaba que lo único reprochable en mí era ser comunista. Me lo dijo en su lecho de muerte.

No siento un vacío por su ausencia, no, tampoco resentimiento. Pero lo tenía en mi infancia cuando llegaba — de tarde en tarde — a visitarnos en esas pensiones en las que vivíamos con mi mamá. Tengo una cierta sensación de amargura. Lo digo sinceramente: me habría gustado amar a mi papá. No fue así.

Capítulo 3

Mi madre: ...fui muy cabrón con ella

Mi madre — María Donoso Santa Cruz — sufrió en la vida y yo fui la causa de no pocos dolores. Fue muy bondadosa conmigo, y yo fui muy cabrón con ella. No me quiero emocionar, pero cada vez que recuerdo me hace mal, tengo un peso de conciencia. Yo le hacía escenas terribles a mi mamá, me iba de la casa, claro que llegaba solo hasta la esquina. La pobre salía detrás de mí para rogarme que volviera. A mi padre creo que puedo analizarlo más «objetivamente». Quizás porque no tenía una relación amorosa con él. Pero a mi madre de alguna manera le reprochaba las angustias de nuestras vidas y eso era absolutamente injusto y cruel.

Mi mamá no tuvo hermanas, tuvo un hermanito, Javier, que murió muy niño. Su papá se llamaba Javier Donoso Grille y era funcionario del Tribunal de Cuentas, lo que hoy es la Contraloría General de la República. Mi abuela se llamaba Amelia Santa Cruz Martínez. Entiendo que mi mamá se educó en un colegio de monjas. Mis abuelos tenían una casa en la avenida Irarrázaval, donde yo nací. Mi mamá entró a trabajar en el Banco de Chile donde se enamoró de mi padre.

«De cabro chico quería ser misionero en África»

Mi mamá era muy católica, devota de la Virgen de Pompeya y de Fray Martín de Porres. Tenía una escobita, símbolo del santo peruano, que quitaba los dolores. Con mi otitis purulenta, eso no surtía efecto. Pero quise ser misionero capuchino. Yo era feligrés

de la iglesia de los Capuchinos en la calle Catedral. Conocí historias de los misioneros en África y quise ser uno de ellos. Lo conversé con mi madre y decidimos averiguar en el seminario que esa congregación tenía en Paine. Pero esto coincidió con mi primer pololeo que le quitó ímpetus a mi vocación religiosa.

La formación cristiana, sin duda, ha influido en mí. Para mí está claro que cristianismo y socialismo tienen numerosas coincidencias que se han venido haciendo más relevantes en los últimos años. He tenido varios amigos sacerdotes, entre ellos mi primo Alfonso Baeza Donoso, Roberto Bolton, José Aldunate y sobre todo Rafael Maroto, mi camarada de lucha.

Aprendí con los años a admirarla

Tengo un recuerdo muy teñido por el dolor respecto a mi relación con mi madre. Antes del matrimonio con su segundo esposo, Sergio Acuña Leyton. La recuerdo una mujer joven, robusta, simpática, es la época en que era funcionaria del Instituto de Crédito Industrial. Después que volvió a casarse y tuvo dos hijas, se descubre que tiene un problema de la tiroides. Entonces ella, que se movía con cierta dificultad, culpaba a esta enfermedad de su gordura. Cuando íbamos en micro empezaba a quedarse dormida y a mí me daba mucha vergüenza.

Hay dos cosas que me hacen pensar mucho en mi madre. La ternura de ella con nosotros: yo abusé de la debilidad que se esconde en el amor de madre. Me di cuenta que era indefensa a la presión y lo hice en manera miserable, causándole mucho dolor. Pero el otro aspecto que para mí es el fundamental en la personalidad de mi mamá, era su valor para hacer frente a la vida. Luchó para salir adelante con sus hijos en condiciones muy difíciles. Aprendí a admirarla pero no me di cuenta antes, cuando pude habérselo demostrado. Durante la dictadura, participó en organismos de defensa de los derechos humanos. Salía a la calle con otras mujeres

en las manifestaciones contra el terrorismo de Estado. Las señoras de su colectivo le tomaron mucho afecto, me lo han contado. Mi madre era como la secretaria de ese grupo que trabajaba por el regreso de los exiliados. Llevaba un cuaderno con las actas y acuerdos de las reuniones. En la revista de la Vicaria de la Solidaridad hay fotos donde ella aparece con otras compañeras en protestas callejeras. Cuando murió en 1982 publicaron un sentido homenaje a su memoria.

Así, esa persona que me parecía tan indefensa va evolucionando y se convierte en una luchadora por los derechos humanos, como miles y miles de mujeres chilenas. Fue mucho más comprensiva en lo político conmigo y mi hermana —que estaba exiliada— que mi padre. Nos escribíamos con mi mamá. Ella creía que yo estaba en La Habana pero en realidad había regresado clandestinamente en 1979. A través de Europa los compañeros le hacían llegar mis cartas fechadas en Cuba, y por ese conducto yo recibía las suyas. Murió creyendo que yo estaba en la Isla. La última vez que la vi fue en Francia. Ella había viajado a estar un tiempo con mi hermana María Amelia y su marido, Tito, un compañero socialista que fue del GAP. Yo venía para Chile, mi ruta pasaba por Francia, y les hice una visita en Estrasburgo. Fue la última vez que estuve con mi mamá.

Recapitulo la historia con mi madre

Etapa 1: Mi madre entra a trabajar al Banco de Chile, se casa y fallece mi abuela materna. A mi papá no se le ocurre nada mejor que dedicarse a los negocios: pretende convertirse en fabricante de dulce de membrillo. Compra unas grandes pailas de cobre para cocer la fruta. El negocio, como estaba previsto, fue un fracaso. La familia se arruina y venden la casa que había heredado mi mamá. Mis padres se separan y nosotros —mi mamá, mi hermana y yo— emprendemos un largo peregrinaje por pensiones, sobre todo del barrio Brasil. La carretela de caballos o la camioneta que

nos mudaban — dos camas, un baúl con ropa y otras pocas cosas — se hicieron habituales en mi vida. Lo más preciado que teníamos era un radio Emerson, forrado en cuero. Pero ese radio pasaba empeñado en la Caja de Crédito Popular, que era el salvavidas de nuestras angustias económicas. La frecuencia de nuestros cambios de pensión me hizo amigo de gente interesante como los carreteleros — y de sus caballos — que esperaban clientes en la Plaza Brasil frente al cine Alcázar, que hoy es un restorán chino. En ocasiones les ayudaba en las mudanzas, aparte de las nuestras, y viajaba con ellos en el pescante de las carretelas.

Etapa 2: Separada de mi padre, mi mamá entró a trabajar en el Instituto de Crédito Industrial. Yo iba a veces a buscarla. Uno de sus compañeros, Jaime Rojas Fraga, era militante de un pequeño pero activo Partido de esa época: la Falange Nacional. En casa de Rojas tuve mi primer acercamiento a la política, asistiendo a charlas que dictaba el ideólogo de la Falange, Jaime Castillo Velasco. En la oficina de mi madre conocí también a un cura dinámico y alegre que hacía colectas para sus pobres: el padre Alberto Hurtado.

Etapa 3: Mi pobre madre se vuelve a casar con Sergio Acuña, bombero e hijo de un director de escuela. Cuando se casaron, él abandonó su empleo en el Instituto de Crédito Industrial y compró una góndola de la línea San Francisco—Bellavista. Las góndolas eran antecesoras y contemporáneas de las micros. Se podía subir y bajar a ellas por adelante y por atrás. Tenían un cobrador que usaba unas cotonas con grandes bolsillos para echar las monedas. Esa fue mi primer trabajo: había que subir corriendo a la góndola en marcha y empujar a los pasajeros para apretujarlos. Duré poco, no era mi vocación.

Más adelante, mi padrastro utilizó unos cheques de mi madre y, como no tenían fondos, la tomaron presa. La llevaron a la cárcel del Buen Pastor, en la calle Lira. Yo llegué cuando sacaban a mi madre para llevarla al tribunal y la subían a un furgón de Gendarmería

junto con otras presas. Me fui corriendo — y llorando — detrás del furgón hasta la Alameda. Cuando pienso en un día triste en mi vida, fue ese.

Mi madre se volvió a separar y quedó con sus dos hijas, Mercedes y Marcela. Se repetía la historia. Ella trabajaba ahora en el Gabinete de Identificación. Hubo un tiempo en que la trasladaron a San Felipe y después a Calama. La vida nos fue alejando.

Capítulo 4 Del trabajo sindical al periodismo

A los 15 o 16 años, dejé de estudiar en el segundo año de Humanidades y entré a trabajar. Comencé de *office – boy* en la Copec. Aquella etapa fue fundamental en mi formación. Allí conocí el sindicalismo. Participé en la fundación del sindicato de empleados de la Copec y luego de la Federación de Trabajadores del Petróleo con los empleados de la Shell y la Standard Oil. De las actividades que he tenido en mi vida, la que más me gustó fue el trabajo sindical, incluso lo hice también más tarde en Venezuela.

En la Copec, además de fundar el sindicato, hicimos la primera huelga en esa empresa. Por mi edad, yo no podía ser dirigente sindical y por eso carecía de fuero. Entonces la empresa me planteó el traslado al norte, sí o sí. Pero yo andaba ya con el bichito del periodismo en las venas y opté por renunciar e irme a Ecuador a buscar trabajo como periodista.

El presidente del sindicato de la Copec era un contador de tendencia demócrata cristiana, Hilario Martínez Pereira. Éramos muy amigos y así conocí a Flora, una de sus hermanas, que se convertiría en la mujer de mi vida.

En la etapa de la Copec yo dirigía un periódico sindical y durante la huelga tomé contacto con periodistas, buscando que informaran de nuestro conflicto. Así conocí, entre otros, a Alberto Gamboa, el Gato, que era jefe de crónica del vespertino *Los Tiempos*. En ese diario publiqué luego mis primeros artículos.

En la Copec tuve un compañero de trabajo que era comunista. No recuerdo su nombre. A través suyo leí los primeros libros y ensayos marxistas. Para crear el sindicato necesitábamos reunir 25 personas en presencia de un Inspector del Trabajo. Nos costó porque había mucho temor. De inmediato presentamos un pliego de peticiones, lo cual daba fuero a todos los sindicalizados. En adelante, incluyendo la huelga, todo fue más fácil.

En esas andanzas conocí a don Clotario Blest, el presidente de la CUT, que nos ayudó mucho en esa primera etapa. También un diputado conservador, Gustavo Loyola, un gordo inmenso y bonachón, padre de un compañero. Me reencontré con sindicalistas de la Falange Nacional como Luis Quiroga, Santiago Pereira y Luis Ortega Subercaseaux que nos asesoraron en esta operación. Los había conocido en el Departamento Sindical de la Falange a que asistí a varias reuniones.

En el sindicato de la Copec hacíamos frecuentes reuniones. Eran asambleas con muchos discursos. Yo mismo empecé a hablar públicamente y me gustó. Como dije, yo no podía ser dirigente porque era menor de 21 años. Pero los más viejos me aceptaban y respetaban mis opiniones.

Era la época de la Ley de Defensa de la Democracia, la Ley Maldita, que se aplicó en la represión a los comunistas. En la Copec había compañeros comunistas pero ellos no actuaban como tales. Historias como la de los relegados a Pisagua las conocí de oídas pero las viví de lejos. Había parlamentarios de izquierda como Salvador Allende. Los comunistas, en acuerdo con un político y escritor, Baltasar Castro, crearon el Partido del Trabajo y eligieron un diputado en Santiago, Sergio González, un joven arquitecto con el que me encontraría muchos años después en un proyecto político común.

El presidente Carlos Ibáñez no derogó la Ley Maldita pero le cambió el nombre. Así nació la Ley de Seguridad Interior del

Estado pero se eliminaron las disposiciones que habían ilegalizado al Partido Comunista. Sin embargo, la esencia del instrumento represivo quedó en pie, hasta hoy. No obstante, Ibáñez dio un paso trascendental al crear la célula única electoral, lo cual permitió terminar con el cohecho masivo.

Esta época es para mí, digamos, de exaltación como ser humano, me asomo al mundo de la lucha de clases y de la política. Estaba formándome como ser humano, aún no como militante. Había llegado a esa etapa con una educación formal trunca, de alguna manera seguía auto educándome. Es el periodo en que absorbo mucho de la experiencia de otros, de la gente que voy conociendo. Después del trabajo, muchas veces, nos íbamos a jugar cacho y a beber un trago en algún bar. Mis grandes amigos de entonces son compañeros de trabajo: Jorge Gana y Leopoldo Olguín.

Me declaré a través del periódico sindical

A Flora la conocí en una visita a la casa de Hilario. El padre, un español, celoso guardián de la virginidad de sus hijas, murió al poco tiempo. Mi amor por Flora se hizo claro en un concierto de la Orquesta Sinfónica en la Plaza de la Constitución. Ella fue con un grupo de compañeras de la Escuela de Enfermeras de la Universidad de Chile. Fue allí donde me declaré a Flora y lo hice a través del periódico sindical que yo dirigía. Estaba con mis amigos, y ella con sus compañeras sentadas detrás de nosotros. En el próximo número del periódico, que yo sabía que ella leería, escribí una nota sobre ese espectáculo y le puse una frase romanticona. Algo así como: «ahí está sentada, detrás de mí, la mujer que yo amo». Así partió el pololeo. Flora y yo seguimos yendo a los conciertos de la Sinfónica en el Parque Forestal y otros lugares. Fue un romance con fondo musical.

Corresponsal en viaje

En ese tiempo me fui interesando cada vez más en el periodismo. Conocí imprentas, sentí el olor de la tinta, conversé con periodistas y así fue conformándose en mí la vocación. A través del periódico sindical había tomado contacto con un periodista de la radio Nuevo Mundo y cuando decidí viajar a Ecuador llevaba ese contacto. Me convertí en algo así como un corresponsal viajero *ad honorem*. Mi primera escala fue en La Paz y me presenté al embajador chileno, Alejandro Hales, un dirigente del Partido Agrario Laborista que apoyaba a Ibáñez. Hales, que después fue ministro demócrata cristiano, era muy llano, amistoso y hospitalario. Que apareciera un «reportero» de la radio Nuevo Mundo de Chile pidiéndole una entrevista, le pareció simpático. Él mismo consiguió que la radio Illimani nos prestara un estudio y allí grabamos la entrevista. Entonces se grababa en discos de acetato, aún no se pasaba al nivel de las cintas y de las grabadoras portátiles.

Esta fue mi primera entrevista y resultó interesante, me dijeron. Yo tenía algún conocimiento del estado de las relaciones chilenobolivianas y sobre la revolución boliviana de 1952. Esa revolución nacionalista tuvo mucha resonancia en Chile y fue contemporánea del gobierno de Ibáñez que también planteaba algunas ideas inspiradas en el nacionalismo. Recuerdo haber asistido a un acto del Partido Agrario Laborista en el Teatro Caupolicán de solidaridad con el MNR boliviano. Los socialistas también solidarizaban con esa revolución. El derroche de coraje en la insurrección del pueblo boliviano, había causado profunda impresión en Chile.

Cuando partí en viaje le había prometido matrimonio a Flora. Nos separamos con la intención de reunirnos en Ecuador. No sé por qué yo daba por seguro que encontraría trabajo en un periódico de ese país. Abandoné La Paz y crucé el Lago Titicaca en un barquito en una noche de tormenta. Y después, en autobús, por un camino

estrecho al borde de precipicios, hasta Lima. En la capital peruana me hospedé en un hotelito que estaba en una calle lateral del Palacio de Pizarro. Debo haber llevado un contacto, porque recuerdo que fui a un periódico que era del APRA. Hice amigos y no sé por qué me hicieron una entrevista con foto sobre la situación política en Chile. Allí no había trabajo, así que seguí por tierra hasta Tumbes, en la frontera con Ecuador. Viajé en barco a Guayaquil y de ahí a Quito en tren. Iba lleno de ilusiones, conociendo el mundo, otras culturas, conversaba con mucha gente. Después de unos pocos días comprobé que allí no había trabajo para un desconocido e inexperto periodista extranjero.

Entretanto se me terminó el dinero y tuve que recurrir a mi mamá para que me rescatara de Ecuador. Lo pasé mal. En pensiones de mala muerte. Recorría Quito de punta a cabo a pie, descansaba en las iglesias que abundan en esa ciudad, y comía una vez al día. Mi mamá consiguió que el secretario general de Gobierno de Ibáñez, Germán Sanhueza, esposo de una gran amiga suya, me consiguiera un pasaje aéreo para volver a Chile. Regresé con la cola entre las piernas, fue mi primera derrota en la vida.

Secretario de Clotario Blest

Aprendí el periodismo en la práctica. Cuando llego de Ecuador tengo 21 años. Vengo a buscar trabajo en periodismo, que era lo que me interesaba. Ese periodo es muy inestable. Se me ocurrió pedir trabajo a Darío Sainte—Marie, Volpone, que había sido compañero de mi papá en los Padres Franceses. Volpone era director de *La Nación*, me recibió pero no me dio trabajo. Tiempo después, cuando trabajé para él en *La Gaceta*, me dijo que no me encontró «pasta» de periodista en ese primer encuentro.

Mientras hacía tiempo buscando trabajo me ofrecí como secretario a don Clotario Blest, presidente de la CUT. Empecé a ayudarle contestando su correspondencia. Él respondía las más importantes y yo redactaba las demás. Había muchas tensiones en la dirección de la CUT, diversas tendencias políticas incluyendo anarco—sindicalistas, disputaban la hegemonía de un movimiento sindical entonces muy fuerte. La CUT tenía capacidad para paralizar el país y ya lo había demostrado. Mi trabajo con don Clotario, por supuesto, no era remunerado. Pero fue muy importante conocerlo de cerca y admirar su ejemplo de consecuencia con sus principios. Él iba a ser el padrino de bautizo de mi hija Paca. No pudo porque estaba preso. Lo entrevisté varias veces para Última Hora, en la cárcel y relegado. Después don Clotario fue colaborador de Punto Final, escribía artículos en que daba a conocer las fuerzas sindicales organizadas en el país y la perspectiva de sus luchas. Son un material valioso para historiadores de la lucha social en el país. Era un visitante frecuente de la revista.

En *Última Hora* me hago periodista

Y así, trabajando con don Clotario Blest, conocí al economista y periodista Aníbal Pinto Santa Cruz que daba charlas a dirigentes en la CUT. Aníbal editaba la revista *Panorama Económico* y junto con Arturo Matte Alessandri se hicieron dueños del diario *Noticias de Última Hora*, un vespertino popular en el que yo escribía ocasionalmente artículos de opinión.

Aníbal Pinto me abrió las puertas del periodismo. Me llevó a *Panorama Económico*, cuyo editor era Mario Díaz, y al diario *Última Hora*. Con Mario Díaz vamos a fundar *Punto Final* unos años después.

Así empezó mi carrera de periodista en Última Hora

Última Hora era un diario popular que competía en las tardes con *La Segunda* de la empresa El Mercurio. Los propietarios originales

de Última Hora fueron Carlos Becerra y Aníbal Jara.¹ Becerra fue el primero que me pagó mis artículos. Pagaba él personalmente, en billetes. Cuando Becerra murió, Aníbal Pinto y Arturo Matte compraron el diario a su viuda. Yo fui rotando en las secciones del diario: sindical, La Moneda, Congreso, etc. Trabajar allí era prestigioso, era un diario de izquierda independiente. Sólo en su etapa final se convierte en un diario de partido, en este caso del Partido Socialista. Allí se formó un equipo muy bueno y cohesionado. Estaban Mario Díaz, Augusto Olivares, Carlos Jorquera, Alberto Gamboa, Elmo Catalán y Enrique Cornejo (Penike), entre otros.

Con Mario Díaz forjamos una amistad muy sólida. Su padre había sido linotipista de *El Mercurio* de Valparaíso. Llevaba el periodismo en la sangre, había sido corresponsal de *Ercilla* en el puerto y junto con Augusto Olivares, su gran amigo, viajaron un par de años por Europa con cuartel general en París. Vivieron en el mismo hotel — Madame Sauvage — que el poeta cubano Nicolás Guillén, del que eran grandes amigos y compañeros de esos amaneceres que hacen historia en la literatura y la poesía.

La primera edición de *Las Noticias de Última Hora* circuló el 15 de octubre de 1943. El periódico fue fundado por Carlos Becerra y Aníbal Jara. Arturo Matte Alessandri y Aníbal Pinto Santa Cruz compraron el periódico en 1954, mientras que Matte asumió la dirección durante unos años. En 1960 dicho cargo sería asumido por José Tohá, quien dejó el periódico en 1970 para asumir como ministro del Interior del recién electo presidente Salvador Allende. Según está consignado en los registros de la Biblioteca Nacional de Chile, la última edición de *Las Noticias de Última Hora* circuló en la tarde del 10 de septiembre de 1973, el día antes del golpe de Estado del 11 de septiembre de 1973. (Fuentes: Rody Oñate. «Un Quijote de mente, pluma y corazón…». Derechos.org. Consultado el 9 de septiembre de 2013. «Arturo Matte Alessandri: narrador, viajero, visionario». Ojo en Tinta. 27 de agosto de 2011. Consultado el 9 de septiembre de 2013.

Biblioteca Nacional de Chile. «Las Noticias de Última Hora». Catálogo de la Biblioteca Nacional de Chile. Consultado el 8 de marzo de 2015. (Wikipedia: http://es.wikipedia.org/wiki/Las_Noticias_de_%C3%9Altima_Hora).

Aníbal Pinto hizo un gran aporte al periodismo. Tenía una gran capacidad para explicar en términos claros y sencillos los temas más espinudos de la economía y la política.

Entretanto con Flora, que se había graduado de enfermera en la Universidad, decidimos que había llegado la hora de casarnos. La ceremonia fue en la casa de su madre, en Santos Dumont 280, domicilio que tiene su importancia en mi historia. La luna de miel fueron unos días en Valparaíso. Al comienzo solo teníamos mi sueldo, de modo que fuimos a vivir en una pensión, cerca del Cerro Santa Lucía.

Volpone, La Gaceta y el Cura de Catapilco

Venían las elecciones presidenciales de 1958 y había que hacer lo posible por bloquear al candidato de los empresarios, Jorge Alessandri. Volpone se propone - seguramente con el consentimiento de Ibáñez que era muy antialessandrista - crear un diario, La Gaceta, para vapulear al candidato de la derecha. Formó un equipo de probados periodistas de izquierda, varios veníamos de Última Hora. Había redactores excepcionales como Juan de Luigi -ya ciego, crítico de arte y literatura- y Martín Cerda -con el habíamos sido compañeros en el Liceo Lastarria –, entre otros. El diario era bueno pero su vida fue relativamente corta. Entretanto, surgió la candidatura del ex cura de Catapilco, Antonio Zamorano Herrera. Una maniobra ideada por Volpone que culminaría con el retiro de Zamorano, quien entregaría su apoyo a Salvador Allende. Pero no ocurrió así porque al cura lo compró Alessandri y se mantuvo en carrera hasta el final. Los 34.000 votos que obtuvo fueron los que le faltaron a Allende, que perdió por 28.000 esa vez. Si hubiese ganado, quizás la historia de Chile habría sido distinta porque el programa del FRAP era mucho más moderado que el de la Unidad Popular de 1970.

En *La Gaceta* el que trabajaba el tema del cura de Catapilco era yo. El excura iba a veces a almorzar a mi casa, lo acompañé en varias giras, algunas en un auto descapotable que solía dejarnos botados. Era una campaña muy pobre y, en efecto, Zamorano llegaba al corazón de los más pobres. Los artículos que escribí para *La Gaceta* se reproducían en *Clarín*, el otro diario de Volpone.

En lo periodístico, Zamorano tenía una vida muy interesante. Era hijo de una familia pobre de la Plaza Bogotá en Santiago. Fue al seminario y se hizo cura porque era una profesión fácil y barata. No tenía verdadera vocación religiosa. Chispeante, cazurro, enamoradizo y bueno para los puñetes, hizo historia en Catapilco donde lo descubrió —durante su proceso de ruptura con la Iglesia— Marcos de la Fuente, periodista argentino que trabajaba en la revista *Vea*.

Al comienzo yo no era parte de la conspiración en torno al cura de Catapilco. Pero llegó el momento en que Volpone me explica que, vísperas de las elecciones, Zamorano bajaría su candidatura para apoyar a Salvador Allende. A todo esto, el cura se conectaba en secreto con Volpone. La clave era que a Volpone lo llamaban del convento de las Monjas Carmelitas. Volpone a su vez se reunía en su casa del Cajón del Maipo con Eduardo Frei Montalva en la campaña de 1964, y con Allende en la de 1970. Al primero lo llamaba El Suizo y Allende era El Cuadrado.

La campaña de Alessandri la dirigía su cuñado, Arturo Matte Larraín, otro gran empresario y a su vez ex candidato presidencial. Todo parece indicar que Matte compró al cura de Catapilco. Cuando se hizo evidente que no se retiraría, me pidieron que hablara con él y tratara de convencerlo. Así lo hice. Le dije que Volpone preguntaba qué cuándo se iba a bajar. El cura fingió demencia absoluta: ¿Qué, cómo, cuándo, bajarme, por qué? Como yo no tenía mayor conocimiento del acuerdo con el cura, anduve desconcertando. Transmití a Volpone la respuesta de Zamorano. Entonces

Volpone decidió que *La Gaceta* anunciara el retiro del cura de Catapilco para apoyar a Allende en una edición extraordinaria de decenas de miles de ejemplares para repartir gratuitamente. Esto, como es lógico, causó la furia del cura. El diario aparecía a las tres de la tarde. A las cuatro aparece el cura al frente de una patota que nos agraden e intentan destruir las oficinas del diario. Se armó una trifulca como en las películas del Oeste. Llegaron los carabineros y no hubo lesionados, pero sillas, escritorios y máquinas de escribir fueron destruidas. De ahí, el cura y sus acompañantes se fueron al Ministerio del Interior a exigir una cadena nacional de radios para desmentir a *La Gaceta*. Al ministro Abel Valdés, que había sido director del conservador *El Diario Ilustrado*, no le quedó más remedio que acceder. El ex cura ganó en Talca y Valparaíso, donde sobrepasó tanto a Allende como a Alessandri.

La Gaceta no sobrevivió a la derrota de Allende. No tenía publicidad. Finalmente cerró y algunos periodistas como Carlos Jorquera, Martín Cerda, Rafael Fuentes y yo, emigramos a Venezuela, que el 23 de enero de 1958 se había sacudido de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez.

Los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957

Lo que siempre me viene a la memoria en ese período de mi formación, son los sucesos del 2 y 3 de abril de 1957 que me tocó cubrir para *Última Hora*. En esos días nació nuestra primera hija, Francisca (Paca), en el Hospital San Juan de Dios.

Los sucesos del 2 y 3 de abril —una verdadera insurrección popular— se desataron a raíz de la represión policial donde muere la estudiante Alicia Ramírez, alumna de la Escuela de Enfermería de la Universidad de Chile. La foto del cadáver de Alicia Ramírez en la Posta Central de la Asistencia Pública la tomó el reportero gráfico Raúl Montoya. Logramos que un funcionario de la Posta nos

permitiera entrar a la morgue y sacar la foto. El trabajo de reportear en la calle en esos días, tuvo mucho de corresponsal de guerra. La exasperación del pueblo estalló y se volcó furioso, destruyendo, saqueando, desafiando desarmado a la policía y al ejército.

Entiendo el 2 y 3 de abril de 1957 como un intento de insurrección sin conducción política. Se habían acumulado los problemas que afectaban a la población. El alza de tarifas del transporte público fue el detonante de grandes movilizaciones de estudiantes y pobladores. Quemaron micros en el centro de la capital. La muerte de Alicia Ramírez significó echarle gasolina al fuego. Se vino la gente de San Miguel al centro, otros miles se les sumaron en el camino. Hubo escenas sobrecogedoras: recuerdo que en Alameda, esquina de Santa Rosa, una columna encabezada por mujeres, fue bloqueada por carabineros que apuntaban con armas largas, y las mujeres los enfrentaban empujando los fusiles con el pecho y gritando desafiantes consignas. Hubo saqueos, desórdenes de todo tipo, semáforos y postes de luz volcados, el caos. Muchos muertos y heridos, centenares de presos, entre ellos, muchos dirigentes sindicales. Los carabineros fueron superados por el pueblo. El gobierno sacó al ejército a la calle. Había barricadas de fuego por todos lados, tiroteos. Última Hora, cuando pudo circular, denunció la represión. Ibáñez implantó el estado de sitio y el Congreso, que se reunió bajo protección militar, le concedió de inmediato todas las facultades extraordinarias que pedía para controlar la situación. Apenas la calma se restableció Ibáñez renunció a todas las facultades que le habían entregado, con lo cual los sectores políticos que las habían autorizado quedaron muy mal.

La CUT era uno de los frentes que yo cubría. Sus dirigentes fueron llevados en carros de combate a La Moneda; Ibáñez los había llamado dándoles garantías de que no serían detenidos. Pero no hubo acuerdo.

Periodista en Venezuela

En 1958 Alessandri gana la presidencia de la República. Comienza el «gobierno de los gerentes». Se cierra el diario *La Gaceta* y sus trabajadores quedamos cesantes. En Chile vivían muchos exiliados venezolanos entre ellos algunos periodistas, que regresaron a su país en cuanto fue derrocado Pérez Jiménez. Uno de esos periodistas era Héctor Mujica, buen amigo con el que habíamos trabajado en *Última Hora*. Mujica nos tiró un salvavidas a varios de los cesantes de *La Gaceta*, entre ellos a mí. En Venezuela llegué a la casa de Héctor y Enriqueta, su esposa. Mujica, que era dirigente comunista y director de la escuela de periodismo de la Universidad Central de Venezuela, me consiguió trabajo y eso me permitió llevarme a Caracas a la Flora, la Paca y Carolina (Mini) que ya había nacido. Más tarde nació Javier en Venezuela, país en el que viví cinco años, hasta la próxima candidatura presidencial de Allende.

Esa etapa en Venezuela es una de las más felices de mi vida. Allá me realicé como periodista y construí lazos de afecto, muy fuertes, con el pueblo venezolano y su cultura. Trabajé primero en un nuevo diario, *La Razón*, que dirigía Marco Aurelio Rodríguez, pero al poco andar me llamaron del diario *El Nacional*, cuyo propietario era el escritor y político Miguel Otero Silva. Era el diario más importante de Venezuela y uno de los más importantes de América Latina. Tenía una línea socialdemócrata para no decir de izquierda. No solo luchó contra la dictadura de Pérez Jiménez sino que también apoyó a la Revolución Cubana, que triunfó un año después. Eso mismo le costó un boicot de avisadores que le obligó a cambiar de línea y a Miguel Otero a salir de la dirección del diario.

En *El Nacional* mi trabajo fue reconocido, recibí premios y participé en el Sindicato de Trabajadores de la Prensa y en la Asociación Venezolana de Periodistas. Yo estaba relacionado con el PC venezolano porque algunos de mis compañeros del diario eran comu-

nistas. Cuando decidimos regresar a Chile —venía la próxima candidatura de Allende— le pedí a Flora que se fuera antes con los niños y me quedé en Caracas escribiendo un libro que se editó en las clandestinidad. *Venezuela OK* es un reportaje al inicio de la lucha armada contra el gobierno de Rómulo Betancourt.

Periodista político en El Siglo

Cuando volví a Chile encontré un primer trabajo en la agencia cubana de noticias Prensa Latina. Carlos Jorquera era el corresponsal. Entones me llamó Luis Corvalán, secretario general del PC, ofreciéndome escribir la sección política del diario. Yo no era militante comunista, pero sí conocido como periodista de izquierda. Acepté e hice una página diaria en *El Siglo*. Los domingos publicaba un comentario político. Lo lógico era que me hiciera comunista y empecé a militar en el Partido.

...y al fin, la Patria Grande: Cuba y la Revolución

Otra etapa de mi vida periodística comienza con un viaje a Cuba, donde descubro algo distinto. Me enamoré de la Revolución Cubana y sigo siéndole fiel. Tanto me enamoré que me fui de *El Siglo* y del PC porque entendí que por allí no iba la historia que empezaba a escribirse en América Latina. Intenté trabajar en *El Clarín* pero no lo conseguí, escribo un artículo en *Última Hora* sobre Fidel Castro, el Movimiento 26 de Julio y el asalto al Cuartel Moncada. El artículo se llamaba algo así como «Un glorioso aventurero» y era, en cierto modo, una respuesta a la crítica del PC chileno al «aventurerismo» en Cuba. El PC miraba con desconfianza a la Revolución Cubana y la criticaba, a veces abiertamente, otras solapadamente, en un lenguaje casi criptográfico.

SEGUNDA PARTE Venezuela, Cuba, Allende

Capítulo 5 Venezuela OK

Llegué a Venezuela a fines de 1958. En enero de ese año el pueblo y las fuerzas armadas habían derrocado al dictador Pérez Jiménez. Pero se aproximaba otro enero mucho más radical en el Caribe: el 1ro. de enero cubano de 1959.

Héctor Mujica y Enriqueta, su esposa, me acogieron en su casa. Eran tiempos de Navidad y Año Nuevo. Viví ese momento maravilloso de la solidaridad del pueblo venezolano con la lucha guerrillera en Cuba. En el centro de la ciudad había mesas que recolectaban dinero. Era la campaña «Un bolívar para la Sierra». El gobierno del vicealmirante Wolfgang Larrazábal había enviado armas a Fidel. Cuando Fulgencio Batista huye de la isla, los exiliados cubanos se toman la embajada en Caracas. Tengo muy vivos esos recuerdos, el impacto en mi conciencia de la cultura caribeña, ese vigor y alegría desbordada que acompañaba los triunfos revolucionarios de ambos pueblos.

En las elecciones de Venezuela había ganado Acción Democrática con su candidato, Rómulo Betancourt. Él había planteado un proyecto de tregua política para estabilizar la situación post dictadura. Previo a las elecciones se había firmado el Pacto de Punto Fijo por Acción Democrática, Unión Republicana Democrática (URD) y el partido socialcristiano COPEI. La maniobra dejaba afuera al Partido Comunista que había jugado un rol muy importante en la lucha insurreccional contra la dictadura.

Ese era el clima en Venezuela cuando Héctor Mujica me consigue trabajo en *La Razón* cuya línea editorial era opositora al gobierno adeco. El director era Marco Aurelio Rodríguez, muy anti adeco y sobre todo anti Betancourt. Me adapté muy rápido a las modalidades de trabajo del periodismo venezolano, por cierto un muy buen periodismo. Fui conociendo la ciudad y su gente. Me fui a vivir a una pensión, en el centro de la ciudad. Era un departamento grande con varios dormitorios y su dueña era una española a la que el Negro Jorquera bautizó como La Sabrosona. Otro chileno, Martín Cerda, también llegó a vivir ahí. Jorquera, que estaba en El Nacional, se regresó a Chile y me llamaron en su reemplazo.

En *El Nacional* me desarrollé plenamente como periodista. Era un gran diario y quizás el único en América Latina con una línea editorial democrática. En sus páginas colaboraban escritores de la talla del cubano Alejo Carpentier, exiliado en Venezuela. El diario era propiedad de la familia Otero y su director, Miguel Otero Silva, era un escritor y político que había sido militante comunista, parlamentario, era muy amigo de Neruda con el que pasaban vacaciones en Italia. La riqueza de su familia, como la de tantas otras familias venezolanas, procedía de concesiones petroleras. Una hermana de Miguel, Clara Rosa Otero, estuvo casada con un médico chileno, hermano de Carlos Altamirano, y donó los terrenos donde se construyó la Escuela de Periodismo de la Universidad de Chile.

El Nacional apoyó a la Revolución Cubana, lo cual le costó afrontar un boicot de avisadores — muchos de ellos eran empresas norteamericanas — . De unas sesenta o más páginas en la semana y más de 80 los domingos, el diario se vio reducido a la mitad. Finalmente, lo derrotaron. El diario cambió su línea y Miguel Otero salió de la dirección. Hoy, conducido por un hijo de Miguel, es uno de los más feroces enemigos de la revolución bolivariana.

Con Miguel Otero Silva hicimos varias entrevistas a personalidades venezolanas, como el escritor Arturo Uslar Pietri, que tuvieron mucha resonancia.

El trabajo en El Nacional, mejor remunerado, me permitió arrendar un departamento amoblado en las Colinas de Bello Monte y llevar a Caracas a Flora y las dos niñas.

Fui a recibirlas en el aeropuerto de Maiquetía con un elegante traje blanco, tropical, que había comprado especialmente para la ocasión. Me acompañaba un compañero del diario, un español, Manuel Ponte, conocido como El Duende porque así firmaba su columna. Él fue el padrino de mi hijo Javier, nacido en Caracas.

Flora también encontró trabajo rápidamente en un consultorio de salud.

Por primera vez tuvimos un auto, un Skoda checoslovaco. Los fines de semana íbamos a la playa, a Macuto, y a otros lugares cercanos a Caracas.

En el diario me habían asignado cubrir las informaciones de la Cancillería y del Ministerio del Interior. Ocasionalmente me tocaba también el Congreso. En la Cancillería hice un gran amigo en el canciller Ignacio Luis Arcaya, un político notable, jurista, militante de Unión Republicana Democrática (URD), cuyo líder histórico era un personaje de las luchas democráticas en Venezuela, Jóvito Villalba. El canciller Ignacio Luis Arcaya era contemporáneo y amigo del canciller de la Revolución Cubana, Raúl Roa. Ambos hacían una dupla formidable. Así lo demostraron en la conferencia de cancilleres en San José de Costa Rica que fue el primer paso que dio EE.UU. para expulsar a Cuba de la OEA. Me tocó reportear esa conferencia y trabar amistad allí con Raúl Roa. Luego tuvo lugar otra reunión de cancilleres, esta vez Chile, a la que también asistí. Entretanto la relación del canciller Arcaya con el presidente Betancourt, que era muy pro norteamericano, se fue deteriorando. En definitiva Arcaya dejó de ser canciller y URD abandonó el

gobierno. El Pacto de Punto Fijo quedó reducido a los partidos AD y COPEI que se sucederían en el gobierno durante varios años.

Venezuela, por cierto, era un país más desarrollado que Chile. Ya había televisión, por ejemplo, las autopistas y carreteras eran impresionantes. Yo tenía la cultura de la pobreza chilena de esos años: cuando se nos gastaban las suelas de los zapatos, uno recurría a un zapatero remendón por unas medias suelas. Recién llegado a Caracas se me desgastaron unos pantalones y los llevé a una sastrería en la planta baja de la pensión donde entonces vivía. Y el sastre me dijo: Mira, vale, esto te va a costar cincuenta bolívares pero aquí tienes unos pantalones nuevos por quince.

Para mi trabajo era necesario conocer el medio político, sus personajes, su historia. Por ejemplo, Venezuela tiene un viejo problema de límites con Guyana, y yo tenía que conocer ese tema, documentarme, y así lo hice. Llegué a conocer mejor buena parte de la historia de Venezuela. Mi tarea era entrevistar también a visitantes extranjeros. Así conocí a Fidel Castro, el primer país que Fidel visitó al triunfo de la revolución fue Venezuela, por esos lazos históricos de hermandad entre ambos pueblos. Con el político venezolano que mayor amistad alcancé fue con José Vicente Rangel, entonces diputado, que luego fue candidato presidencial de la izquierda en tres oportunidades, y ministro y vicepresidente de la República con Chávez. José Vicente fue muy amigo de Salvador Allende y en Venezuela siempre lo comparaban con él. También era periodista y dirigió el diario *Clarín* en el que colaboré con seudónimo.

El periodista Fabricio Ojeda, que fue presidente de la Junta Patriótica clandestina que derrocó a Pérez Jiménez, fue redactor de *El Nacional* y allí lo conocí. Fabricio era militante de URD y parlamentario de ese partido. Se incorporó a la lucha armada y lo asesinaron en prisión, haciendo aparecer su muerte como suicidio. Bajo la dictadura Fabricio Ojeda cubría las informaciones del palacio de Miraflores, o sea, veía casi a diario a Pérez Jiménez.

En el Ministerio del Interior, al primero que conocí como ministro fue a Luis Augusto Dubuc. Y después a Carlos Andrés Pérez, que sería presidente de la República.

El Partido Comunista venezolano y el MIR, un desprendimiento de Acción Democrática, iniciaron la lucha armada. Se producen levantamientos militares en Puerto Cabello y Carúpano. La inspiración de la izquierda venezolana venía de Cuba y su ejemplo revolucionario. El venezolano como el cubano son pueblos muy luchadores, muy valientes, con tradiciones hermosas en ese sentido.

La Asociación Venezolana de Periodistas (AVP), la presidía un compañero de El Nacional, Eleazar Díaz Rangel, que hoy dirige el diario Últimas Noticias. Es otro de mis grandes amigos de aquella época.

Cuando decidí regresar a Chile, Flora viajó primero con los niños, en barco. Yo me quedé escribiendo un largo reportaje que terminó siendo un libro: Venezuela OK. Me fui a vivir en La Candelaria, en los altos de un bar de unos amigos de El Duende. Escribía en las noches con el fondo ruidoso de los vozarrones de los borrachos en la planta baja. Entregué los originales al Partido Comunista que se encargó de hacer una edición clandestina del libro. También se publicó en Chile, Cuba, Italia, Francia, EE.UU. y en la URSS.

El momento más feliz de mi vida

La mía ha sido una vida algo vagabunda. Vivir en Venezuela, después en Cuba, viajes, años de clandestinidad, mudanzas de pensión en pensión. En Venezuela creo que Flora disfrutó; trabajó como enfermera en el Consultorio Guaicaipuro, era muy apreciada por sus compañeras que le hicieron una gran despedida cuando volvió a Chile. Ella amaba su trabajo y conoció más venezolanos que yo porque como enfermera de salud pública visitaba poblaciones y dialogaba con muchas personas. Aquello no era un exilio, era distinto. Podíamos volver a Chile si queríamos, y de hecho lo hicimos. La ausencia de Chile la podías remediar al día siguiente si nos daba la gana.

El nacimiento de Javier fue un acontecimiento para nosotros. Lo llamamos Javier porque es mi segundo nombre. Me pusieron Javier porque era el nombre de mi abuelo materno. Le dimos continuidad a eso y a mi hijo le pusimos Javier Alejandro, Alejandro por el nombre clandestino de Fidel Castro.

Venezuela fue el momento más feliz de mi vida. Los componentes de esa felicidad fueron diversos. Unos, de carácter profesional: sentirme apreciado en el oficio que había elegido. Es una etapa de muy buenas relaciones con Flora y los hijos. El país que descubrí y amé, la participación en la lucha política de Venezuela, sentirme parte de eso. Nunca fui rechazado ni excluido por ser extranjero.

Y por tantas razones

Hay quien me ha dicho que mi vida se desarrolló en una dirección muy clara: seguiste siempre como periodista, fundaste *Punto Final*, pudiste ser empresario o burócrata, tu familia te acompañó siempre, a pesar de que muchas veces dices que eres producto de las circunstancias, se observa pura continuidad. Claro, hay circunstancias, la vida te impuso exigencias y decisiones; pero en política, por ejemplo, nunca cambias de rumbo. Es halagüeño ser descrito así. Pero yo no tengo esa percepción. Flora me dice: has hecho todo lo que has querido, pero no lo siento así. Más bien creo que he ido caminando de tramo en tramo, abriendo puertas sin saber lo que hay más allá, entrando en un espacio diferente. No creo ser un forjador de mi vida. Más bien soy el resultado de circunstancias que estaban más allá de mi voluntad.

Si estaba tan feliz en Venezuela, ¿por qué volver a Chile? Para explicarme este regreso habría que volver a mi rincón interior, la respuesta está ahí. La razón más objetiva, es participar en la campaña de Allende en 1964. Pero en lo interior, en mi corazón,

es «hambre de Chile». También hay un contexto venezolano no despreciable. La lucha guerrillera se ha intensificado y también la represión que toma niveles criminales. El Nacional ya era diferente: el retiro de la publicidad lo había obligado a cambiar su línea. Además, pensé que sería un aporte escribir Venezuela OK. Es decir, se juntaron motivos para regresar a Chile. Pero si lo analizo, tratando de ser sincero conmigo mismo, lo decisivo era el deseo de volver, de estar aquí.

Estamos hablando de 1964, tengo 31 años. Los ahorros nos alcanzaban para vivir tres o cuatro meses.

Siempre he estado enamorado de Flora y no digo más porque se me puede ir la lengua. La relación seguía siendo sólida. Creo que mucho en mi vida lo debo a ella. También creo que mis hijos han sido solidarios con mis ideas. A Flora le debo mucho, le dediqué ese libro... y por tantas razones.

Capítulo 6

Punto Final

Flora volvió a Chile con los niños en el «Reina del Mar» y yo me quedé escribiendo lo que sería el libro *Venezuela OK*. Cuando lo terminé me despedí de la gente de la que tenía que despedirme y regresé a Chile. También viajé en barco, uno italiano, el «Rossini». Conmigo volvía otro periodista chileno, Luciano Cruz Astudillo. En Venezuela había entrevistado en la montaña al guerrillero Douglas Bravo. A Luciano lo mataron en Tocopilla después del Golpe. Llegué a la casa de Santos Dumont 280, de la familia de Flora, donde vivimos muchos años.

Mi primer trabajo fue en Prensa Latina, que estaba a cargo de Carlos Jorquera. La agencia en Chile tenía una oficina grande en Unión Central 1010 — hoy Bombero Ossa —, en pleno centro. En ese mismo edificio se instalaría luego *Punto Final*. Estaba trabajando en Prensa Latina cuando me llamó Luis Corvalán, secretario general del Partido Comunista, para ofrecerme trabajo en *El Siglo*. Lo acepté y así me convertí en redactor político del diario comunista sin ser militante del partido. En *El Siglo* escribía una página diaria de política y el domingo un recuento y comentario de la semana.

Iba todos los días los días a reportear al Congreso Nacional. A poco andar pedí la militancia en el PC y me integré a la base de El Siglo. Entre mis compañeros estaban José Miguel Varas y Sergio Villegas, este después trabajaría conmigo en *Punto Final*.

Con Allende en la campaña del «Naranjazo»

La muerte de Oscar Naranjo Jara, diputado del Partido Socialista por Curicó, en diciembre de 1963, dio lugar a una elección complementaria que se efectuó el 11 de marzo de 1964. La elección tenía mucha importancia porque ese mismo año correspondían las elecciones presidenciales. El PS presentó la candidatura del hijo del fallecido, el doctor Oscar Naranjo Arias. Curicó se convirtió en el centro de la política nacional. Allende se jugó por Naranjo y así tuve oportunidad de conocerlo más. Se instaló en Curicó y todos los días lo acompañé a proclamaciones y asambleas en pueblitos de la provincia. Allende era incansable y, aunque yo era mucho más joven, me costaba seguirle el trote. Tenía una vocación innata de liderazgo, firme conciencia de su rol histórico, esa era una característica del Allende que yo conocí.

Allende había instalado en el auto un altavoz que a veces yo le ayudaba a perifonear. Cuando en el camino veíamos campesinos trabajando la tierra, aunque fueran muy pocos, Allende se detenía y les dirigía un mensaje: «Buenos días, compañeros, les habla el doctor Salvador Allende, estoy aquí para...», y largaba su rollo. Gracias al trabajo de Allende, y el de las organizaciones de izquierda que se volcaron a trabajar en Curicó, se produjo el llamado «naranjazo». La rotunda victoria del doctor Naranjo. Paradójicamente, ese triunfo se convertiría en factor determinante para que Allende perdiera las elecciones de 1964. La derecha se asustó y se volcó a Eduardo Frei, el candidato del Partido Demócrata Cristiano. Como recuerdo de la campaña de Curicó quedó una foto que tomé de Allende a caballo y que publicó *El Siglo* en portada.

En esos años el responsable político de El Siglo era el diputado Orlando Millas. Muy trabajador, lleno de iniciativas, era el hombre de la comisión política del partido. El director periodístico era José Miguel Varas y el subdirector, Sergio Villegas. En una oportunidad Corvalán me invitó a su casa para ofrecerme la dirección del diario.

Le dije que no y el motivo era que eso significaba desplazar a mi amigo Varas.

En la campaña de 1964 con Allende

Mi participación en la campaña de Allende fue como periodista de El Siglo. Frei ganó con el 55,6% de los votos. El único que no se equivocó fue Allende. Pero todos estábamos convencidos que Allende ganaba, era lo que se respiraba en el ambiente. El día de las elecciones me encontré con Allende en un recinto electoral que estaba en la calle Portugal. Yo salía de reportear y encuentro a Allende en un auto, me parece que con el Negro Jorquera o el Perro Olivares. Le dije a Allende: «Creo que vamos a ganar, doctor», y respondió: «No, hombre, vamos a perder y lejos...». Tenía fino olfato político, experiencia, y se daba cuenta de las consecuencias del «naranjazo». Se había desarrollado una campaña del terror en todos los grandes medios de prensa. Se anunciaba una dictadura comunista si ganaba Allende. Los afiches mostraban tanques soviéticos frente a La Moneda. Los niños serían enviados a Cuba. Reactualizaban la guerra civil española y los fusilamientos de curas y monjas. La historia desempolvaría más tarde la participación y el financiamiento de la CIA norteamericana para derrotar a Allende.

No recuerdo qué escribí ese día en *El Siglo*, pero es algo obvio. Quizás «perdimos pero hemos acumulado fuerzas», «para la próxima vez será...». Era la fórmula para encarar las derrotas. Allende pronunció un discurso en la Casa del Pueblo alentando a la gente.

La Flora trabajaba en su profesión en un consultorio de salud, los niños estudiando. Mi amigo más cercano era siempre el Chico Díaz, que estaba en *Última Hora*.

Mi militancia en el PC fue muy breve. También renuncié a *El Siglo* —cada día comulgaba menos con la línea del Partido—. Encontré trabajo nuevamente en *Última Hora*.

El año 1965 es importante para mí porque viajo a Cuba. Éramos un grupo: el Negro Jorquera y su mujer, Angélica Beas; los periodistas Alejandro Cabrera y Luis Muñoz; un grupo de viudas cuyos esposos habían sido masacrados en la mina El Salvador y algunos dirigentes de los trabajadores de esa mina; entre ellos Jaime Sotelo, socialista, que luego fue del GAP y cayó luchando en La Moneda el 11 de septiembre.

En la visita a Cuba tuvimos una reunión de madrugada con Fidel en el Hotel Habana Libre. Nos habló largo de la Revolución, de sus logros y dificultades. Nos preguntó sobre Chile y sus políticos. Tuvo palabras de elogio para el libro Venezuela OK que se había publicado en Cuba y que encontré en una librería en la Sierra Maestra.

La Revolución Cubana tenía más de cinco años cuando la conocí. Se produjo en mí algo así como un deslumbramiento; me hizo ver que en Chile la izquierda estaba perdiendo el tiempo. Los dogmas se me vinieron al suelo. Fue una ruptura ideológica. Empecé a cuestionar la validez de la vía electoral para llegar al poder, puse en tela de juicio el rol de los PC en América Latina. Fue una ruptura abierta porque publiqué en Última Hora un artículo titulado «Un glorioso aventurero», que era un elogio al rol histórico de Fidel Castro y una respuesta a una crítica aparecida en El Siglo.

Punto Final va a ser la creación material de ese vuelco ideológico-político que se había producido en mí.

Mario Díaz y yo, como muchos periodistas, anhelábamos tener nuestro propio medio de comunicación, donde pudiéramos escribir sin trabas, limitaciones ni presiones. Entonces, con el Chico Díaz, decidimos hacer una publicación que consistiera en que un periodista cada vez escribiera un reportaje que agotara un tema. Por eso se llamó *Punto Final*. Recuerdo que íbamos caminando por Ahumada, discutiendo qué nombre le pondríamos a la criatura, y de pronto a uno de los dos —no sé a quién— se le ocurrió Punto Final. El primer número apareció el 15 de septiembre de 1965 con un reportaje sobre el naufragio del Janequeo, un buque de la Armada. Lo escribió Miguel Torres, un excelente reportero policial, que poseía una gran fuerza narrativa.

En las siguientes ediciones, hasta el número 9, aproximadamente, *PF* siguió siendo un folleto con un solo tema. Incluso periodistas de derecha, como Rafael Otero, escribieron en *PF*. Los temas eran diversos, incluyendo uno sobre fútbol de Isidro Corbinos, un español, excelente redactor deportivo.

Con el Chico Díaz nos encargamos de vender los primeros números de *PF* en el Café Haití. Ahí lo voceábamos. Augusto Carmona, que era jefe de prensa del Canal 9 de TV de la Universidad de Chile, nos mandó a filmar cuando vendíamos la revista y eso nos sirvió mucho de publicidad. Financiábamos *PF* con parte de nuestros sueldos en *Última Hora*. Un cuñado del Chico puso un aviso de una fábrica de catres. Un cuñado mío pagó un aviso de una fiambrería. *PF* trataba de dignificar la profesión del periodismo, un medio sin censura del dueño o de los avisadores. Eso fue y es *Punto Final*, desde sus orígenes hasta hoy.

El verdadero padre de "Punto Final"

El vuelco de folleto a revista con diferentes secciones se produce cuando aparece en escena un compañero que es fundamental en esta historia. Me refiero a Jaime Barrios Meza, un economista y exmilitante comunista. Barrios estaba trabajando en Cuba junto con otros economistas que el PC chileno había enviado a la isla. Entre ellos Alberto Martínez, Albán Lataste y Ciro Oyarzún. A Jaime le tocó trabajar con el Che Guevara en el Banco Central de Cuba. Lo conocí en ese primer viaje a la isla. Desde entonces hicimos una amistad muy grande. Jaime Barrios era también amigo del abogado Alejandro Pérez Arancibia, de Augusto Olivares y Carlos Jorquera. Todos eran de parecidas edades, ex alumnos de

la Universidad de Chile, excomunistas, fidelistas y guevaristas en ejercicio activo. A este grupo inicial se sumó el abogado socialista Jaime Faivovich, que era funcionario de la Cámara de Diputados.

Jaime Barrios nos juntó a todos para conversar y proyectar nuestros sueños socialistas. Fue Jaime el que propuso hacer de Punto Final una revista que sirviera de tribuna a las ideas revolucionarias en Chile. No recuerdo exactamente cómo lo dijo, pero fue el verdadero padre de Punto Final.

Nos entusiasmamos con la idea y de inmediato surgió el problema fundamental: ¿y el dinero? Entonces Jaime Barrios y Alejandro Pérez —convertido por obra y gracia de un sueño en gerente de una revista – se dieron a la tarea de conseguir recursos. Ellos tenían contactos con mucha gente, simpatizantes de izquierda. Tampoco se necesitaba mucho dinero: nadie iba a cobrar sueldo por su trabajo. Lo importante era un convenio con una imprenta y esto se logró con Prensa Latinoamericana, propiedad del Partido Socialista. Conseguimos una oficina pequeña — una sala y un baño – en Unión Central 1010, oficina 810, octavo piso. Pertenecía a un amigo de Alejandro Pérez y nos salía gratis. Lo único incómodo era que en el mismo piso había varios departamentos dedicados al negocio sexual.

A partir del Nº 10, que apareció en la segunda quincena de agosto de 1966, Punto Final se convirtió en revista quincenal con diferentes secciones. El primer Consejo de Redacción lo integrábamos Mario Díaz, Augusto Olivares, Carlos Jorquera, Alejandro Pérez, que hacía las veces de gerente, y yo a cargo de la Dirección. Más adelante se integraron al consejo Jaime Faivovich, Hernán Uribe, Augusto Carmona y el poeta Hernán Lavín Cerda.

Además, la revista logró conformar un excelente equipo de redactores, entre ellos José Carrasco, Máximo Gedda, Gladys Díaz, Enrique Fernández, Lucía Sepúlveda, el poeta argentino Julio Huasi, Benigno Ramos, José Cayuela, Eduardo Santa Cruz, Héctor Suárez,

María Eugenia Saul, Patricia Bravo, Fernando Mires, Régis Debray, Roque Dalton, Clotario Blest, Melitón Herrera (Click), Eduardo de la Barra (Jecho) en los dibujos de humor político, y Enrique Cornejo

(Penike) en las portadas y la presentación gráfica de la revista.

Un rol muy importante jugaron las secretarias de *PF*. Desde su fundación hasta 1973 esa tarea la cumplieron Haydée Moreno, la actriz Inés Moreno y la revolucionaria brasileña Jane Vanini, asesinada en Concepción por la Infantería de Marina poco después del Golpe.

En la segunda época de *PF* las secretarias han sido Julia Salazar (a quien habíamos conocido en *Última Hora*), Flora Martínez (mi mujer) y en la actualidad Anita Osorio.

Jaime Barrios, no aparecía en el consejo de redacción porque retornó a La Habana. Pero escribió numerosos y excelentes artículos. Jaime sabía mucho de historia y, por cierto, de economía. Ese Consejo delegaba las funciones ejecutivas en el director y el gerente. Nos reuníamos con frecuencia, casi siempre en casa de uno de nosotros, se conversaba sobre la línea editorial de *PF* y la política nacional e internacional del momento, y así surgían ideas de reportajes, artículos y editoriales.

El Nº 10 de *PF* — el primero como revista formal — lleva un editorial que me gustaría reproducir para verificar si hemos cumplido nuestro compromiso. Ese editorial no lleva título y dice así:

Al reiniciar nuestro contacto con los lectores quisiéramos puntualizar algunas cosas. Desde luego, nuestra posición política. Todo órgano de prensa tiene una posición, aun aquellos que se escudan en una aparente «objetividad». Nosotros no queremos engañar a nadie. Estamos en la izquierda, o sea, entre las fuerzas políticas y sociales que combaten por el socialismo. Somos, en consecuencia, antiimperialistas y antioligárquicos. Estamos contra el feudalismo y sus nuevas expresiones: el neocapitalismo y el «gorilismo». No creemos, por cierto, que el reformismo sea un remedio aconsejable

para los países en vías de desarrollo, como el nuestro. Por el contrario, estimamos que es un factor de retraso, si no se le combate y denuncia, en el proceso de liberación de nuestro pueblo. Buscamos divulgar, por lo tanto, un auténtico pensamiento revolucionario. En esa tarea seremos todo lo amplios que exige la inquietante y compleja realidad nacional. Pero seremos firmes y consecuentes en nuestro propósito. Consideramos que, si bien nuestro pueblo no necesita de tutores que encuadren la dirección de sus luchas, ni de pontífices que digan la última palabra, hay urgencia de entregar antecedentes que actúen como factores estimulantes del combate. Una corriente renovadora del pensamiento revolucionario recorre América Latina. No es ningún misterio que ella emana de la Revolución Cubana. Se está manifestando en cada uno de nuestros países, en diferentes formas. Es necesario, por eso, contar con amplios elementos de juicio. No ocultaremos lo que otros esconden. Trabajaremos con armas ideológicas limpias, sin odios ni resentimientos y no rehuiremos la polémica. Pero siempre nos guiará el convencimiento de que las organizaciones políticas que el pueblo se ha dado, son instrumentos cuyo perfeccionamiento debe buscarse con lealtad, nunca su destrucción o división. Combatiremos, entonces, al verdadero enemigo. Estamos, en resumen, en el gran cauce del movimiento político y social empujado por las aspas de la revolución socialista que llama a la conciencia latinoamericana. En esta corriente pueden existir, y de hecho existen, matices y opiniones diferentes. Pero todas confluyen a un mismo objetivo. Eso lo tendremos presente.

La DC y el socialismo comunitario

Los sesenta y setenta fueron una época de cambios en la política chilena, influenciada en el caso de la izquierda por la Revolución Cubana, las experiencias guerrilleras en países latinoamericanos y por las guerras de liberación en África. Comienza a producirse una recuperación de fuerzas desde el progresismo hasta los sectores

revolucionarios. Es también el tiempo de la respuesta de EE.UU. La Alianza para el Progreso, la invasión de Playa Girón, el bloqueo y aislamiento de la Isla, todo eso va a impulsar cambios de todo tipo. Por ejemplo, las reformas agrarias. Había una colusión evidente entre Washington y el Vaticano —que envía a Chile al cura Roger Vekemans¹ que trae fondos y contactos para impulsar la nueva política imperial—. Junto con Vekemans aparecen los «voluntarios» del «Cuerpo de Paz»² y dinero a raudales para organizaciones, medios de comunicación, políticos, etc. Expertos extranjeros investigan para conocer las orientaciones políticas profundas de los chilenos y prever el futuro. Lo mismo sucede en el resto del continente. Comienza un trabajo ideológico y organizativo en los sectores urbanos y campesinos más pobres. Fondos norteamericanos, alemanes, vaticanos lanzan la «promoción popular» y comienzan a dibujar el nuevo pai-

¹ «El sacerdote jesuita belga Roger Vekemans van Cauwelaert, filósofo, teólogo y doctor en sociología... llegó a Chile en febrero de 1957 y se transformó en pocos años (...) Se convirtió en asesor de la Confederación Latinoamericana Sindical Cristiana y de la Unión Social de Empresarios Cristianos y estrechó vínculos con los más cercanos asesores de Frei, como Sergio Ossa Pretot, Raúl Sáez, Domingo Santa María, Sergio Molina, Edmundo Pérez Zujovic, Álvaro Marfán y Hugo Trivelli. (...) Vekemans encarnó los esfuerzos de la DC internacional, dirigida desde Alemania, Italia y Estados Unidos, para construir una alternativa teórica y práctica que impidiera el crecimiento de la izquierda marxista en el continente. Es en uno de los principales ideólogos de la práctica política de la Democracia Cristiana en América Latina (...)» (La Nación, cl, 2009).

Después del final de la Segunda Guerra Mundial, varios de los miembros del congreso de Estados Unidos propusieron proyectos para establecer las organizaciones voluntarias en países en vías de desarrollo. En 1952, el senador Brien McMahon (D—Connecticut) propuso un «ejército» de estadounidenses jóvenes para actuar como «misionarios de la democracia». Las organizaciones privadas no religiosas comenzaron a enviar a voluntarios a ultramar durante los años 50 (...) Aunque al Presidente John F. Kennedy se le atribuye la creación del Cuerpo de Paz, la primera iniciativa vino del senador Hubert H. Humphrey, Jr. (D—Minnesota), quien introdujo el primer proyecto para crear el Cuerpo de Paz en 1957, tres años antes de JFK y de su discurso en la Universidad de Michigan (Wikipedia).

saje político. La Democracia Cristiana es la principal beneficiada de este proceso de cambios en el pensamiento y en la acción política y social. Esta dinámica va a generar el gobierno de Frei, y también el gobierno de Allende por la decepción que provocará finalmente la «revolución en libertad» de la DC.

La emergencia demócrata cristiana fue notable. Tenía una mística de trabajo impresionante. Yo no me sentía para nada enemigo de ese movimiento renovador. Frei era un excelente orador y un político muy preparado. Lo conocí en mi época de trabajo en Última Hora. Era imposible sentirlos como enemigos.

¿Quiénes eran los demócratas cristianos de entonces? Frei, que planteaba una revolución en libertad. Radomiro Tomic, que proponía un «socialismo comunitario». La DC era una fuerza que impulsaba cambios y la redistribución de la riqueza. Y todo eso con el apoyo de Estados Unidos. Pienso que fue el comienzo de un tiempo de avance de las fuerzas del cambio, que abarcaba desde la Democracia Cristiana hasta la izquierda.

Nos unifica la Revolución Cubana

En 1965, año que se funda Punto Final, estamos en los inicios del gobierno de Frei. PF no nace como una revista revolucionaria. Surge como un ideal de periodismo libre. Pero quienes la fundamos, pertenecíamos a una corriente de izquierda que se iba cohesionando en torno a ideas revolucionarias y en particular al ejemplo de la Revolución Cubana. Ese mismo año nacía el MIR y aparecían nuevos liderazgos como el de Miguel Enríquez. También había grupos maoístas, trotskistas, anarquistas actuando en la política de base y en la difusión teórica. Cuando del folleto pasamos a la revista, subimos también un escalón en lo político. Más radical, abiertamente de izquierda y de abierto apoyo a las ideas que encarnaba la Revolución Cubana. En las páginas de la revista van a aparecer todos los movimientos revolucionarios de América Latina. Se informará de

Repito que fue la Revolución Cubana la que nos unifica, nos impulsó a unirnos y a trabajar por la revolución y el socialismo. Se incorporan otros periodistas como Hernán Uribe y Augusto Carmona. Salvo Jaime Faivovich, que siempre fue militante socialista, los otros miembros del Consejo de Redacción no éramos militantes. Yo mismo vine a militar en el MIR por el año 69. Éramos conocidos como «independientes de izquierda», con ese rótulo Augusto Olivares era consejero nacional del Colegio de Periodistas, representando a la corriente de periodistas independientes de izquierda. A la vez yo era consejero regional del Colegio en esa misma calidad. El otro fundador de *PF*, Mario Díaz, sólo se hizo militante del MIR en el exilio, cuando *PF* estaba clausurado.

Se ha dicho, y es cierto, que de algún modo existió una militancia «punto finalista». Una corriente de opinión que se sentía representado por la línea editorial de la revista.

Mi reflexión política y mi actuación en ese terreno, a partir de los años sesenta, tienen un hilo conductor que es *Punto Final*. A veces escribía con mi nombre, otras veces con mis iniciales, otras con seudónimo.

El debate de la estrategia guerrillera

En Chile hubo amagos de lucha armada, ensayos, «escuelas», como se les llamó a algunas. Por ejemplo, la de Chaigüín, de jóvenes socialistas. También hubo otra experiencia en el norte. Esto genera discusiones en la izquierda.

Es la época de la pugna chino—soviética. En Chile surgen grupos pro chinos, pekinistas, escindidos del PC. Espartaco, el Partido Comunista Revolucionario (PCR) y otros. Más adelante tendrá mucha significación la guerrilla del Che en Bolivia. Sobre todo porque estaba concebida como un proyecto continental que se iniciaba en el Cono Sur. La idea era un ejército guerrillero internacionalista.

La guerrilla del Che no pretendió solamente derrocar la dictadura de Barrientos e instalar un presidente de izquierda, tenía una visión continental. En esa estrategia a Chile no solo se le asignaba un rol de retaguardia en el inicio de la lucha del Ejército de Liberación Nacional (ELN) en Bolivia. Se contemplaba la participación de combatientes chilenos en la guerrilla para que después ellos abrieran frentes de lucha en nuestro país.

Jaime Barrios vino a Chile a buscar apoyo para la guerrilla del Che. Habló con la izquierda existente: el Partido Comunista, el Socialista y el MIR. La reunión con el sector del MIR, que encabezaba Miguel Enríquez, quien aún no era secretario general, se hizo en mi casa, Santos Dumont 280. Yo no participé y me enteré de algunos detalles más adelante. Jaime, tengo entendido, no dijo que el Che estaba al frente de la guerrilla y quizás tampoco precisó que la lucha comenzaría en Bolivia. El MIR estaba recién organizándose y tampoco compartía la estrategia «foquista», la suya era una visión insurreccionalista de la revolución en Chile. El único sector que fue receptivo al llamado que traía Barrios fue un sector del Partido Socialista. En su seno surgió la sección chilena del ELN. El abogado Arnoldo Camú era su jefe y allí estaban Beatriz (Tati) Allende, el periodista Elmo Catalán y muchos otros.

La izquierda chilena, incluyendo al PC y al propio Salvador Allende, prestó ayuda después cuando se hizo el rescate de los cubanos sobrevivientes de la guerrilla del Che.

En Punto Final se publicaron muchos trabajos sobre la lucha guerrillera en América Latina. Por ejemplo, los ensayos de Régis Debray que causaron enorme polémica en la izquierda continental. Debray pasó por Chile clandestino cuando fue a entrevistarse con el Che en Bolivia. Se hospedó en el Hotel Panamericano, donde conversamos. No me dijo que vería al Che, cuyo paradero era un misterio que abría muchas especulaciones en la prensa internacional.

Por ese tiempo hubo en Chile una toma armada de un fundo en la zona de Los Andes, al frente de la cual estuvo el dirigente

sindical socialista Rolando Calderón. En Chaigüín, Valdivia, se descubrió una escuela guerrillera, también de socialistas. Uno de sus participantes fue Renato Moreau, que después tuvo activa participación política.

Nunca una revista panfletaria

Reporteábamos como podíamos pero nuestro fuerte era la interpretación y el análisis de los hechos. En esa época no se le pagaba a nadie en PF. Todos nos ganábamos la vida en otro lado. *Punto Final* ya existía cuando ocurrió la masacre de Puerto Montt, en Pampa Irigoin, y eso estuvo reseñado ampliamente con portada y todo en la revista, pero ninguno de nosotros pudo ir a Puerto Montt, tuvimos que basarnos en la información de otros medios.

Aunque el periodo actual ha sido mejor en recursos, seguimos limitados en posibilidades del periodismo de investigación, del trabajo de reporteo en terreno. Lo que trato de decir es que *PF* es una revista más bien de análisis de la actualidad, utiliza las herramientas y reglas del periodismo, pero profundiza más en la interpretación del acontecer. Nunca se nos ocurrió hacer una revista panfletaria, de trinchera en el sentido clásico del término. Lo que quisimos hacer fue, utilizando los instrumentos del periodismo, una revista al servicio de las ideas de izquierda y eso es lo que seguimos intentado hacer. No somos una revista académica, teórica, pero tampoco un panfleto.

Las polémicas con la izquierda

La revista va radicalizando su línea editorial a medida que avanza también el movimiento revolucionario en América Latina y la lucha de masas en Chile. Esto nos costó varias querellas y una clausura durante el gobierno de Frei. Estuve preso tres o cuatro veces durante ese periodo. Estábamos entre dos fuegos: el gobierno y parte de la izquierda que nos atacaba (y le respondía-

mos). *Punto Final* se vendía en los quioscos de periódicos donde en ocasiones nos hicieron sabotaje en la distribución. El Mercurio, que dominaba gran parte del sistema de distribución de publicaciones, nos calificaba como la revista «castrista» o «castro comunista», y movía sus peones en las agencias distribuidoras a lo largo del país para obstaculizar nuestra circulación. Así nació una iniciativa que dio resultados: la venta en centros universitarios. En la Universidad de Concepción, el compañero Pedro Holz, socialista, era nuestro agente de ventas. En Santiago en la Universidad Católica, en algunos campus universitarios, y en la Universidad de Chile, hubo estudiantes que se encargaban de vender la revista. Lo mismo ocurrió con algunos sindicatos. Las suscripciones también aumentaron. La revista comenzó a vincularse con diversos sectores sociales. Eso se reflejaba en los artículos de opinión, en las cartas de los lectores, etcétera.

La polémica con la izquierda y en particular con el PC se da a veces en tono muy virulento. Al comienzo, en El Siglo aparece un párrafo que se refería a mí informando a sus lectores que ya no era militantes del PC. Estaba redactado en una forma que sugería que yo podía estar vinculado a la CIA. Yo leo eso y casi pego un salto de ira. Decidí que esa afrenta se lavaba con sangre y llamé al director de *El Siglo*, Jorge Insunza. Entonces le dejé recado, creo que con Luis Alberto Mansilla, que ahora hace la crítica de cine en *Punto* Final, citando a Insunza al cerro Santa Lucía, en la Alameda. En mi mensaje le advertía que fuera armado porque yo también lo haría. Y en efecto me puse en el cinto una pistola CZ que me habían regalado compañeros cubanos. Llegué a la cita a la hora señalada dispuesto a todo. Menos mal Insunza tuvo el buen criterio de no ir.

Una cárcel confortable

Tuvimos tiempos difíciles. Cuando fuimos clausurados por un mes durante el gobierno de Frei -por una orden judicial en

virtud de la Ley de Seguridad Interior del Estado — sacamos otra publicación con el mismo formato, llamada *Prensa Firme*, o sea *PF*. Salvador Allende se portó muy solidario. Me fue a visitar en el Anexo Cárcel Capuchinos.

Cuando la policía llegaba a mi casa para detenerme, Flora y los niños apechugaban ante la situación. Nunca titubearon en apoyarme. En ocasiones fui procesado por fiscalías militares, porque varias de las querellas contra *Punto Final* fueron interpuestas por las Fuerzas Armadas o Carabineros. Estos hechos son comunes en la vida de muchos periodistas de izquierda en América Latina. Y aún peor porque los asesinan. Mis abogados eran siempre Alejandro Pérez o Jaime Faivovich.

Capuchinos era una cárcel espléndida comparada con lo que conocimos después, en la dictadura. Ubicada en pleno centro de Santiago, era un pensionado con rejas y gendarmes. Había que pagar, no mucho pero se pagaba. Allí iban personas que eran procesadas por delitos como estafas, accidentes del tránsito, etcétera. Eran curiosos los personajes que pasaban por Capuchinos. Si querías comer mejor, tenías que comprar comida. Era pues una cárcel confortable, nada que ver con el resto de las cárceles del país. No es que en esas situaciones me sintiera muy contento, porque nunca es agradable estar preso. Pero esa era una situación bastante liviana y fácil de sobrellevar. Siempre recibí mucha solidaridad comenzando por la de mi gremio, el Colegio de Periodistas. Todos esos procesos están reseñados en *Punto Final* y allí se pueden encontrar argumentos jurídicos muy importantes en defensa de la libertad de expresión de los abogados de *PF*, Alejandro Pérez y Jaime Faivovich.

Conducción política ideológica

Punto Final nunca alcanzó a circular en América Latina como era nuestra intención. Lo intentamos más de una vez pero es muy complejo para una empresa tan pequeña como *PF*. Se le encontraba, sin

embargo, en algunas librerías amigas en otras capitales. Comienza a ser conocida en otros países por suscriptores y viajeros. Hoy es bastante conocida en sectores de izquierda del continente. Hay muy pocas publicaciones de izquierda en América Latina y menos una revista que tiene ya medio siglo y que ha resistido muchos embates.

Durante el gobierno de Salvador Allende, Chile se convierte en un faro de la izquierda latinoamericana. Llegaron muchos exiliados del Brasil, Argentina, Bolivia, Perú, Colombia, etc. Aún antes de Allende había muchos exiliados latinoamericanos en Chile. Entre ellos estaba el salvadoreño Roque Dalton, quien era católico y estudió leyes en Chile, cercano entonces a la Democracia Cristiana que era mucho más avanzada que la salvadoreña. Roque se hizo luego marxista-leninista y más aún, guerrillero. En esa época está circulando Punto Final y muchos exiliados latinoamericanos se empiezan a sentir atraídos por las ideas que defiende PF. También en la revista escriben compañeros como Ruy Mauro Marini y Emir Sader, o el gran André Gunder Frank. Si bien no era un partido político, se hablaba de Punto Final como de un referente político. Y lo era porque se trataba — y se trata— de una revista de conducción política e ideológica. En la práctica, PF hacía el papel que debía cumplir la prensa desde los tiempos de Lenin.

Sin embargo, en tanto personas y personalidades éramos bien distintos. El chico Díaz y yo por ejemplo, éramos muy diferentes pero teníamos puntos de vista comunes en lo político. Augusto Olivares, era el prototipo del periodista. Adulto se casó con Mireya Latorre, la actriz de radioteatro. El Negro Jorquera había sido estudiante de derecho. Él y el Perro Olivares eran íntimos de Allende. Pertenecían a lo que llamaban la Orden del Baño, los amigos con acceso al baño de Allende. El Perro era hijo de un militar y había nacido en Punta Arenas, su hermano René (el Pluto) también era periodista, pero de derecha. El Perro era muy estudioso, siempre andaba cargado de libros y prensa extranjera. Yo me hice periodista cuando terminaba la época bohemia de ese oficio. Pero aún existía el restorán «Il Bosco» donde amanecían periodistas, escritores, poetas. Esa vida bohemia se enlazaba con los teatros de revistas, como el Bim Bam Bum, que a mí también me agarró un tiempo. Mario Gómez López y el Negro Jorquera eran amigos de todas las bataclanas y cómicos de ese teatro.

La Flora trabajaba en el Consultorio Maruri y militaba en el Partido Socialista. Mis hijas Paca y Mini eran del Frente de Estudiantes Revolucionarios (FER), un brazo estudiantil del MIR. Javier era todavía muy chico. A nuestra casa, en Santos Dumont 280, llegaba mucha gente de la gran familia de izquierda. Desde Salvador Allende a Miguel Enríquez. Y amigos de la época de *El Siglo* como Jorge Soza y su mujer que vivían por ahí cerca en la Avenida Perú.

Vitale, De Rokha y Droguett

Con el historiador Luis Vitale, trotskista, nunca fueron muy amistosas nuestras relaciones. Me erizaba un tanto su manera de ser, se descontrolaba en ciertas ocasiones. Pero estuvimos presos en Chacabuco y allí mejoró la amistad. Había otro trotskista historiador, Marcelo Segall,³ que colaboraba en la revista. Es autor del libro *Desarrollo del Capitalismo en Chile*, fuente de inspiración para

Nació en Santiago en 1920 y falleció en el año 2000. Sobresalió por sus estudios en ciencias económicas y su definido perfil trotskista dentro de la izquierda chilena. Se refugió en Holanda tras el golpe militar de 1973, donde colaboró en el Instituto Internacional de Historia Social de la ciudad de Ámsterdam. Sus investigaciones en el ámbito historiográfico han sido recordadas por sus intentos de aplicar en forma pura el método materialista dialéctico del marxismo al estudio e investigación del pasado nacional. En Desarrollo del Capitalismo en Chile: cinco ensayos dialécticos busca comprobar que el nacimiento de la lucha de clases al interior del país, se remonta al inicio del siglo xix, con las protestas del peonaje rural y minero, junto a la acción organizada por el artesanado urbano (Memoriachilena.cl).

la izquierda revolucionaria chilena. No he leído la obra completa de Vitale, aunque hemos publicado muchas cosas suyas. Adonis Sepúlveda, dirigente socialista y también trotskista, estuvo cercano a PF. Nuestro compañero Augusto Carmona era muy amigo suyo.

Gente del PS cercana a PF: hay que mencionar a Raúl Ampuero que escribió varias cosas sobre temas militares. El otro líder socialista, Aniceto Rodríguez, estuvo más distante de nosotros. La suya era una línea más socialdemócrata. Su manera sencillota de ser lo acercaba más a los sectores populares del socialismo que lo llamaban Cheto.

Allende nunca tuvo mayoría en el comité central del Partido Socialista como la tenían Aniceto Rodríguez o Raúl Ampuero. Aniceto derrocó a Ampuero y casi hace naufragar la candidatura presidencial de Allende. Pero éste se las arregló para mantenerse como candidato vitalicio de ese partido. De ahí nace el chiste que se atribuye al propio Allende. Su lápida en el cementerio diría: «Aquí yace Salvador Allende, futuro presidente de Chile».

Vinculaciones con curas hemos tenido muchas. Al colombiano Camilo Torres, caído en la guerrilla, no lo conocí, pero tuvo tribuna en Punto Final. Tuvimos buenas relaciones con ese núcleo de curas y monjas que formaron la Teología de la Liberación. La revista en esos años tenía muchos visitantes. Iban a conversar, a llevar artículos, a informar algo. El gran poeta Pablo de Rokha, que nos visitaba con frecuencia, estableció una relación muy amistosa con nosotros.

Punto Final tenía también su propio poeta, Julio Huasi, excelente poeta argentino que se suicidó después del golpe en Buenos Aires. Un poeta de gran valor cuya obra ha sido reeditada en Buenos Aires. Cuando a De Rokha le dieron el Premio Nacional de Literatura, nos invitó a almorzar a su casa en La Reina. Recuerdo ese almuerzo porque el poeta estaba feliz presidiendo una mesa a cuyo centro había una enorme fuente de greda llena de prietas y chorizos, metros de prietas y chorizos, fuentes con papas cocidas

y pebre. Y una jarra enorme de vino pipeño. Un festín de padre y señor mío.

Otro escritor amigo de *PF* era Carlos Droguett, muy cercano también al MIR. Droguett, Premio Nacional de Literatura, era mucho más mesurado que De Rokha, en apariencia, pero igual de apasionado en su literatura.

Capítulo 7 El MIR

A comienzos de 1964 apareció en Chile una edición de *Venezuela OK* bajo el sello de Ediciones del Litoral, que era un grupo literario en el que participaban Carlos Orellana, Jorge Soza, Edesio Alvarado, Franklin Quevedo y otros. El periodista Camilo Taufic dirigió la edición y la portada la diseñó Enrique Cornejo (Penike). Se hizo en la Imprenta Horizonte del PC. La edición la costeé yo.

En esa época, conozco a Miguel Enríquez y al MIR. Mi experiencia en Venezuela me abrió las puertas a un grupo de jóvenes. Me invitaron a exponer en una reunión que tenía el MIR, entonces dirigido por el médico Enrique Sepúlveda, en una vieja casona del barrio Vivaceta. Había un parrón enorme bajo el cual estaban de unas cuarenta a cincuenta personas. Hablé de la lucha en Venezuela, de la formación de las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), del inicio de la lucha guerrillera en las montañas del estado Falcón. Hubo preguntas y cuando me retiraba se me acercó Miguel Enríquez, con él estaba Luciano Cruz y seguramente Bautista Van Schouwen y Edgardo Enríquez. Eran los jóvenes de Concepción que daban su batalla ideológico-política en el seno del MIR contra los fundadores del movimiento, en su mayoría trotskistas. Intercambiamos algunas palabras y quedamos de volver a vernos. Así empezó esa amistad y camaradería política con Miguel y sus compañeros. Venían a mi casa donde siempre había comida. A mi suegra, la señora Delia, le encantaba atenderlos. Hacíamos una especie de tertulia en que se conversaba de todo.

Cuando Miguel venía a Santiago, se aparecía por Última Hora, en la calle Tenderini, y salíamos a tomar un café o llegaba a mi casa. Conversábamos sobre política en general y mucho sobre América Latina. Miguel, que se había graduado de médico y estaba especializándose en neurocirugía, había viajado a algunos países y estaba por viajar a China.

Me impresionó Miguel desde el comienzo por la vivacidad de su pensamiento, la forma de expresar sus ideas, lo vasto de su cultura política. Era un interlocutor muy inteligente, rápido de ideas y de palabra. Tanto él como sus compañeros del MIR tenían amplio conocimiento de la historia de Chile y dominaban al detalle la Revolución Rusa.

Miguel era más simpático que su hermano Edgardo, ingeniero civil, que era de comportamiento más serio. Físicamente también eran diferentes. Edgardo era más alto y moreno. Su mamá, doña Raquel, le decía «mi negrito». Miguel tenía una forma de reír que era contagiosa. Es la persona que he visto en mi vida reír con más ganas; no solo reía a carcajadas, es que reía con todo el cuerpo. Al otro hermano, Marco, el mayor de los Enríquez, lo conocí más tarde, cuando estuvimos presos en Chacabuco. Marco era profesor y filósofo. El padre, don Edgardo, médico, fue rector de la Universidad de Concepción y alto dignatario de la Masonería, luego Ministro de Educación de Allende hasta el golpe. Estuvo preso en la isla Dawson. Dos hermanos de don Edgardo fueron parlamentarios del Partido Radical. Los Enríquez eran una familia de políticos. Ese fue el nido en que se formaron Miguel y sus hermanos.

Aunque Miguel tenía diez años menos que yo, siempre lo sentí como un igual. Como una persona que me inspiraba simpatía y por la cual sentía respeto por sus conocimientos y por su talento. Yo era un gallo muy empelotado al lado de él, que se sabía todos los cuentos de la historia. Esa amistad me llevó también a leer a una serie de autores que hasta entonces no conocía. En el aspecto profesional,

Miguel era reconocido por neurocirujanos que se convirtieron prácticamente en tutores suyos, los doctores Alfonso Asenjo¹ y Héctor Valladares. Este último tuvo estrechas relaciones con el MIR.

Una revista «como del MIR»

En *Punto Final* se publicó la primera entrevista de Miguel Enríquez como secretario general del MIR. Es impresionante ver su foto en la portada, tan joven, no es el clásico Miguel Enríquez de los afiches. Es muy importante esa entrevista. Punto Final presenta a un Miguel de 24 años que aparece por primera vez con nombre y apellidos como jefe del MIR. Lo que allí plantea acerca de la lucha por el socialismo en Chile, creo que tiene validez hasta el día de hoy. Por otra parte allí está expuesto un pensamiento que se conservaría coherente hasta su heroica muerte.

En aquella época se publicaron en PF muchos documentos, declaraciones de coyuntura y entrevistas a dirigentes del MIR que nos hicieron aparecer como una revista perteneciente al MIR, lo que no era cierto, porque el MIR no intervenía en la revista y ni siquiera ayudaba a financiarla. Lo que ocurrió fue que la línea editorial e informativa se fue haciendo cada vez más coincidente con las políticas del MIR y otros sectores de la izquierda radicalizada de Chile y América Latina. Uno de esos grupos, el MR 2, disidente del MIR, que dirigía Rafael Ruiz Moscatelli,² que andaba huyendo porque había asaltado un supermercado, se reunió clandestinamente conmigo para entregarme una suma de dinero para la revista. Fue un gesto solidario que nunca he olvidado.

¹ Alfonso Asenjo Gómez (Valparaíso, 17 de junio de 1906 – Santiago, 29 de mayo de 1980), fue un médico chileno que impulsó el progreso de la neurocirugía en Chile. (Wikipedia).

² Rafael Ruiz Moscatelli, tras el asalto al supermercado Portofino: «La plata es para la revolución» (http://www.pf-memoriahistorica.org/PDFs/1969/ Punto Final_087.pdf).

Pero es indiscutible que PF era «como del MIR». Era difícil explicarlo. Pienso en Alejandro Pérez, que era el mayor de nosotros y que había militado toda su vida en el PC. No le debe haber sido muy grato que se relacionara a PF con el MIR. Pero nunca tuvimos problemas en el consejo de redacción. Elaborábamos nuestra línea editorial que tenía mucha coincidencia no solo con la del MIR, sino también con las políticas de la Revolución Cubana, cuya influencia, en los hechos, articulaba el pensamiento revolucionario de la época. De pronto había amigos de la revista, como Salvador Allende, que se encabritaban, porque le dábamos tanta pelota al MIR. Pero esas molestias eran pasajeras. Que quede claro: nunca hubo intento del MIR de manejar la revista. ¿Para qué si pensábamos lo mismo en casi todas las cosas? Por lo demás, en la medida que fue desarrollándose, el MIR tuvo su propia publicación, El Rebelde, y hasta una radio, la Radio Nacional. Yo ingresé al MIR mucho después, en 1969, por invitación de Miguel que me hizo ver que si estaba haciendo todo lo que hacía y decía un militante del MIR, por qué no ingresaba al partido.

Luciano Cruz

Con Luciano Cruz tuvimos una relación de amistad muy buena. Nos veíamos con frecuencia. Él fue presidente de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Concepción, creo que es la época en que lo conocí. Luciano venía de las Juventudes Comunistas.

La amistad con Luciano llegó al extremo de que en una oportunidad me planteó — creo que cuando Miguel andaba en China — que fuera a hablar con don Edgardo Enríquez, entonces Rector de la Universidad de Concepción, y le planteara una negociación: que la FEC devolvería unos documentos que comprometían a la Masonería a cambio de no recuerdo qué concesión de la Rectoría. Y yo, que entonces era medio huevón, acepté la misión. Fui a Concepción a hablar con don Edgardo. Sobre la chimenea había una foto

suya vestido de capitán de navío porque era médico de la Armada. Minutos después apareció don Edgardo, muy afable y acogedor, sabía que yo era amigo de Miguel e hizo recuerdos de su hijo -al que admiraba - que andaba de viaje. Era una conversación para ir calentando los motores. Yo me di cuenta que el encargo de Luciano era una misión imposible con ese caballero de honor y sólidos principios. De manera que tuve que inventar un chamullo para justificar mi visita.

Luciano era un hombre que atraía mucho a las mujeres, tenía muy buena pinta. En mi casa mis dos hijas, Paca y Mini, que eran muy chicas en esa época, estaban enamoradas de Luciano, iban y venían cuando él y yo estábamos conversando. A mi suegra le encantaba. Es que Luciano entablaba una relación muy fluida con la gente. Tenía una característica propia de muchos líderes políticos: una memoria tremenda para recordar nombres y circunstancias de las personas, y retomar el hilo de antiguas conversaciones.

Luciano tenía más carisma que Miguel, era buen orador, buen agitador. Lo escuché una vez en un pueblo de pescadores cercano a Concepción, puesto que la Federación de Estudiantes y los pescadores artesanales tenían relaciones. Luciano hacía vibrar a su auditorio. Improvisaba con facilidad.

El MIR y la lucha armada

En América Latina era la época histórica de la Revolución Cubana, anti dogmática y creativa. Bajo su sombra nacen diversos grupos que van a iniciar la lucha armada en sus países. En Chile el MIR y otros grupos plantean que la lucha armada es fundamental. No fue una sorpresa por los tiempos que corrían en el continente pero impactó a muchas conciencias adormiladas y por supuesto alertó a los guardianes del orden. Luego el MIR hizo sus primeras expropiaciones a bancos para financiar su lucha. Utilizaba métodos no violentos que caían simpáticos a una parte de la población,

sobre todo a los pobres, desde luego. Los testigos declaraban a los periódicos: «no eran delincuentes», «su tono era educado», «me trataron bien», etc. Eran asaltos planificados con cuidado, ingenio y buena información. Los miristas se disfrazaban; por ejemplo, Luciano Cruz se disfrazaba de bombero y de carabinero. Diarios populares como *El Clarín* informaban de las expropiaciones del MIR en forma simpática.

En una de esas expropiaciones las alumnas de un liceo vecino al banco asaltado, hablaban arrobadas a la prensa de uno de los asaltantes, cuya descripción era la de Luciano Cruz.

Después apareció la Vanguardia Organizada del Pueblo, la VOP, que también hace expropiaciones, pero violentas. Un cuñado mío, Hugo Martínez, que tenía un supermercado chico, fue asaltado por la VOP. Trataron muy mal a los empleados y a los clientes. Mi cuñado me llamó poco después del asalto; fui y el policía que dirigía la investigación del asalto nos dijo: «estos no son del MIR». Habían golpeado a una de las cajeras y lanzaron unos volantes afirmando que era una acción para castigar al imperialismo norteamericano y a Rockefeller. Aparte del dinero se llevaron muchos cheques y otros documentos comerciales. La VOP hizo un comunicado planteando su intención de devolver esos documentos — que para ellos eran incobrables— si el supermercado «imperialista» entregaba un camión con comestibles en una población de Santiago. ¡Y designaban al director de *Punto Final* como testigo de que esa operación se llevaba a cabo!

Van Schouwen y los otros

A Bautista van Schouwen lo conocí menos aunque fue a mi casa muchas veces. Era uno de los miembros de la comisión política del MIR que gozaba de mucho prestigio por su calidad intelectual y capacidad teórica. A la CP pertenecían Nelson Gutiérrez, Andrés Pascal, Roberto Moreno, Arturo Vilavella, Luciano Cruz, Hum-

berto Sotomayor, un grupo excelente. Van Schouwen era cuñado de Miguel, un buen orador, muy estudioso. Lo vi actuar cuando se creó el aparato de difusión del MIR con El Rebelde y la Radio Nacional. Él era el encargado y animador de ese grupo entre los que había periodistas, gente de cine, teatro y televisión e intelectuales diversos. Van Schouwen iba a dar informes de la CP al GPM (Grupo Político Militar) en el que yo militaba, el GPM7, cuyo jefe era José Carrasco.

Miguel estaba de visita en mi casa cuando supo que su mujer se había suicidado en Concepción. Fue un duro golpe para él.

Jorge Fuentes, que también fue presidente de la FEC, era visitante frecuente de mi casa en Santos Dumont 280. Lo recuerdo con mucho cariño, tenía sentido del humor, imitaba acentos como el argentino o el cubano. Era un buen dirigente, modesto, sin presumir nada. Era inteligente, simpático, una gran persona. La vida le deparaba un final trágico, detenido en Paraguay fue enviado a Chile, en manos de la Dina, y torturado hasta la muerte.

Los funerales de Luciano Cruz, que murió accidentalmente, fueron la primera aparición pública del «pueblo mirista». Luciano dormía sobre un colchón en el suelo -tenía problemas en la columna – y el escape de una estufa de gas lo mató en el sueño. A sus funerales asistieron miles de personas, los pobres del campo y la ciudad. El presidente Allende estuvo en la capilla ardiente que se hizo en un local de la CUT que fue «tomado» para el velorio.

El MIR, seres humanos

Se forjó una cierta leyenda sobre los hombres y mujeres militantes del MIR. Se hablaba de ellos como de súper héroes. Por cierto que los hubo, claro que los hubo, y tuvimos muchísimos, a mucha honra. Pero también hubo traidores, hijos de putas. O sujetos que se aprovecharon de las familias que nos ayudaban en la resistencia. Tuvimos casos bochornosos. El MIR era una organización de seres

humanos, de hombres y mujeres con todas las virtudes y defectos de las personas comunes y corrientes. Hubo también mucha arrogancia de algunos miristas, un cierto menosprecio por los luchadores de otros partidos y organizaciones políticas tradicionales. A mí este fenómeno de arrogancia me fastidiaba muchísimo y traté de encararlo cada vez que pude. Pero también debo confesar que muchas veces guardé silencio, sobre todo cuando estábamos en presencia de personas ajenas al MIR.

Hubo intentos sanos de corregir ese defecto, incluso por la vía del humor. Por ejemplo, el compañero Julio Carrasco, El Quila, que perteneció al conjunto Quilapayún, es autor de una cueca llamada El Súper Cuadro, que se burla de las presuntas virtudes con que algunos falsificaban la realidad. Esa sobrevaloración de capacidades fue uno de los factores que influyeron en nuestras derrotas. Nos faltó una buena dosis de humildad que es una virtud más cercana a la realidad.

La imitación del Che

El Diario del Che en Bolivia, que leí varias veces, me impresionó mucho en el sentido de lo que estoy hablando. Influyó mucho en mí y creo que en muchas personas más. Como ya he dicho, yo no soy el resultado de una determinada formación ideológica y ni quiera de educación formal. Soy la resultante de muchas cosas y ejemplos. Entre otras de El Diario del Che y de la historia de ese gran revolucionario latinoamericano.

Aparte de ser emotivo por sí mismo, a cualquier persona le llega al corazón, *El Diario* es una lección de consecuencia y valor. Enseña a mirar la vida de uno, no como una propiedad privada de la que uno pueda hacer lo que quiera, sino como un valor está al servicio de los demás, del bien común. Y solo así se está dispuesto a vivir de una determinada manera, donde el interés personal es

lo subalterno. En eso consiste, creo, lo que se ha dado en llamar el «hombre nuevo».

Aunque nunca he mirado al Che como un héroe mítico, porque sin duda hay muchas cosas en su vida que lo muestran como un ser humano como todos, con virtudes y defectos, lo esencial, lo que hace la columna vertebral de la vida de un ser humano, es la admirable integridad y consecuencia del Che.

Pienso que uno elige en la vida determinada figura familiar o histórica que le sirve de paradigma, al que uno desea imitar, para mí es el Che.

El voto o el fusil

Son años borrascosos los que estoy recordando: la invasión soviética de Checoslovaquia, que da inicio a la crisis final del socialismo burocrático, la lucha tenaz de la Revolución Cubana por abrir una alternativa latinoamericana al socialismo enfrentando a la vez las agresiones del imperio, la aparición del MIR en Chile, la amistad con Miguel, mi incorporación al MIR, todo sucede y se precipita en estos años. En Chile también es el tiempo del fracaso del gobierno demócrata cristiano y sus masacres de obreros en la mina El Salvador, en 1966, y de pobladores en Pampa Irigoin (Puerto Montt), en 1969. En esos años hice algunos viajes a Cuba, a México, a Corea del Norte, pasando por Moscú. Sobre eso escribí bastante para la revista.

El viaje de Moscú a Pyongyang fue memorable. Había mal tiempo y el avión tuvo que parar en algunos lugares, como Irkustk en Siberia, un lugar al que durante el zarismo enviaban relegados a los primeros bolcheviques. El avión parecía una micro rural, había comida, trago, ambiente relajado. Iban también unos diplomáticos polacos. A través de ellos —uno de los polacos hablaba español con parches de inglés – me informé de los conflictos que había en

las relaciones entre los países socialistas. Los polacos odiaban a los soviéticos, miraban a la URSS como nosotros vemos a los EE.UU.

La República Popular de Corea era la aberración del socialismo que uno no quisiera para su propio país. Sin embargo su realidad tiene una historia que explica el porqué del culto a la personalidad, por ejemplo. Pero vi también cosas muy respetables y extraordinarias como la «doctrina suche», creación de Kim Il Sung, como todo en Corea. Era la autarquía, valerse por sus propios medios, en todos los terrenos, incluyendo algunos mamarrachos, pero también produciendo cosas muy interesantes. El coreano es un pueblo muy laborioso y creativo. Por supuesto la autarquía ideal no existe en el mundo de hoy y tampoco existía en Corea que de algún modo se las arreglaba con ayuda china y soviética, más unos cuantos negocios con países europeos.

En Moscú estuve dos o tres días. No me perdí el cambio de guardia en la Plaza Roja — al compás de las campanadas del reloj — y no visité la tumba de Lenin porque estaba cerrada en esos días.

En enero de 1969 escribí en *Punto Final* una separata que se llamaba, modestamente: «Chile: el voto o el fusil». Si la publicara hoy, me tomarían preso por subversivo. Se publica antes de las elecciones, la abstención es entonces la línea del MIR. Mi artículo era un panfleto incendiario. Lo que me asombra, mirado retrospectivamente, es que estábamos debatiendo públicamente — casi alegremente— un camino revolucionario para Chile. Sin embargo, fui preso —y la revista fue clausurada por dos ediciones— a raíz de la masacre de Puerto Montt, por la portada y el reportaje sobre ese hecho.

La separata fue escrita por mi cuenta y riesgo, ni el MIR, ni Miguel, ni nadie, tuvo nada que ver. Es el punto de maduración política con que voy a afrontar el resto de mi vida. Seguramente, hoy yo corregiría muchas cosas en esa separata, pero ese es el punto de mi maduración política, de ahí arranca el resto.

Se había desarrollado en el país una corriente de opinión de izquierda que permitía discutir públicamente sobre la revolución y sus caminos. Punto Final era parte de la cultura política de ese período. Es impresionante ver cómo hemos retrocedido en este sentido. Hoy, hay palabras prohibidas en el lenguaje político, entre ellas socialismo, revolución, antiimperialismo. Claro que no están las condiciones para que una línea insurreccional o de lucha armada tome auge. Así y todo, si se observa atentamente - se escucha el rumor subterráneo del pueblo –, se verá que resurgen las ideas revolucionarias, claro que en otra forma y con otras modalidades. Se vuelve a vivir ese clima que anuncia los cambios profundos.

El MIR... un buen proyecto

Para mí el MIR fue un proyecto de partido revolucionario a madurar. Era un buen proyecto, tiene muchos críticos, pero era un buen proyecto que fue prácticamente aniquilado por el terrorismo de Estado.

Supongo que no hay ningún partido perfecto, que funcione a las mil maravillas. Pero en este caso, la línea fue asumida por el conjunto del partido. La tarea cumplida fue sobre todo un trabajo fundacional que en la práctica tuvo solo seis años para desarrollarse. Eso no es nada en tiempos históricos.

El Golpe de Estado lo sorprende cuando está creciendo en distintas áreas, está alcanzando una dimensión nacional, pero todavía es un proyecto de partido revolucionario. Sin embargo, ya atraía a miles de personas, en su mayoría jóvenes. Pero había comenzado a crecer entre campesinos y obreros. A quien lo dude, le recomiendo ver el documental de Jorge Müller (después asesinado por la dictadura) sobre los funerales de Luciano Cruz. Resulta impresionante ver esa enorme masa de pobres del campo y la ciudad con las banderas del MIR, del MCR, del FTR, del FER... Pero viene el Golpe y una represión criminal con objetivos de aniquilamiento. El Partido que se proyectaba construir en lo orgánico es muy golpeado, queda reducido a un mínima expresión. Y ahí viene una historia heroica. Un puñado de sobrevivientes queda en el país haciendo resistencia a la dictadura. Se rehace con refuerzos que llegan del exterior a fines de los 70. Pero, fundamentalmente, eran compañeros y compañeras que se habían quedado en el país y que mantuvieron el proyecto en pie con una energía admirable.

En 1973, después del Golpe, hay un cambio profundo en la situación. Ya no hay posibilidad de desarrollar un trabajo de masas abierto, todo es clandestino, lento y dificultoso. Los militantes más comprometidos eran jóvenes, en su mayoría estudiantes, que se habían convertido en revolucionarios profesionales, pero que no tenían firmes y profundas raíces sociales. Se pagó un costo terrible por ese motivo que impedía un eficiente trabajo clandestino. Por eso hablo de proyecto, con muchas virtudes, pero un proyecto al fin y al cabo. El terrorismo de Estado golpeó muy duro a partidos con mucha experiencia, numerosa militancia y años de construcción en la clase trabajadora. ¿Cuántas comisiones políticas y comités centrales completos del PC y del PS cayeron en esta etapa? Varios. Tenían, sin embargo, ese enraizamiento social, familias que eran militantes comunistas o socialistas por tradición que les permitió rehacerse después que pasó la tempestad. Y se han rehecho hasta por ahí no más, porque esos partidos son hoy una sombra de lo que fueron hacia los años 70.

Capítulo 8

El diario del Che

Punto Final, desde el comienzo, sirvió de tribuna a los movimientos revolucionarios de América Latina. La llamada «colección histórica» de la revista (1965—1973) ya ha sido utilizada por diversos investigadores de la historia nacional y latinoamericana. La revista aparece citada como fuente en muchos libros y ensayos, y sigue siendo utilizada en ese tipo de trabajos.

Algunas organizaciones revolucionarias publicaron en *PF* sus primeros documentos. Es el caso de los Tupamaros del Uruguay. Se llamaba algo así como «Veinte preguntas a un Tupamaro», que escribió el propio Raúl Sendic. Ha sido republicado muchas veces. Lo menciono a título de ejemplo. También, los escritos del brasileño Carlos Marighela, su *Minimanual del guerrillero urbano* y otros; los ensayos de Régis Debray, muy bien considerado por círculos de izquierda en esa época; los documentos de la OLAS... y así una enorme cantidad de información sobre el movimiento revolucionario continental.

Muchas son piezas históricas que van a tener relevancia por mucho tiempo. Hay también polémicas notables. Cuando parte, *Punto Final* lo hace con un documento que sacaba chispas. Era una declaración de los intelectuales cubanos interpelando a Pablo Neruda por su participación en un congreso del Pen Club en Estados Unidos. Esa organización, como se probó más tarde, era financiada por la CIA para agrupar a los intelectuales *liberaloides*. Estábamos en plena guerra de Vietnam y Cuba era acosada por el

Imperialismo. La crítica a Neruda fue muy dura, y el poeta respondió. Los cubanos replicaron y los tres documentos están en ese número de *Punto Final*. Neruda, por cierto, nos dio una estocada en un poema que escribió sobre esos hechos.

De cómo el diario del Che llegó a Cuba

No creo que pueda agregar mucho a la historia del diario del Che y la participación de PF, que se ha publicado bastante. Pero en resumen, llega a Chile un ciudadano boliviano que se llamaba Víctor Zannier Valenzuela, un abogado de Cochabamba. El traía el diario de campaña del Che en película fotográfica de 16 milímetros, y eso oculto en dos o tres discos de música folclórica boliviana. En uno de esos discos aparecía la tradicional canoa de totora en el lago Titicaca. Las películas venían adosadas cuidadosamente en las paredes de las carátulas de esos discos. Zannier llega a la oficina de la revista -ya nos habíamos trasladado a la oficina 1010 del mismo edificio – . Había recibido el encargo de Antonio Arguedas, ministro del Interior del gobierno del general René Barrientos, de sacar El diario del Che en Bolivia y hacerlo llegar a Cuba. A Zannier lo habíamos conocido, por separado, el redactor de PF, Hernán Uribe y yo. Este abogado era amigo de Arguedas y tenía una mina de azufre en la frontera con Chile que, después, servirá para sacar a los sobrevivientes de la guerrilla del Che.

Zannier viene a Chile porque conocía la revista y pensaba que tendríamos algún vínculo para hacer legar a Cuba el diario del

Víctor Zannier Valenzuela (1925 – 2009), dirigente universitario y militante del Partido de Izquierda Revolucionaria (PIR), ex director del periódico El Mundo de Cochabamba, como «funcionario público eventual, amigo de políticos y militares, empresario de proyectos fantasiosos, frecuentador infaltable de las tertulias de café en la ciudad del valle y quién sabe cultor de cuantos oficios más...» (Soria, 2009) nexo entre el PC boliviano, Moscú y La Habana para la entrega a Fidel de las manos del Che (Carlos, 2006), (El Cronista de Cochabamba, 2009).

Che. En esa época no había en Santiago embajada ni consulado de Cuba. Se presenta en la revista y nos cuenta su historia, pero desde luego no nos dice quién le ha pedido traer el diario. En esos días estaba en Chile Luis Fernández Oña, funcionario del Departamento América del Partido Comunista de Cuba, el mismo que después se casará con Tati Allende. Me llevé los discos a mi casa e hice venir a este compañero para mostrárselo. A la luz de una ampolleta, miramos las películas y Fernández Oña reconoció la letra del Che, una letra de médico, menuda y difícil de descifrar. Efectivamente se trataba del diario del Che y Fernández avisó a su jefe en Cuba, el comandante Manuel Piñeiro, que nosotros íbamos a llevarlo a La Habana.

Decidimos que Mario Díaz asumiera esa misión. No había vuelos directos a La Habana, había que viajar por México o Europa. México era un punto muy peligroso por el control norteamericano sobre el gobierno del país. Pero decidimos que el Chico Díaz hiciera el viaje por México. Flora, mi mujer, se encargó de esconder las películas en el interior de una muñeca con apariencias de regalo para una niña. Mario logró pasar sin novedad el control aduanero y policial en Ciudad de México y llegó a La Habana con su linda muñeca. Lo recibió el propio Manuel Piñeiro y estuvo en La Habana algunos días, los suficientes para saber que el diario era auténtico y recibir un mensaje con el agradecimiento de Fidel. Esa es la historia de cómo llegó el diario del Che a Cuba. Nos cayó en las manos, por así decirlo. Un honor para nosotros.

Para la dictadura en Bolivia fue una sorpresa que El diario del Che en Bolivia apareciera publicado en varios países simultáneamente, cuando el gobierno de La Paz estaba negociando un contrato millonario con editoriales norteamericanas y europeas a las que quería venderles ese documento histórico. Pero descubrieron de inmediato que el ministro del Interior, Antonio Arguedas, era responsable del hecho. La inteligencia militar había entregado

ejemplares del diario a un reducido grupo de altos funcionarios y jefes del ejército. A cada ejemplar le faltaba una determinada página, de modo que al revisar la versión publicada supieron que correspondía al ejemplar confiado a la custodia del ministro Arguedas. Pero algún amigo avisó a Arguedas que iban a detenerlo y este alcanzó a huir hacia Chile, vía la mina de azufre de su amigo Zannier.

Arguedas era un exsuboficial de la Fuerza Aérea boliviana, había sido comunista como los hermanos Inti y Coco Peredo que lucharon en la guerrilla del Che. Eran de la misma región y muy amigos. Arguedas se alejó del PCB y llegó a ser parte del gobierno de Barrientos y colaborador de la CIA, como nos lo dijo cuando lo recibimos en Chile. Pero su pasado izquierdista — y la admiración por el Che y sus compañeros— influyó seguramente para que tomara la decisión de hacer llegar a Cuba el diario y las manos del Che. Las manos del Guerrillero Heroico fueron transportadas a La Habana por Zannier que ya había establecido contacto directo con los cubanos.

Arguedas también estuvo en mi casa de Santos Dumont 280. Había pedido asilo político en Chile y el gobierno de Frei se lo negó. Lo detuvieron y nuestros abogados, Jaime Faivovich y Alejandro Pérez, iniciaron los recursos judiciales del caso. Gracias a estas gestiones lo pusieron en libertad por unas horas, que pasó en mi casa y nos reunimos el Consejo de Redacción con él. Nos contó su vida y varias historias interesantes del trasfondo político boliviano. En América Latina, nos dijo, en general los ministros del Interior —quizás ya no es así— pasan por el visto bueno de la CIA. Él había estado en una reunión con la CIA en EE.UU. Le habían hecho el test que hacían a todos los candidatos a ministros del Interior. La CIA estaba enterada que él había sido comunista en su juventud. Nos dijo también haber estado en una reunión —organizada por la CIA— con todos los Jefes

policiales de América Latina, entre ellos Emilio Oelckers, que era precisamente Director General de Investigaciones cuando Arguedas llegó a Chile.

Nuestra conversación con Arguedas duró hasta que llegaron funcionarios de Investigaciones a buscarlo para expulsarlo del país. Con ellos, venía Enrique Krauss que era subsecretario del Interior. A Arguedas lo expulsaron a Inglaterra. Lo custodiaban dos detectives chilenos. Nosotros pusimos a Jaime Faivovich en el avión para que lo acompañara y Jaime presentó otros recursos a favor de Arguedas ante tribunales británicos. Finalmente, Arguedas pudo llegar a Cuba donde vivió varios años. Regresó a Bolivia y unos años después apareció muerto en una plaza por la explosión de una bomba. El gobierno lo acusaba de participar en atracos a bancos para financiar un grupo revolucionario.

El Diario se publicó en julio de 1968, en el número 59 de *Punto* Final, con una introducción de Fidel Castro. Fue publicado en forma casi simultánea en varios países. En Francia, con la editorial de François Máspero; en Italia, con la editorial Feltrinelli, en la República Federal Alemana, en Estados Unidos, en la Revista Ramparts. En castellano por las Ediciones Ruedo Ibérico; en México, por Siglo XXI y en Chile, por Punto Final.

Dice Fidel en la introducción: «La forma en que llegó a nuestras manos este Diario no puede ser ahora divulgada; baste decir que fue sin mediar remuneración económica alguna. Contiene todas las notas que escribió desde el 7 de noviembre de 1966, día en que el Che llegó a Ñancahuazú, hasta el 7 de octubre de 1967, vísperas del combate de la Quebrada del Yuro. Faltan solo algunas páginas que no han llegado todavía a nuestro poder, pero que por corresponder a fechas en que no tuvieron lugar hechos de importancia, no altera, en absoluto, el contenido del mismo». Y continúa: «Aunque el documento no ofrecía dudas sobre su autenticidad, todas las copias fotostáticas fueron sometidas a un riguroso examen a fin de

comprobar no solo dicha autenticidad sino incluso cualquier posible alteración, por pequeña que fuese. Los datos fueron además cotejados por el Diario de uno de los guerrilleros sobrevivientes, coincidiendo ambos documentos en todos los aspectos».

El impacto en Chile se pudo medir por la venta que alcanzó la revista: 65 mil ejemplares. Después, hubo muchas ediciones piratas. Para Chile fue una sorpresa porque no se supo nada hasta que Punto Final salió a la calle. Desde Cuba nos llegaron las placas que se traspasaron al metal, de manera que para nosotros fue muy rápido el proceso. Augusto Carmona trabajaba en el Canal 9 e hizo grabar un video en que aparecemos nosotros -el equipo de Punto Final – cuando se está imprimiendo la edición en Prensa Latinoamericana. El jefe del taller era un español republicano, don José Krieg, que estaba feliz con su responsabilidad en esa edición. La portada la hizo Penike, Enrique Cornejo, nuestro diagramador.

El rescate de los sobrevivientes

A fines de enero de 1968 llegó a mi casa en Santos Dumont 280 un ingeniero boliviano — años después supe que se llamaba Jorge Pol Álvarez Plata, que en el ELN tenía el nombre de Loro—. Venía como emisario del Ejército de Liberación Nacional, fundado por el Che y que ahora estaba a cargo de Inti Peredo, en busca de ayuda para rescatar a los sobrevivientes cubanos de la guerrilla. Esa era la misión que traía el mensajero. Encontrar ayuda en Chile. Era un hombre joven, delgado, moreno, alto, estaba enfermo de tuberculosis y debía colocarse unas invecciones que le puso Flora, mi mujer. Pasó unos días con nosotros.

Hablé entonces con Elmo Catalán, periodista, secretario político del senador socialista Carlos Altamirano, que tenía relación con el ELN chileno. Elmo se hizo cargo de la situación. Después se materializó la llegada del grupo que venía con dos guías bolivianos.

El plan era sacarlos clandestinamente a México, pero no resultó porque ellos finalmente tuvieron que presentarse en un retén de Carabineros en la frontera, pidiendo asilo. Entonces los llevaron a Iquique y luego a Santiago. El director general de Investigaciones, Oelckers, los retuvo en el cuartel de Investigaciones pero les permitió dar una conferencia de prensa. Allende tomó cartas en el asunto, habló con Frei para que los dejaran seguir viaje a Cuba, pero finamente los expulsaron y Allende los acompañó en el vuelo a Tahití, donde se hicieron cargo diplomáticos cubanos.

Con Elmo Catalán fuimos compañeros en Última Hora. Él había sido comunista y trabajó en El Siglo. Su asesinato — y el de su compañera – en Cochabamba, fue un hecho muy oscuro. El militante del ELN que mató a Elmo y a su pareja, dio una entrevista que aparece en un libro sobre la guerrilla de Teoponte.² En Cochabamba Elmo y la compañera vivían una clandestinidad muy precaria. Pero lo imprevisible fue que los matara un compañero. Este caso, es una de las historias oscuras de la guerrilla latinoamericana, como lo fue el asesinato del poeta salvadoreño Roque Dalton, por sus propios compañeros de lucha.

Gustavo Rodríguez Ostria, Sin tiempo para las palabras: Teoponte, la otra guerrilla guevarista en Bolivia, Grupo Editorial Kipus, Cochabamba, septiembre 2006. Versa sobre la vida y asesinato de Elmo Catalán y Jenny Koeller, el 8 de junio de 1970 a manos del boliviano Aníbal Crespo Ross. El historiador boliviano Gustavo Rodríguez Ostria entrevistó a Crespo en 2002, quien confirmó que él fue quien causó la muerte de Elmo y Jenny. El autor del doble homicidio, nunca fue sancionado por la justicia boliviana, ni por el ELN. En el libro En la senda del Che, de José Bodes, cuya segunda edición publica Ocean Sur en Chile este 2015, el autor sostiene que el asesinato de Catalán y su compañera fue obra de la CIA y los servicios secretos bolivianos, lo que justifica la impunidad (Nota del Editor).

TERCERA PARTE La UP, el Golpe... prisionero

Capítulo 9

La «batalla de ideas»

Durante el gobierno de la Unidad Popular el rol de *Punto Final* se tornó más complejo. Mucho más difícil de manejar. Estábamos frente a un gobierno popular conducido por un hombre que sabíamos honesto y sincero socialista. Sin embargo, las debilidades y contradicciones del gobierno y la cada vez más amenazante conducta de la oposición, que comenzó a conspirar de inmediato, nos hacían temer que ese proceso, dirigido por el reformismo de izquierda, terminara en un desastre.

La elección de Allende estuvo precedida por fuertes pugnas en la UP. Era el cuarto intento presidencial de Allende y muchos, incluida gente de su propio partido, no creía que esta vez se ganaría, aunque por un estrecho margen.

Hoy se conoce bien la historia de cómo EE.UU. trató de impedir que Allende resultara elegido en el Congreso Pleno que podía, constitucionalmente, optar entre él y Jorge Alessandri. La conspiración llegó al extremo de asesinar al comandante en jefe del ejército, general René Schneider. Consumada la elección de Allende, el propietario de *El Mercurio* y su cadena de diarios, Agustín Edwards, partió a Washington a pedir la intervención norteamericana. Se entrevistó con el presidente Nixon, con Kissinger y con el director de la CIA. De ahí salió la orden presidencial: «¡Hagan chillar la economía de Chile!», y los cuantiosos recursos para financiar no solo al diario *El Mercurio* sino también a partidos políticos, gremios empresariales, dirigentes sindicales,

etc., y articular la disposición de los mandos militares para un levantamiento contra el gobierno constitucional.

El MIR, sin mucho entusiasmo, votó por Allende. Ya había incursionado en lo electoral votando por el socialista Carlos Altamirano, candidato a senador por Santiago, y por Luis Maira, de la izquierda Cristiana, candidato a diputado.

En la revista algunos compañeros pasaron a desempeñar tareas en el gobierno. Augusto Olivares se convirtió en director de Televisión Nacional y a la vez continuó en su tarea de consejero político del presidente Allende. El Perro — como le decíamos — desplegaba una actividad asombrosa. Siguió escribiendo una columna en el diario *El Clarín* y colaborando — hasta el final — con *Punto Final*. Nunca perdió el contacto con la revista. Carlos Jorquera fue designado jefe de prensa de la Presidencia. Jaime Faivovich asumió como Intendente de Santiago y más tarde — destituido por la mayoría opositora del Congreso — fue subsecretario de Transportes. Jaime Barrios pasó a ser gerente general del Banco Central.

Sobre Olivares hay que destacar que en forma permanente él estuvo denunciando que la actividad opositora encubría una conspiración dirigida por la CIA. Sobre todo esclareció el rol que jugaban los medios de comunicación mercenarios, orientados por expertos en guerra sicológica, como más tarde lo confirmó la Comisión Church del Senado norteamericano. Tanto en esa materia como en otros aspectos de lo que constituyó el complot para derrocar a Allende — el desabastecimiento y las colas para comprar alimentos y otros artículos de primera necesidad, la agitación de los gremios empresariales, etc. etc.—, en los tiempos actuales lo hemos visto repetirse de modo casi idéntico en las maniobras imperialistas para derrocar al presidente venezolano Hugo Chávez y luego a su sucesor, Nicolás Maduro.

La injerencia norteamericana en Chile se hizo más visible a partir de la nacionalización del cobre, en julio de 1971. El sabotaje

a la economía tomó alcances internacionales. En Chile no había mucha claridad respecto a la presencia y actividad conspirativa del imperialismo. Era más bien un tema que preocupaba a los sectores más politizados, a una izquierda con formación antiimperialista. No era una conciencia de las masas. De ahí mi interés por los factores nacionales y patrióticos en el diseño de una política revolucionaria. El patriotismo no es un valor exclusivo de las Fuerzas Armadas, ni mucho menos de los sectores conservadores y oligárquicos, como se ha pretendido. Es un valor de todo el pueblo y en forma muy particular de las ideas revolucionarias que luchan por una Patria más justa y de todos. Un proyecto de profundos cambios sociales debería contemplar la alianza pueblo-fuerzas armadas. Hay que trabajar para que los soldados entiendan que la revolución es un proceso patriótico, el más patriótico de todos, porque lucha por la independencia y soberanía de la nación. Una labor muy importante en lo que respecta a FF. AA. hizo en esa época el senador socialista Raúl Ampuero. Formuló críticas muy importantes al Pacto de Ayuda Militar (PAM). En Punto Final publicó un ensayo, «La desnacionalización de las fuerzas armadas chilenas», que conserva plena validez. El golpe de estado y el terrorismo de estado acentuaron el carácter neocolonial y la función de guardaespaldas de la oligarquía que juegan las FF.AA. y Carabineros. Es un deber patriótico rescatar a esas instituciones del rol vergonzoso de subordinación a los intereses del Imperio y de los otros amos de Chile.

Otro aspecto fundamental de la lucha por abrir camino al socialismo en Chile es lo que Fidel Castro ha llamado «la batalla de las ideas». Si hay un espacio de la vida nacional donde el neocolonialismo es más evidente, es el terreno de las ideas. Aquí las armas son fundamentalmente los medios de comunicación. También el poder mediático – como el militar – está en manos del enemigo, en este caso sin recato alguno.

Los periodistas de izquierda

El gobierno del presidente Allende abría una oportunidad para intentar cambiar la correlación de fuerzas en ese terreno. En *Punto Final* tomamos una iniciativa que tuvo un impresionante desarrollo, conquistando apoyo entusiasta de gran número de periodistas y trabajadores de diarios, revistas, radios y canales de televisión. Me refiero a la Asamblea Nacional de Periodistas de izquierda que se reunió en Santiago a principios de abril de 1971. Me correspondió presidir la comisión organizadora y en esa condición inaugurar la Asamblea a la que asistió Allende. El presidente pronunció un importante discurso sobre la libertad de expresión y el derecho a la información y, desde luego, sobre el periodo de enfrentamiento de clases que comenzaba a librarse en Chile. Lo tengo aquí a la mano, es extenso pero vale la pena reproducir ahora un párrafo que definía el carácter de la lucha que recién se iniciaba en Chile:

Esa batalla nuestra — dijo Allende — ni es la lucha de un hombre, ni es la batalla de un grupo de partidos, es la gran contienda de un pueblo que quiere romper la dependencia económica que implica dependencia política. Es la gran batalla histórica por hacer de Chile una patria de todos los chilenos. Es la gran batalla histórica por transformar una sociedad, por hacer los cambios estructurales que hagan que el hombre no explote al hombre. Es la gran batalla por una nueva sociedad. He dicho que el pueblo y sólo el pueblo organizado, disciplinado y consciente, puede lograr este éxito que implica hacer un proceso revolucionario».¹

En esa batalla estaban inmersos los periodistas de izquierda en 1971. A la Asamblea asistieron centenares de periodistas, redactores, reporteros gráficos, funcionarios administrativos, etc., y la delegación más numerosa fue de *El Mercurio*. Los compañeros

¹ Publicado en *Punto Final* Nº 129, abril 1971.

de ese diario - que estaban organizados en un Comité de la Unidad Popular - presentaron un excelente informe que describía las ramificaciones del imperio económico gobernado por Agustín Edwards. El informe concluía planteando claramente que el objetivo de la lucha de los trabajadores al interior de esa empresa era alcanzar el «control total» de la cadena mercurial para poner esos medios al servicio de los intereses mayoritarios de la nación. La Asamblea produjo una declaración que muestra el espíritu crítico y combativo que animaba a los periodistas y trabajadores de medios de comunicación en ese proceso revolucionario que había comenzado en Chile.

Se eligió una comisión nacional relacionadora de periodistas de izquierda, cuyo presidente era un compañero, entonces comunista, Eduardo Labarca. Me correspondió asumir la vicepresidencia y compañeros y compañeras de la UP y del MIR asumieron distintas tareas.

Fue uno de los muchos brotes revolucionarios que nacieron en ese tiempo, surgidos desde abajo, de la realidad social y política. No alcanzaron a dar frutos porque el proceso tomó velocidad de torrente y la dirección no estaba preparada para dirigir y encauzar esa fuerza que brotaba de lo más profundo del pueblo. Lo ocurrido con El Mercurio es ilustrativo: apoyándose en los propios trabajadores de la empresa el gobierno habría podido tomar diversas medidas, todas encuadradas en el estado de derecho, para obligar a Edwards a ceder la propiedad del diario – insignia de la reacción conservadora y pro imperialista en Chile. El gobierno hizo todo lo contrario, respetó escrupulosamente una mal entendida libertad de expresión – que más bien era impunidad del golpismo en marcha - y no se atrevió a tocar la sacrosanta propiedad privada de una actividad, como la del periodismo, que tiene una función social que prevalece por sobre el interés particular de los propietarios de los medios.

Las convicciones profundamente democrático—burguesas de Allende, y la debilidad ideológica de la UP, permitieron que *El Mercurio* continuara orientando la conspiración y enajenando a la opinión pública hasta culminar en el golpe de estado. Hoy sabemos que, además, lo hacía financiado por la CIA y asesorado por expertos en guerra sicológica que diseñaban la línea informativa y editorial de ese y otros periódicos, radios y estaciones de TV.

El golpe en Chile confirmó que los medios de comunicación constituyen el arma más importante en la preparación del golpe de estado. La experiencia chilena se ha repetido en numerosos casos, uno de los más connotados es Venezuela donde, sin embargo, la guerra mediática, sumada a la guerra económica, no ha conseguido hasta ahora sus objetivos.

Los acontecimientos en Chile desbordaban las capacidades de la izquierda para concentrar sus fuegos en objetivos como la prensa mercurial. La Asamblea de Periodistas de Izquierda fue en abril de 1971, el 8 de junio de ese mismo año la VOP asesinó al ex ministro Edmundo Pérez Zujovic, abriendo un abismo insalvable entre los intentos conciliadores de Allende y la Democracia Cristiana, y en julio tuvo lugar el acontecimiento más importante de ese siglo en la historia de Chile: la nacionalización del cobre hasta entonces en manos de la Anaconda y la Kennecott, norteamericanas, que desencadenaría todo el rigor del boicot internacional que haría, como había ordenado Nixon, «chillar» a la economía chilena.

Allende era muy realista y hasta pragmático en muchas cosas; ello me hace admirar aún más su figura histórica y su comportamiento político. Porque siendo tan realista —conocía muy bien, por ejemplo, las debilidades de la Unidad Popular y sobre todo las de su propio partido, así como las limitaciones de la CUT y del movimiento sindical — fue capaz de impulsar políticas revolucionarias como la nacionalización del cobre. Allende sabía que eso le podría costar la vida, pero poseía sólidos principios éticos revolucio-

narios en una personalidad que parecía desmentir esa condición. Aunque se formó en usos y costumbres de la democracia parlamentaria, Allende no era un político tradicional. No pertenecía a la escuela de un Betancourt venezolano, o un Figueres costarricense o un Muñoz Marín puertorriqueño o un Haya de la Torre peruano – que eran las figuras políticas de su época – . Si hubiera sido un político tradicional, un socialdemócrata como muchos en su partido, habría renegado del programa y hecho un gobierno contemporizador. ¿Cuántos presidentes no lo han hecho en Chile y en América Latina? Allende, sin embargo, fue contemporáneo también de la Revolución Cubana que despertó en él lo mejor de sus condiciones de líder popular y de estadista latinoamericano. Eso explica su admiración por Fidel y el Che —que le autografió una dedicatoria en su libro Guerra de guerrillas – afirmando, visionario, que perseguían idénticos objetivos por caminos distintos. Hay una contradicción en la personalidad de Allende que es difícil entender, incluso para sus más íntimos. Siendo tan realista como era, mirando con escepticismo la capacidad de defensa de sus fuerzas, siendo tan conocedor de las miserias humanas a nivel político, fue capaz de realizar una política que tenía insuficiencias, pero que tenía la virtud de desatar un proceso revolucionario. Ese rasgo que lo diferencia de los políticos reformistas que conocía América Latina, explica no solo su adhesión temprana a la Revolución Cubana sino también su simpatía por los jóvenes del MIR a los que veía animados de la voluntad de tomarse el cielo por asalto y convencidos del apotegma: «el deber de los revolucionarios es hacer la revolución».

En estos tiempos en que políticos de todos los pelajes chapotean en el fango de la corrupción, recuerdo a un Allende haciendo malabarismos para conseguir dinero para sus campañas. En dos oportunidades lo acompañé -aprovechando para conversar y obtener información para mi trabajo de reportero político - a

hacer «gimnasia bancaria». Primero íbamos al Banco Edwards, después al Banco Chile o al Sudamericano, cerca del Congreso. Lo recibía el gerente o el jefe de cuentas corrientes, Allende giraba un cheque a fecha, lo depositaba en un banco, giraba otro cheque en el otro banco, y así, hacía la «bicicleta bancaria», que tenía que pedalear para no caerse.

Es una incógnita descifrar el personaje que era Allende. Lo que nos queda no es su anecdotario ni el listado de sus amoríos, son sus horas finales en La Moneda, la culminación adecuada de una epopeya. Aún me emociono cuando escucho su mensaje final desde La Moneda ardiendo por las bombas cobardes y traidoras de la Fuerza Aérea. Ese final tiene una grandeza y solemnidad que ha derrotado todas las calumnias de sus enemigos y las dudas de sus amigos. Allende puso la varilla del salto histórico a tal altura que hasta hoy ningún político chileno lo ha podido igualar. Él supo que estaba entrando en la historia por su lealtad con el pueblo y con su propia palabra.

Allende era un hombre de honor en todas las circunstancias. A veces llamaba a Inés Moreno a la revista y disfrazaba la voz cuando yo atendía. Un día le avisaron a Inés que estaban allanando su casa; una hija era mirista y la policía allanaba la casa por el asunto de una bomba o algo así. Inés, desesperada, llamó a Allende que fue a buscarla. Yo los acompañé. En la casa de Inés, Allende interpeló a los policías con ese tono altanero que solía usar. En definitiva, les obligó a retirarse porque carecían de una orden judicial de allanamiento. Hay que ser valiente para gestos como este. Allende, senador y candidato presidencial consuetudinario, arriesgaba que la policía le armara un escándalo público por acudir en defensa de Inés Moreno, cuya relación romántica con Allende era bien conocida. En una dimensión aún superior, hay que recordar cuando Allende, presidente del Senado (y por supuesto candidato presi-

dencial) acompañó hasta Tahití a los sobrevivientes cubanos de la guerrilla del Che.

Siempre tuve respeto por Allende porque lo conocí en circunstancias que definen la naturaleza de un hombre. Tuvimos desencuentros y a veces duros. Por ejemplo una vez en la casa de Jaime Faivovich. Era una reunión del consejo de redacción de Punto Final y llegó Allende. Estaba molesto porque en la edición de PF habíamos publicado en la portada una foto del mirista Sergio Zorrilla, que se había agarrado a balazos con la policía. Allende tenía en esos días una movida política que la portada y el artículo de PF le perjudicaban. La discusión fue dura y franca. Otra vez, cuando él ya era presidente de la República, el sindicato de trabajadores del diario Última Hora, propiedad del Partido Socialista, estuvo a punto de ir a la huelga. Yo era presidente del sindicato y fuimos convocados por Allende a La Moneda. La huelga, de producirse, iba a ser un escándalo. ¡El diario del partido del presidente Allende en huelga! En La Moneda tuvimos una discusión bastante seria pero el peligro de huelga se diluyó. Conmueve hoy, comprobar que Allende tenía que gastar su tiempo hasta en este tipo de asuntos.

Estuve en otro par de ocasiones con Allende presidente. Una fue en la casa presidencial de Tomás Moro. Fui invitado a cenar por el presidente. Estábamos él, su hija Tati y el escritor Jorge Edwards. No recuerdo detalles, salvo que nunca supe por qué me había invitado. En cambio Edwards cuenta en su libro Persona non grata que yo era algo así como un «comisario político» de la Revolución Cubana y que Allende me había invitado para que aprobara su designación como encargado de negocios en La Habana, lo cual yo ignoraba por completo (y que no se trató en la cena).

La otra -y última- oportunidad fue también en la casa de Tomás Moro. Esta vez casi asistí a la muerte del presidente Allende. Yo acompañaba a un grupo de dirigentes del MIR.

Llegó el director general de Investigaciones, el médico socialista Eduardo Paredes, el Coco. Traía una pistola ametralladora israelí para Allende. Liviana, pequeña, una hermosura de arma personal. Paredes la manipuló para demostrar su funcionamiento y se le fue un rafagazo que afortunadamente no hirió a nadie. ¿Cómo habríamos contado esa historia si el presidente, u otro, hubiese resultado herido? ¿Cómo se habría ensañado la prensa de derecha inventando historias de luchas intestinas en el gobierno?

El derrocamiento de Allende era irremediable

A partir de cierto momento –quizás a fines de julio de 1973, con el asesinato del capitán de navío Arturo Araya Peeters, edecán naval y amigo de Allende – , se hizo claro que el golpe no vacilaría en derramar toda la sangre que fuese necesaria para alcanzar la victoria. La Democracia Cristiana y la derecha se habían aliado en la CODE. No pudieron alcanzar los dos tercios del Congreso Nacional para destituir «constitucionalmente» al presidente Allende y esto dejó vía libre al golpe. Previamente, la conspiración procuró desarmar al pueblo. Lo hizo a través de una ley de control de armas que permitió a las FF. AA. allanar industrias y talleres donde fabricaban armas caseras para resistir el golpe que se veía venir. Los «arsenales» de algunos partidos eran un chiste comparado con el poder de fuego de las FF.AA. Pero muchos confiaban que el golpe encontraría seria resistencia al interior de las propias FF.AA. y Carabineros. Se cifraban esperanzas en los oficiales «constitucionalistas» y en sus juramentos de lealtad y subordinación al gobierno legítimo.

El proceso revolucionario estaba erosionado por la decepción que provocaban las debilidades del gobierno. El movimiento popular estaba en repliegue y el golpe casi no encontró resistencia. Aun así, los militares abusaron de la violencia hasta extremos de enorme crueldad. Quizás por temor a que resurgiera el espíritu revolucionario de los mejores días del gobierno popular. Quizás porque ellos se creían el cuento de arsenales ocultos en manos de los partidos de izquierda. Hubo focos de resistencia heroicos, pero mínimos, frente al descomunal poderío desplegado por las FF.AA. y Carabineros. En algunas industrias los obreros quisieron hacer resistencia y pidieron armas a la CUT. La respuesta que recibieron fue que esperaran una camioneta blanca que llevaría fusiles y municiones. La camioneta nunca apareció y se convirtió en leyenda en campos de prisioneros.

Capítulo 10

El Golpe

Nosotros arrendábamos un departamento en la calle Los Grillos, cerca de Bilbao, cuando vino el golpe. El 11 de septiembre de 1973, como todos los días salí a trabajar al diario Última Hora. La radio estaba informando del levantamiento de la Marina en Valparaíso. A esa hora uno podía suponer que podía tratarse de otro intento como el tancazo del mes de junio. En el trayecto al diario lo único raro que vi fue a un carabinero que caminaba apurado con el revólver de servicio en la mano. En un quiosco de diarios vi expuesta la revista *Punto Final* correspondiente a ese martes. La portada hacía un llamado: «Soldado: la Patria es la clase trabajadora».

Aún no había desplazamientos de fuerzas militares en el centro de la ciudad. En el diario comenzamos a trabajar con la intención de sacar una edición urgente llamando a defender al gobierno. Escuchamos en la radio el primer mensaje al país del presidente Allende desde La Moneda, comenzamos a contactar por teléfono nuestras fuentes de información; era un caos de noticias contradictorias. Ninguna fuente tenía información dura, completa. Y empezamos a organizar el trabajo.

El golpe, bien planificado, fue una sorpresa. El domingo anterior Flora y yo habíamos ido al cine Las Lilas con Héctor Sánchez (Humberto), funcionario de la embajada cubana, y su esposa, Gina Pita, de quienes éramos muy amigos. La función empezaba con publicidad y un noticiario de Chile Films. Aparecían unas imágenes de Allende, y el público del cine silbó y gritó contra el presidente. Nos

fuimos comentando eso, diciéndonos que era gente del barrio alto de Santiago, en su mayoría opositora al gobierno. Ni nosotros ni los amigos cubanos suponíamos que menos de 48 horas después se descargaría el golpe.

La Flora trabajaba en el policlínico Maruri del Servicio Nacional de Salud. Ese día estaba en su puesto de enfermera. En ese centro había fuerte presencia de militantes de izquierda y algún grado de preparación para atender heridos en el golpe que todos veíamos venir, pero sin saber cuándo ni cómo.

En ese tiempo yo estaba dedicado al trabajo de masas. Era consejero regional del Colegio de Periodistas, presidente del sindicato de trabajadores del diario Última Hora y vicepresidente del Cordón Santiago Centro que funcionaba en el edificio Diego Portales. El Cordón comenzaba a funcionar muy bien, con mucha participación de trabajadores de todo el espectro de fuentes de trabajo ubicados en el centro de la capital: bancarios, periodistas, gastronómicos, empleados del comercio, etcétera.

El diario estaba en la calle Tenderini, a un costado del Teatro Municipal. Hoy es un restorán. El lugar está a unas seis cuadras de La Moneda. El desarrollo del golpe se fue acelerando en el curso de la mañana. Por la cadena de radios se dio a conocer una proclama de los golpistas y sus primeros bandos con amenazas e instrucciones a la población. Última Hora tenía una terraza desde la cual vimos el bombardeo de La Moneda. Algo inimaginable para un chileno de mi época. ¡La Moneda bombardeada por aviones de la FACH! Creo que ese es el símbolo del tajo brutal que se propinaba a la historia del país y al desarrollo de su maduración democrática. De allí en adelante no hubo límites al salvajismo de las FF.AA. y Carabineros. El país que habíamos conocido, había dejado de existir.

Ya sabíamos que la Imprenta Horizonte, donde se imprimía el diario, había sido ocupada por militares. Ya no había posibilidad de sacar el diario. Escuchamos el último - y sobrecogedor - mensaje del presidente Allende. Su intención de morir en La Moneda era clara. En el diario acordamos retirarnos, nos despedimos sin saber si volveríamos a vernos. No sé cómo llegué a mi casa... no lo recuerdo.

En años recientes la periodista Patricia Verdugo publicó un libro-reportaje que incluye grabaciones de mensajes intercambiados por Pinochet, desde el puesto de comando del golpe, en Peñalolén, con los oficiales encargados de las operaciones. Uno de esos mensajes se refiere a Punto Final:

Puesto Uno: Correcto, represento eso al (ininteligible)... por favor. De parte de Comandante en Jefe, además de las medidas que existen sobre radio y televisión, ehhh, no se aceptan, repito, nin... publicación de prensa de ninguna especie. Y aquella que llegara a salir, además de ser requisada, motivará la destrucción de las instalaciones en las que fue editada. Cambio... Ehhh, justamente el personal que trabaja allá en Punto Final, todo el mundo ahí debe ser detenido. Cambio (Verdugo, 1998).

En mi casa estaban mis hijos y sus primas Alejandra y Marcela: los habían devuelto de sus colegios. Les ordené irse a casa de mi cuñada Eliana. Flora se quedó en el consultorio donde trabajaba. Solo entonces me di cuenta que no sabía a dónde ir a esconderme. En el MIR nos habían instruido de contar con una «casa de seguridad» donde refugiarnos si ocurría el Golpe. Pero yo no había hecho caso. Afortunadamente, llamó por teléfono un cuñado, Hugo Martínez, que me dijo que fuera a su casa. Él vivía en la zona de Tomás Moro, donde estaba la residencia presidencial, que también la habían bombardeado. Eso estaba a unas veinticinco cuadras de mi casa. Era una zona de clase media alta, acomodada. Me fui caminando, no tenía otra forma. Fui testigo de algo que me causó profundo impacto: presencié la alegría que reinaba en ese sector de la ciudad, la gente brindando con champaña en los jardines de sus

casas, las radios a todo volumen transmitiendo marchas militares y bandos de los golpistas, las parrillas asando carne. Yo era un pájaro raro, triste, tratando de pasar desapercibido en medio de ese jolgorio.

Mi mujer estuvo dos días en el consultorio donde habían preparado un hospital de campaña. Finalmente, en una ambulancia, repartieron al personal. Pero no nos habíamos comunicado. No sabíamos nada el uno del otro. Mi cuñado Hugo le llevó después noticias mías y mi argolla de matrimonio: le pedí que se la entregara por si me pasaba algo.

Mi nombre aparecía en uno de los bandos de personas de izquierda que la Junta Militar llamaba a presentarse voluntariamente a las nuevas autoridades del país. Por supuesto, yo no estaba dispuesto a caer en esa trampa. Tomé contacto telefónico con Pepe Carrasco que me ofreció un nuevo refugio y quedamos de encontrarnos en un lugar cercano a la casa de mi cuñado. Pepone vino con otro compañero, Patricio Biedma, argentino, que después mataron en Buenos Aires. Periodistas al fin y al cabo, decidimos ir a ver cómo había quedado La Moneda bombardeada.

Entramos por la calle Santa Lucia, que va rodeando el cerro. A la altura de la calle Huérfanos, carabineros con fusiles estaban allanando los autos, era imposible retroceder y salir de allí. Nos hicieron bajar y alguien me reconoció y avisó a los pacos. Nos llevaron a una comisaría cercana. A Carrasco y a Biedma los dejaron ir y a mí me dejaron detenido porque aparecía en aquel bando de la Junta Militar. En la comisaría estaban muy felices porque hasta entonces no habían hecho ninguna captura notable.

En julio de 1976 es secuestrado en Buenos Aires, a donde había sido expulsado en 1974 por la dictadura de Pinochet después del golpe, y desde entonces, detenido desaparecido. Era casado con la chilena Luz Lagarrige, con que la tuvieron tres hijos. En Chile laboró en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional (CEREN) de la Universidad Católica (Pastoriza, 1998).

Era su primera captura importante y entre varios empezaron a golpearme. En eso llegó un oficial de la FACH que traía prisionero, apuntándolo con una pistola, a un muchacho al que acusaba de «guerrillero cubano». El muchacho gritaba que era panameño y que estudiaba en Chile. Lo golpearon dejándolo muy mal herido o agónico, no sé.

Entretanto, el oficial de guardia en la comisaría, un joven teniente, creo que quizás me salvó la vida. Se puso formal e hizo un parte dejando constancia de mi detención. Luego hizo firmar el parte al oficial de la patrulla del ejército que vino a buscarme. Me llevaron en un jeep al Ministerio de Defensa. Cuando llegábamos, salían muertos de la risa León Vilarín y Rafael Cumsille, líderes de los camioneros y del comercio detallista, respectivamente, que jugaron importante rol en la conspiración golpista. Cumsille sigue siendo, cuarenta años después, presidente del comercio minorista.

Me sentaron frente a un militar que me dijo que había francotiradores en esa zona de la ciudad y que si le informaban que había algún soldado herido, me volaría la cabeza. Después me condujeron a otra oficina, me empujaron al suelo, y dos o tres militares empezaron a pegarme culatazos y puntapiés, caminaban sobre mi cuerpo y me insultaban. Después me hicieron pararme y me vendaron los ojos con una bufanda que andaba trayendo. Me llevaron a la puerta del foso de un ascensor, según decían, y amenazaban tirarme.

Después me hicieron caminar, subimos y bajamos escalas, me amarraron de los pies y me sacaron medio cuerpo por una ventana, después todo el cuerpo, yo estaba en el aire atado de los pies y amenazaban soltarme.

Estuve así, colgando, unos dos o tres minutos, que me parecieron eternos, muy largos.

Me sacaron con los ojos vendados del Ministerio de Defensa y me montaron otra vez en un jeep. Era el anochecer, se escuchaban disparos. Me llevaron a un lugar que olía muy mal, yo pisaba basura, y allí repitieron el simulacro de fusilamiento.

Me hicieron caminar otra vez y entramos a un recinto cerrado, se escuchaban voces, órdenes, gritos.

-Sáquenle la venda - gritó alguien.

Entonces me encontré que ante mí había un grupo de oficiales descansando, bebiendo café, fumando y charlando. Un oficial de más edad y rango me dirigió la palabra. Debe haber sido un coronel y era el Estadio Chile — hoy Víctor Jara— donde estábamos.

Ese oficial superior no me insultó, fue correcto en el trato. Les dijo a los otros oficiales quién era yo y empezó a desarrollar un diálogo conmigo, cuyos detalles lamento no recordar. Pero en esencia él explicaba los motivos del golpe. Según él, por el estado de caos en que se encontraba el país y por la presencia de comunistas en el gobierno que pretenderían instaurar una dictadura.

Este discurso lo oiría casi igual muchas veces de boca de militares mientras estuve prisionero. El coronel aquel decía que las FF.AA. iban a asegurar las conquistas sociales de los trabajadores. Era un discurso con ribetes nacionalistas. Un discurso tranquilizador sobre los fines del «pronunciamiento militar». Pero a la vez quería lucir conocimientos ante sus subordinados y hacía una crítica al socialismo, intercalando preguntas que yo me obligaba a contestar con prudencia, pero con claridad para no aparecer cobarde en esa situación. Después, en Chacabuco, ya llegaremos allí, escuché que decían que la Junta Militar había derogado la lucha de clases, que ya no existía.

Esto duró unos quince minutos, y luego ordenó a un oficial de los que estaban allí que me llevara a uno de los camarines del estadio que servían de celdas.

El oficial que me llevó, educado en su trato conmigo, me contó que él era uno de los tanquistas que en junio habían derribado la puerta del Ministerio de Defensa. Dijo que era hijo de alemanes ori-

ginarios de la República Democrática Alemana, que había estado en ese país para conocer a sus abuelos y que retornó muy impresionado por adelantos que observó en la RDA, particularmente en la agricultura. ¡Era una situación increíble! Caminamos por un pasillo donde había muchos prisioneros. Los tenían en el suelo, o con las manos en alto contra los muros, con las piernas abiertas. Les pegaban culatazos y patadas que arrancaban gritos de dolor. Fue impresionante ver en el suelo, muy golpeado, al director Prisiones, Litré Quiroga, comunista, al que pegaban de manera salvaje. Entre quienes lo golpeaban había civiles con brazaletes militares, después supe que eran militantes de Patria y Libertad. El compañero Quiroga estaba agónico. Finalmente llegamos al camarín al que me destinaban y el oficial abrió la puerta. Apareció ante nosotros con la cabeza chorreando sangre quien hasta hacía pocos días había sido Ministro del Trabajo, Jorge Godoy, comunista. Después del golpe, Godoy apareció en la televisión llamando a los trabajadores a no resistir para evitar un derramamiento inútil de sangre. Le habían pegado un culatazo en la cabeza y sangraba mucho. Godoy creyó que yo era un funcionario, no sé, me vio cara de autoridad, y se dirigió a mí:

-Señor, por favor, mire como me tienen, que no me golpeen más...

No alcancé a decirle nada porque me empujaron dentro de la celda. Y allí estuvimos con Godoy dos o tres días, con solo una marraqueta para compartir como alimento, hasta que nos llevaron al Estadio Nacional. Godoy me relató que lo obligaron a intervenir en la TV bajo amenaza de muerte. De todos modos el PC lo expulsó cuando llegó al exilio.

Llega un día en que abren el camarín y meten a seis o siete exsubsecretarios de distintos Ministerios del gobierno derrocado. Después nos sacaron del Estadio Chile en fila india para meternos en un camión frigorífico de pescado. A la pasada vi a Víctor Jara

al que habían dejado a un lado. Una luz le daba en la cara, lo que hacía visible una sonrisa en su rostro. No he olvidado su sonrisa serena, quizás un desafío a los milicos. En el camión frigorífico, de la Pesquera Arauco, nos íbamos asfixiando. Algunos hacían chistes — ese humor negro típico de nuestra sicología que sale a la superficie en las situaciones más difíciles — . Pero todos sentíamos miedo y pensábamos que iban a fusilarnos. Pero no, nos llevaban al Estadio Nacional, donde viviríamos otro episodio de prisioneros de la dictadura.

Capítulo 11

En el Estadio Nacional

Al Estadio Nacional llegamos por la noche en ese camión frigorífico atestado de gente. Abrieron las puertas, y ya ¡a bajarse, mierda! Pasamos corriendo entre dos filas de pacos. Nos pegaban sin piedad. En la cancha de fútbol nos fueron agrupando según el destino que nos asignaban al interior del estadio. Unos íbamos a camarines, otros a escotillas. Yo fui a dar a un camarín al que también llegaron numerosos estudiantes y profesores de la Universidad Técnica del Estado. Y después también varios obreros. A medida que llevaban prisioneros al estadio, también iban ocupando las galerías y tribunas. Camarines y galerías, allí nacen las primeras experiencias de organización de los presos políticos de la dictadura.

Los doce gajos

Los milicos son muy flojos y derivaban tareas de ellos a nosotros, sus prisioneros. Por ejemplo hacer, rehacer y actualizar infinitas veces la nómina de presos. Sus nombres, números de cédulas de identidad, etc. Esa tarea nos permitió organizarnos. Se nos permitió elegir los jefes de camarines, que eran los interlocutores con los carceleros. Los compañeros me eligieron jefe del camarín en que estábamos. La verdad es que no tuve mucha competencia en la elección porque nadie quería ser el encargado de esa tarea. En el camarín, adosada al muro, había una banca larga, el resto era el piso pelado y las duchas y excusados. Lo necesario para un equipo de fútbol. Pero éramos unos 80 en el mismo espacio. Las primeras

noches no teníamos nada con qué taparnos, era el suelo pelado y la banca. Después nos entregaron colchonetas y frazadas. El asunto entonces era distribuir el espacio a la hora de dormir. Era una especie de puzzle para que todos cupiéramos. En el resto del día había que organizar algunas actividades para que la mente se mantuviera ocupada o al menos aminorara el estrés que se produce en esas situaciones. No había posibilidad de hacer trabajos manuales. Entonces inventamos que cada uno contara su propia historia. Agotado eso, pasamos a las poesías y los chistes y cuentos varios. Yo mismo hacía preguntas para guiar los relatos. Surgieron las primeras actividades culturales de presos. Hacíamos una especie de mini show con los compañeros que cantaban o recitaban. Con papel sustraído a las listas de presos, se confeccionaron juegos de dominó, naipe y hasta ajedrez. A veces nos repartían naranjas, pero pocas. Allí aprendí que una naranja — al menos las de entonces tiene doce gajos, mi trabajo era repartirlos.

Diputado por Puente Alto

Iban soltando algunos presos, pero llegaban otros. A veces nos llamaban a declarar en el mismo estadio. A mí me interrogaron dos veces, sin tortura. La primera vez fue con un fiscal naval, la primera persona a la que oí hablar del Plan Zeta. Un plan que habría tenido la Unidad Popular para asesinar a medio ejército durante la parada militar en el Parque Cousiño. La otra vez fue con un fiscal de Carabineros que se limitó a preguntarme el nombre, me dio un golpe de puño, tomó unas tijeras y me cortó un mechón de pelo. A esa altura era evidente que la represión carecía de información valedera sobre la mayoría de nosotros. La única pregunta que recuerdo me hicieron, fue sobre el paradero de Carlos Altamirano, secretario general del Partido Socialista.

Cuando anunciaban a algunos que los iban a soltar, les daban un tiempo para prepararse. Entonces nosotros hacíamos una emotiva despedida, una pequeña ceremonia para desearles que les fuera bien, aprovechábamos también para mandar con ellos mensajes a nuestras familias. Recuerdo la despedida a un grupo de obreros de Puente Alto, la mayoría comunistas, que solo vestían sus overoles de trabajo. Habíamos conocido la muerte de Neruda y en esa despedida se recitó unos versos suyos. Además cantamos en susurros la Internacional. El mayor de esos obreros, que hacía las veces de jefe del grupo, hizo un discursito y dirigiéndose a mí, dijo:

– Mire, compañero Cabieses, a usted lo hemos conocido aquí y es muy distinto de lo que creíamos... Si alguna vez usted se presenta como candidato a diputado por Puente Alto, ¡cuente con nosotros!

Ese era el nivel de honestidad, pero a la vez de ingenuidad de muchos presos que imaginaban que la dictadura sería breve y todo volvería a ser como siempre. Lamentablemente, nunca fui ni seré candidato a diputado por Puente Alto.

Las señoras pitucas de la Cruz Roja

Un día nos sacaron del camarín para alinearnos en los pasillos. Lo mismo hicieron con los demás camarines. Vimos entonces que venía un grupo de milicos con un encapuchado que indicaba a una u otra persona y a estas las sacaban a un lado. Yo tengo muy mala suerte para estas cosas y supuse que el encapuchado me iba a señalar. Y así no más fue. Nos pusieron en una fila, de rodillas y con las manos en la nuca. Éramos unos cincuenta. Y nos hicieron caminar así, de rodillas, un largo trecho del pasillo interior del estadio. Con las rodillas sangrando, hechas mierda.

Llegamos a un lugar en que nos hicieron pararnos y vueltos a la pared con las manos arriba. Pasó el tiempo, las horas, y no ocurría nada. Finalmente a mí y a otros nos metieron en un baño. Ahí encontré a un compañero comunista, Samuel Riquelme, que había sido subdirector de Investigaciones. Lo habían torturado horrible-

mente, tenía las muñecas y los tobillos hinchados y con huellas del alambre con que lo había atado.

Después nos llevaron de regreso a nuestros respectivos camarines. Antes había llegado allí — muy torturado con electricidad — Luis Corvalán Castillo, hijo del secretario general del PC que estaba prisionero en la Isla Dawson. Le conté que había visto a Samuel Riquelme en el baño y que estaba preso en el estadio.

Otro día nos hicieron alinear desnudos en el pasillo y aparecieron unos equipos de la Cruz Roja con baldes llenos de desinfectantes. Nos pasaron brochas mojadas en ese líquido por el cuerpo y la cabeza. Era para matar los piojos y otros bichos. Las señoras de la Cruz Roja dirigían la operación; eran señoras muy pitucas... y nosotros ahí, frente a ellas, piluchos. Nos ofrecieron aspirinas y dijeron que podíamos escribirle a las familias. Yo no escribí y me han dicho que las cartas de los otros nunca llegaron. También apareció un capellán del ejército con el cuento de que quería ayudarnos. Pero nosotros teníamos curas propios y de confianza. En mi camarín estuvo un cura holandés, excelente persona. En Chile había muchos curas y monjas extranjeros que trabajaban en poblaciones y estaban muy integrados al proceso de cambios que vivía Chile. Nosotros no necesitábamos curas chuecos.

El Caracol se llamaba el lugar donde torturaban. Del Caracol llegaron Luis Corvalán casi muriéndose y otros compañeros. Los torturaron con electricidad y a consecuencia de eso moriría más tarde en Europa. Otro compañero que llegó muy torturado, con las costillas quebradas, fue Jean-Yves Claudet Fernández, militante del MIR que sería asesinado más tarde en Argentina.

El huevo duro

Después de un tiempo, no sé cuánto, nos sacaron a las tribunas del estadio. Por primera vez desde que fuimos detenidos, veíamos el sol. Era un día muy hermoso, el sol nos cegaba. Al otro lado de una

reja, estaba Rodrigo Rojas, comunista, director de *El Siglo*, un gallo simpático, bueno para las bromas. Él había conseguido un huevo duro. ¡Un huevo duro allí! Fue muy fraternal: lo partió y me convidó la mitad. Nunca olvidaré ese gesto.

Física y psicológicamente creo que aguanté bien la prisión. Quizás porque tengo cierta capacidad de acomodarme a la situación que me toca vivir. Por eso en el camarín y después en el Campo de Prisioneros de Chacabuco me eligieron representante de los presos: porque sabía conservar la calma y tomar decisiones, aunque la procesión iba por dentro.

En la prisión se conocen la grandeza y la miseria humana, y las conocí todas en ese periodo.

Mi rol de preso-dirigente me obligaba a mostrarme más fuerte de lo que realmente era a fin de dar el ejemplo y fortalecer a los más débiles.

Mis hijas lograron hacerme llegar un par de zapatos —andaba semidescalzo— y una camisa con un joven oficial que pololeaba con una amiga de ellas. Conversamos un rato y me contó que Eduardo Frei había ido a la Escuela Militar la noche del golpe a reclamar el cargo de Presidente de la República en su calidad de presidente del Senado. Según esta versión, lo habían echado de mala manera y hasta le habían quitado el auto oficial y obligado a buscar un taxi. Esto me lo contó ese oficial que se sentía muy satisfecho por la conducta de sus generales.

En el diario *El Nacional* de Caracas, donde yo había trabajado, el redactor Lorenzo Batallán publicó un artículo —que vi más tarde—, en que se me hacía aparecer muy torturado, y que me habían arrancado los ojos. Es probable que ese cuento lo tejiera alguien que me vio en el estadio caminando a tropezones. No me habían arrancado los ojos, pero me habían roto los anteojos.

Un día nos dijeron que nos preparáramos para irnos. Era en diciembre e íbamos a algún lugar del país que no nos precisaron.

Pero antes dejaron que las familias nos llevaran ropa. Ahí fue cuando a través de las rejas, desde lejos, a gritos, vi y hablé con la Flora. Ella, como tantas otras mujeres me llevaba una maleta. Fue un momento muy emotivo, cuyo recuerdo aún me emociona. Cuando entraron las mujeres, nosotros las buscábamos con la mirada y ellas nos buscaban. Era una gritería de nombres, una búsqueda frenética de cientos de personas. Estábamos separados por unos diez metros y una reja. Creo que lloré al verla. Ver a nuestras mujeres en esas circunstancias, es cuando uno se quiebra. La Flora siempre se portó muy entera, a ella la habían echado de su trabajo en el consultorio y trabajaba cosiendo y tejiendo ayudada por sus hijas.

En la bodega de un buque salitrero

Nos sacaron del estadio de madrugada y nos hicieron subir a unos buses que se dirigieron al puerto de Valparaíso. Nos hicieron subir en fila india a un buque salitrero, el Andalién, con las maletas al hombro. Luego nos hicieron bajar por una escalerilla a la bodega que era un espacio muy ancho, oscuro como boca de lobo. De trecho en trecho una ampolleta daba un poco de luz. Las paredes de la bodega tenían costras de salitre y su olor impregnaba el espacio.

Ahí nos acomodamos como pudimos. Unos tambores gasolineros cortados por la mitad servían de letrinas. Los marinos los llamaban «chutes». Algunos compañeros hicieron dibujos muy impresionantes de esa bodega. Son testimonio de ese viaje a Antofagasta en que los compañeros más aprensivos opinaban que nos iban a fondear en el mar.

Éramos unos trescientos o cuatrocientos. A otros presos más afortunados los llevaron al norte en avión. Teníamos desayuno y un plato de comida caliente al día. La comida la bajaban con una roldana y nosotros nos distribuíamos los alimentos en pocillos de latón. Los pocillos quedaban sucios porque bajaban agua solo para

beber. Así llegamos al puerto de Antofagasta. Recogimos nuestras maletas y bultos en cubierta, descendimos del buque y en el mismo muelle nos metieron a un tren de trocha angosta en el que partimos rumbo a la pampa. Muchos no la conocíamos. El trencito se detuvo en una estación, Baquedano. Allí nos hicieron transbordar — a culatazos y chuchadas — a camiones militares en los cuales hicimos nuestra entrada triunfal a la antigua y abandonada oficina salitrera de Chacabuco convertida en campo de prisioneros con rejas, torres de vigilancia y perímetro minado.

Capítulo 12

Chacabuco

Chacabuco es un pueblo fantasma en el desierto de Atacama. Fue una oficina salitrera en el siglo pasado. La dictadura militar la convirtió en un campo de prisioneros. Fuimos alrededor de mil los chilenos que estuvimos allí. Más allá de las rejas era dominio de los milicos encargados de vigilarnos (que se alternaban con carabineros y aviadores). Al interior del campo reinaban la libertad y la democracia, teníamos una especie de autogobiernos cuya fragilidad se hacía evidente cada mañana en que la guardia nos hacía formar en una cancha de fútbol para hacer el recuento de presos. Pero una vez que los milicos se retiraban, volvíamos a ser libres... o al menos creíamos serlo.

Eran casas de adobes, semiderruidas. Las puertas y ventanas eran sacos vacíos de café brasileño. Al interior, camarotes de dos y tres pisos: el refugio de nuestros sueños.

Las casas — que debían tener en su exterior un listado de los presos que allí vivían — se alineaban en pabellones. Nos dimos una estructura democrática de organización. Las casas — de ocho o más habitantes — elegían un jefe. Yo vivía en la casa 26 del Pabellón 5 del llamado «barrio cívico», porque allí estaban la universidad, la posta de primeros auxilios y otras «instituciones» del Campo. Los jefes de casas elegían un jefe de pabellón. Los jefes de pabellones pasaban a integrar el Consejo de Ancianos, máxima autoridad de los prisioneros. El Consejo de Ancianos elegía presidente, secretario, etc. Sobraba trabajo para todos. Un médico comunista, Mariano

Requena, fue el primer presidente del Consejo de Ancianos. También me correspondió ejercer ese cargo, la responsabilidad más honrosa que he tenido en mi vida.

Si no hubiera sido por Chacabuco no habría conocido a compañeros inolvidables como Coné (Luis Corvalán, hijo), ingeniero agrónomo que murió en el exilio a consecuencia de las torturas; o al Memo Bronson, Guillermo Orrego Valdebenito, dibujante técnico, animador del show dominical, amigo al que quiero muchísimo. O al Tata, don Jorge Sánchez Cubillos, obrero de la construcción, que nos enseñó a sobrevivir y a realizar muchas tareas domésticas que ignorábamos: desde coser a cocinar, desde tender las camas hasta lavar la ropa. O a Marcelo Concha Bascuñán, también ingeniero agrónomo, integrante del Conjunto Chacabuco, a quien dejaron en libertad y lo asesinó la Dina. O a don Francisco Aedo, arquitecto y profesor universitario, que pintó hermosas acuarelas de la vida de los presos en ese campo, también detenido y desaparecido cuando quedó en «libertad». O Domingo Chávez, a quien llamábamos la «Tía Emilia», por un programa de TV en esa época donde la verdadera Tía Emilia enseñaba a cocinar; Domingo atinó a exiliarse en Canadá, fue cónsul de Chile en Edmonton y formó una hermosa familia siempre ligada a Chile. O Milton Lee Guerrero, el más joven de nosotros, que había liderado el Frente de Estudiantes Revolucionario (FER). O el «cura» José Urzúa, empleado bancario y genealogista de prestigio. O a Roberto Soto Pérez, bancario, al que llamábamos Robertito. O a Julio Vega Pais, amigo del alma hasta el día de hoy. O al ex GAP, Hernán Medina, que también presidió el Consejo de Ancianos. La mayoría de ellos eran comunistas, sin embargo, hicimos perfecta e indisoluble amistad compartiendo como hermanos lo poco que teníamos. Y sobre todo intercambiando experiencias y reflexiones.

Chacabuco nos dejó experiencias imborrables. Entre ellas, el arte de la unidad y la camaradería. Los partidos volvieron a fun-

cionar clandestinos al interior del Campo de Prisioneros. En las noches se oía Radio Moscú y Radio Habana Cuba, para enterarnos qué pasaba en Chile. Hubo planes de fuga, pero ninguno se intentó seriamente. El terreno minado alrededor del Campo a veces estallaba por el peso de algún perro famélico de los muchos que vagaban por la pampa.

Organizamos una universidad popular, cuyo rector era Patricio Corbalán Carrera, una posta de primeros auxilios, un observatorio astronómico, concursos de poesía y cuentos, talleres de artesanía y una chingana donde se podía beber café o té acompañado de sopaipillas y escuchando canciones guitarreadas. El domingo en la noche era el show con artistas de calidad y técnicos que hacían maravillas de ingenio en materia de iluminación y escenografía. Teníamos profesionales y especialistas en todo, se dictaban charlas y cursos de todo tipo, desde idiomas hasta construcción. El obrero contaba lo que sabía hacer y el campesino también. Los periodistas mantenían un diario mural que hacía alardes de ingenio para burlar la censura militar. Pero las noticias de verdad corrían de boca en boca. Instalamos una pulpería, un correo, una biblioteca y la cocina colectiva. Organizamos campeonatos de fútbol, de atletismo y de ajedrez. Ángel Parra y otros compañeros crearon el Conjunto Chacabuco, estrella del show dominical, y le brindaron al capellán una misa de campaña y un oratorio de conmovedora belleza. El Campo de Prisioneros bullía de una actividad que nos hacía olvidar que nuestra libertad limitaba con las rejas y torres de vigilancia desde las cuales nos observaban los guardias armados de fusiles-ametralladoras.

Nos autorizaron visitas de esposas e hijos a los que recibíamos fuera del Campo, en un teatro que tuvo su época de esplendor cuando Chacabuco era parte del boom salitrero. Con los familiares —que viajaban dos o más días en buses desde Santiago o Concepción — nos llegarnos noticias de la Resistencia, comunicados de

los partidos clandestinos, noticias trágicas sobre la represión en las ciudades y rumores de todo tipo. En el interior de un tubo de dentífrico recibí la notificación de la comisión política del MIR que me promovía al comité central del partido. Pero lo más importante: volví a reunirme con Flora y los hijos después de varios meses.

De vez en cuando, los milicos allanaban las casas del Campamento, especialmente en las noches, y nos hacían formar tiritando de frío en la cancha de fútbol.

Cuando en Santiago mataron a Miguel Enríquez, los responsables del PC, PS, Mapu e Izquierda Cristiana fueron a darme sus condolencias. La muerte de Miguel produjo un impacto muy fuerte al interior del Campo de Prisioneros de Chacabuco. Miguel era una esperanza, saberlo en Chile, desafiando a la dictadura, construyendo Resistencia Popular, era un aliento que recibíamos con fervor y que ese día de octubre se cortó bruscamente.

Capítulo 13 Puchuncaví, Tres Álamos y el exilio

A un lote de prisioneros nos sacaron en camiones de Chacabuco y nos llevaron a la base aérea de Cerro Moreno en Antofagasta. Nos convertimos en viajeros esposados de un transporte Hércules de la FACH. El vuelo tenía como destino la base aérea de Quintero. Y de ahí en camiones a Puchuncaví que en la Unidad Popular había sido un campamento de veraneo para trabajadores. Cerca estaba otro campo, Ritoque, trasladaron a dirigentes de la UP que venían de la Isla Dawson. También aquí las viviendas estaban cercadas con alambradas y torres de vigilancia que nos obligaron a construirlas a nosotros mismos.

La Infantería de Marina estaba a cargo de Puchuncaví. Nos recibieron con el rancho usual del personal de la Armada: cazuela de ave y empanadas de pino. No podíamos salir del asombro, estábamos acostumbrados al régimen infame de alimentación que nos daban los milicos en Chacabuco. Pero esto solo fue una maniobra sicológica de la Marina, porque después el rancho comenzó a declinar, aunque nunca llegó al extremo de Chacabuco. Los infantes de marina eran brutos, pero la buena alimentación formaba parte de sus más firmes convicciones.

En Puchuncaví teníamos el mismo régimen que en Chacabuco, formarnos en las mañanas, contar la gente. La novedad es que nos hacían marchar y cantar, desde luego el himno de la Marina y la prusiana canción Lili Marlene. A veces nos castigaban haciéndonos correr hasta el agotamiento en lo que llamaban el picadero. A los

que se cansaban los hacían reaccionar a culatazos. Entre nosotros había viejos, uno de ellos con un zapato ortopédico grande, era el que más sufría.

En Puchuncaví tuvimos un grupo de teatro, me metí a ese grupo. Me gustó mucho lo que hacíamos. Tuve un papel en una obra que transcurría en un casino de juegos. Estábamos ensayando El Principito cuando me trasladaron a Tres Álamos en Santiago. En esa obra yo era el rey aquel que siempre da órdenes sensatas. En Puchuncaví también recibíamos visitas, ahora era más fácil para las familias llegar hasta allí. A varias personas nos plantearon la posibilidad de ser expulsados del país si nosotros mismos lo gestionábamos con ACNUR, el organismo de Naciones Unidas. Me negué porque me pareció que no correspondía tomar la iniciativa, si querían expulsarnos de Chile que lo hicieran ellos mismos, los milicos. A todo esto Flora se veía de vez en cuando con Augusto Carmona, el periodista y dirigente del MIR que estaba en la clandestinidad. Cuando a través suyo supieron que me negaba a salir, me escribió Nelson Gutiérrez, miembro de la comisión política, planteándome que saliera a Cuba y me hiciera cargo del trabajo de solidaridad del MIR en ese país. Era una orden, pero con buenas palabras. La carta de Gutiérrez entró a Puchuncaví como todas las otras comunicaciones, oculta en artículos de aseo y cajas de alimentos.

Flora inició los trámites para salir del país. En ACNUR estuvieron de acuerdo, con la condición que nosotros obtuviéramos las visas de algún país que nos aceptara. Como habíamos vivido en Venezuela, y nuestro hijo menor, Javier, nació en ese país, Flora hizo una primera gestión en la Embajada de Venezuela. Carlos Andrés Pérez era el presidente venezolano. La respuesta de su gobierno fue negativa, aunque allá hicieron gestiones, José Vicente Rangel, que entonces era diputado, el Colegio de Periodistas y el Sindicato Nacional de Trabajadores de la Prensa, pero no hubo

caso. El presidente Pérez me estaba pasando la cuenta por *Venezuela OK*.

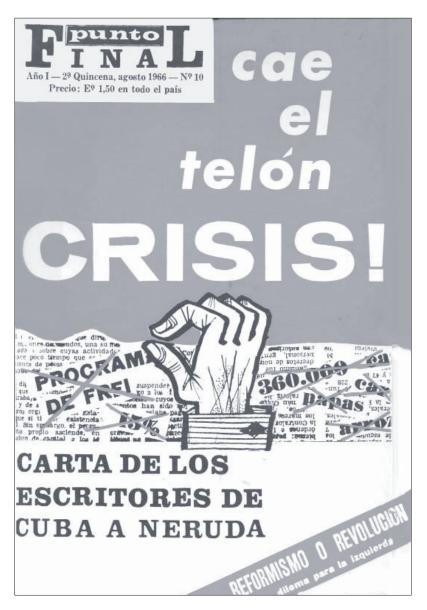
La Flora me visitaba cada semana en Tres Álamos y me mantenía informado de los trámites que hacía para obtener visas de algún país. Finalmente, fue Perú. Y llegó el día en que me llevaron al aeropuerto. Y me encontré en el avión con Flora y los hijos. ACNUR había hecho los arreglos para que nos recibieran en Lima y nos llevaran a una casa donde estaban instalados provisoriamente exiliados chilenos. Fue mala la recepción de esos compañeros... La casa estaba repleta y nosotros éramos cinco.

Hice lo primero que se me ocurrió: llamé por teléfono a Prensa Latina y dio la casualidad que Jorge Luna, un buen amigo, estaba como corresponsal en Lima. De inmediato se comunicaron con nosotros de la embajada cubana y vinieron a buscarnos. Nos instalaron en un hotel y se comunicaron con La Habana, que les dio instrucciones para que nos facilitaran el viaje allá. Entretanto, Jorge Luna nos invitó a casa de su padre, don Ricardo, un historiador y exdiplomático, lector de *Punto Final* que tenía una impresionante biblioteca.

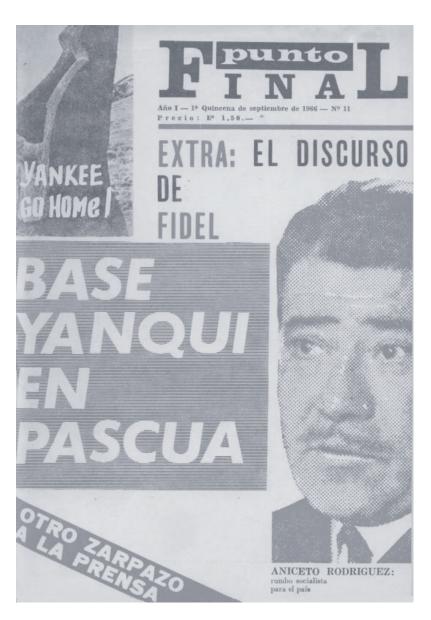
Estuvimos pocos días en Lima, y seguimos a La Habana. Yo tenía 42 años y comenzaba una nueva vida.



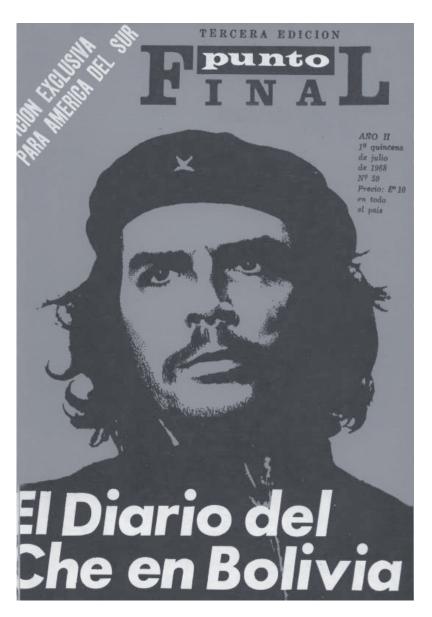
"Yo no tuve un maestro que me llevara a su biblioteca y me prestara libros. Solo tuve *El Peneca*, que fue mi maestro (...) Esa revista fue una escuela para mí...".



Número 10 de *Punto Final*. El primero del vuelco de folleto a revista con diferentes secciones.



Número 11. El segundo de una revista que hasta hoy sirve de tribuna a las ideas revolucionarias en Chile.



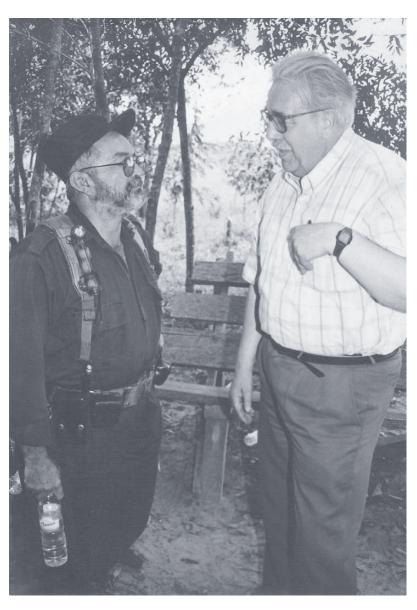
Número 29. *El Diario del Che en Bolivia* es publicado por *Punto Final* para toda América Latina.



Número 192. Amaneció en los quioscos el mismo día 11 de septiembre de 1973. Fue requisado en pocas horas por los golpistas.



Número 193. El martes 15 de agosto de 1989, *Punto Final* estuvo otra vez en la calle. Retomó la numeración interrumpida en 1973.



El comandante Raúl Reyes, entonces Nº 2 de las FARC, entrevistado por Manuel Cabieses en octubre de 1999, en los Llanos del Yare, a 90 kilómetros de San Vicente del Caguán, en Colombia.



La entrevista con Raúl Reyes fue publicada en el Nº 458 de *Punto Final* (noviembre de 1999): "Creo fue mi último reportaje en terreno", confiesa Cabieses.

CUARTA PARTE En la clandestinidad

Capítulo 14

Preparando la Operación Retorno

Tengo una gran deuda con Flora, una especie de complejo de culpa —¡qué complejo ni nada! — una culpa de no haber estado a la altura de lo que esta mujer se merecía. He vivido esa experiencia de saber que una mujer está dispuesta a seguirme en todas las aventuras y desventuras de la vida. Su apoyo ha sido muy importante para mí, constituye un ancla en la realidad. Flora es mucho más aterrizada que yo en las cosas concretas de la vida. Han sido muy valiosas para mí sus opiniones, sus consejos. En relación también con la revista, ella me daba siempre opiniones certeras. Tenía una visión clara de lo que es correcto. Pero siendo tan realista, fue capaz de acompañarme en todas las andanzas que vinieron.

La Revolución Cubana nos acogió con los brazos abiertos. Estaban los amigos que nos recibieron con el cariño de siempre. Estaban Héctor Sánchez, conocido como Humberto, y su esposa, Gina. Humberto era funcionario del Departamento América que dirigía el comandante Manuel Piñeiro. Humberto era un hombre muy identificado con el MIR, muy próximo a Miguel.

En La Habana había un pequeño grupo de miristas. Estamos hablando de fines del año 1975. Los primeros días fueron de descanso, de relajo. Estábamos muy felices. Luego empezamos a pensar cómo organizar nuestra vida en La Habana. Estaban terminando en Alamar, al este de La Habana, dos edificios que la Revolución había cedido a los exiliados chilenos. Los habían construido brigadas de voluntarios y voluntarias que tuvieron ese gesto de

solidaridad, cediendo a los chilenos lo que en rigor les pertenecía y que merecían por su esfuerzo. Eran edificios de seis pisos. Mi familia y yo vivíamos en el tercer piso del edificio D 2 de la zona 7 de Alamar, donde había también exiliados uruguayos, argentinos, brasileños, bolivianos, nicaragüenses, salvadoreños, etc.

En la antigua embajada de Chile funcionaba el comité de solidaridad que presidía el abogado Francisco Fernández, socialista, y en el cual participaban la Tati Allende y representantes de los partidos chilenos. Formamos un equipo para asumir las tareas que demandaba un creciente número de exiliados miristas, sobre todo mujeres con niños. Allí trabajaron Eugenio Leighton, Nelson Villagra, Daniel Martínez (Mauro)...

El golpe represivo en Malloco hizo que llegaran a La Habana Andrés Pascal y Nelson Gutiérrez, máximos dirigentes del MIR, con sus esposas. Va tomando forma un exilio mirista bastante numeroso, mucho más numeroso de lo que era el MIR orgánico en Chile. Había un desbalance muy grande y por tanto la política del MIR se hacía fundamentalmente en el exterior. Entretanto, en Chile un grupo de heroicos compañeros y compañeras encabezado por Hernán Aguiló Martínez trabajaba reconstruyendo los vínculos sociales del MIR y haciendo operaciones de propaganda de la Resistencia Popular.

Los cubanos que conocí del Departamento América, o dirigentes medios, aparte de la simpatía y solidaridad que provocaba lo ocurrido en Chile, tenían cierta decepción. Desde luego, porque no existió realmente una resistencia al golpe de estado. Hubo improvisación y desconcierto. El golpe se había impuesto a sangre y fuego sobre un pueblo desarmado y partidos atónitos ante la ferocidad de la sublevación militar. Por eso los cubanos simpatizaban con las políticas del MIR para organizar la Resistencia Popular, sus milicias y una guerrilla rural. Lo mismo con el PC cuando este se dio a la construcción del Frente Patriótico Manuel Rodríguez.

Por mi parte, yo sentía una cierta «angustia de Chile» —soy muy apegado al terruño—, era la angustia de no poder regresar. La Flora compartía esa añoranza de la patria chica. Quizás eso nos hizo más receptivos al llamado de la Operación Retorno.

Hacia la Operación Retorno

Muchos compañeros expresaban su deseo de retornar a Chile y luchar en la Resistencia clandestina. En el plano partidario lo considerábamos un deber. Así fue conformándose lo que se ha dado en llamar Operación Retorno. Era una sed de Chile, una obsesión. Un sentimiento más que el fruto de un análisis frío de las condiciones de hacerlo. Todo eso culminó con la resolución del comité central de iniciar la Operación Retorno.

Yo creía más prudente el regreso de un número pequeño de cuadros con experiencia, que dispusieran de infraestructura adecuada para una clandestinidad prolongada, con el objetivo de trabajar en la reconstrucción del MIR y en el desarrollo de las tareas de la Resistencia. Por cierto me ofrecí como voluntario para el retorno. Sin embargo, se decidió el regreso de todos los que estuvieran dispuestos y para ellos se diseñaron escuelas de vida clandestina y también de modalidades de guerrilla urbana. A La Habana llegaron compañeros de Europa, Canadá y Estados Unidos, y de países latinoamericanos, a prepararse para el retorno. Se pidió ayuda a la RDA, Argelia, Libia, Vietnam y otros países para preparar a esos cuadros, aunque el contingente principal se preparó en Cuba, en el campo de Punto Cero, cercano a La Habana. Los partidos Comunista, Socialista y MAPU también decidieron lo mismo. El PC fue más allá mediante el FPMR que contaba con oficiales del ejército regular fogueados en Nicaragua y El Salvador. Los nuestros — que también combatieron en esos países, entre ellos mis hijos Javier y Francisca – se orientaron más bien a la lucha guerrillera.

Entretanto, mientras nos preparábamos, desde Chile llegaban

noticias alentadoras sobre el crecimiento del descontento contra la dictadura. Pero esto, ampliado por la distancia y por el deseo nuestro de ver la situación en forma positiva a nuestros propósitos.

La preparación militar

Como era lógico, se decidió que los primeros en regresar tenían que ser los cuadros de dirección y sus equipos de ayudantía. Yo participé en una escuela de tres o cuatro meses que nos preparó en el manejo de armamento de infantería — pistolas, fusiles, subametralladoras, granadas de mano—, manejo de explosivos y métodos conspirativos. Y, por cierto, entrenamiento físico: nos hacían trotar con fusiles y mochilas. En este entrenamiento — que era apenas un barniz de conocimientos— le tomé respeto a la profesión militar y comprendí muchas de sus reglas que, por cierto, son aplicables a la política.

Me convertí por breve tiempo en «militar» aficionado, con uniforme y todo. Flora también fue a una escuela en Punto Cero. Estábamos en un campamento muy grande que ocupaba varias hectáreas. Ella estaba en otra escuela y en una oportunidad me tocó acompañar a Pascal a pasar revista a esa escuela. Me sentí muy orgulloso de verla allí, de uniforme verde olivo en la formación. Flora (que allí comenzó a llamarse Delia) era una excelente alumna. Hasta inventó un sistema artesanal para detonar explosivos — con virutilla corriente — que llamaban «moño de vieja». También fue una alumna destacada en documentación, o sea la falsificación de pasaportes, cédulas de identidad, certificados de nacimiento, de matrimonio, etc.

También se trabajó en la construcción de equipos de radio para emisiones clandestinas que más tarde utilizaríamos en la Radio Liberación, interfiriendo ondas de radio y audio en TV. Además en la fabricación de armamento semi—industrial, incluso en la creación de una subametralladora que se llamó Mirito. La documen-

tación, el armamento, las comunicaciones exterior – interior, etc., fueron técnicas que organizó un equipo de compañeros cuyo centro estaba en París a cargo de un miembro de la comisión política. Contaban con enlaces de variadas nacionalidades y una compañera maravillosa - Ahrel Danús, la Pepa - a cargo del taller que confeccionaba barretines para transportar documentos, dinero y aun cosas más pesadas.

Errores fatales

Fueron muchos los compañeros que nos aseguraban que podían retornar a Chile sin problemas y no era cierto. Nos contaban un cuento en las entrevistas que les hacíamos para tratar de evaluar las «pisaderas» que tenían para llegar a Chile y sobrevivir el primer tiempo. Muchos fueron los casos de compañeros y compañeras que querían volver y luchar contra la dictadura, pero que no tenían nada aquí en qué apoyarse. Se engañaban a sí mismos y a veces nos engañaban a nosotros, los entrevistadores. En la realidad llegaban a Chile a una pensión o a un hotelucho, con pasaportes falsos o documentación chilena también trucada, como colombianos, venezolanos o peruanos; y a partir de allí comenzaban a buscar contactos con familiares o antiguas amistades que muchas veces les cerraban la puerta en las narices. Y persistían en esa precariedad en la clandestinidad urbana que es muy difícil y riesgosa. Algunos tomaban contacto con el partido en esas condiciones de precariedad y quizás ya controlados por los servicios de seguridad de la dictadura. A los que venían a Chile destinados a tareas militares se les pasaban armas. Está el caso de dos compañeros que mataron en Ñuñoa, durante el allanamiento a la pensión donde vivían, porque tenían armas largas debajo de sus camas: fueron delatados por la persona que hacía el aseo.

Muchos de los compañeros que volvieron y posteriormente cayeron eran gente que salió de Chile siendo muy jóvenes. Eran

estudiantes que cuando vino el golpe estaban en la universidad o el liceo, no habían trabajado nunca, no tenían redes de amistades ajenas a lo que había sido la lucha estudiantil. Un caso paradigmático es el de nuestro encargado militar, Arturo Vilavella Araujo, ingeniero, miembro de la comisión política, arrojado y valiente. Al momento del golpe estaba casado y con hijos. Pero su vida hasta entonces habían sido el MIR y el grupo Grama, del que provenía. Sus relaciones eran casi todos miristas de Concepción. No tenía en Chile ninguna infraestructura propia, pero insistió en retornar porque lo consideraba un deber. El primer tiempo lo llevamos a la casa donde vivíamos con Flora y el Flaco Jorge Benítez, mi ayudante, también retornado. Vilavella, el Coño Aguilar, vivió con nosotros hasta que Flora le encontró una familia que lo acogió en La Florida. Después, cuando había logrado formar su equipo de trabajo - también con retornados clandestinos - se trasladó a la calle Fuente Ovejuna. Allí lo mataron a él y a la compañera y al compañero que eran sus asistentes.

Flora y yo también regresamos en 1979 sin ninguna «pisadera» propia. Nos la proporcionó el compañero René Valenzuela, el Gato, que estaba a cargo de las tareas clandestinas en Francia. Era una «pisadera» excelente: las Urracas de Emaús, cuyo líder, José Aravena, fue a recogernos al aeropuerto en Santiago, donde llegamos como turistas venezolanos y nos acogió en su casa. A partir de allí nos fuimos acomodando gracias a las amistades que Flora había hecho en sus años de trabajo como enfermera.

Vivimos la clandestinidad —con algunos paréntesis en Argentina y Cuba — hasta 1989 en que salí clandestino de Chile y volví legal unos días después. La dictadura me había levantado la prohibición que me impedía regresar a Chile. Esta vez volví como chileno y en Pudahuel me estaban esperando familiares y amigos. Mi propósito era reanudar la publicación de *Punto Final* e iniciar la nueva etapa de la revista que se prolonga hasta hoy.

Capítulo 15

El renacer de «*Punto Final*» La ayuda de García Márquez

El menos convencido de reeditar *Punto Final*, debo admitirlo, era yo. Pensaba que la revista no tendría espacio en una realidad colonizada por el neoliberalismo. Este no solo es un sistema económico, es un sistema de dominación. Abarca todos los planos de existencia de una nación, sobre todo la cultura —o sea el modo de vida— de su población. Sin duda, Chile había cambiado profundamente. Lo vivido fue una contrarrevolución en forma. Rústica y apoyada en la brutalidad más excesiva. Pero sofisticada y sutil en los métodos para instaurar una sociedad sometida a la dictadura del mercado y a los monopolios que la manejan.

El que me convenció de reiniciar la aventura de *PF* fue mi amigo y camarada, René Valenzuela. El asunto fue tema de larga conversación en diferentes cafés de Buenos Aires. El argumento definitivo lo aportó Lenin Guardia, un socialista pro mirista de los años 70. Me hizo ver que *PF* podría apoyarse en una franja de ciudadanos que rechazaba el modelo dictatorial y buscaba un medio de prensa que los interpretara.

De ahí en adelante, tomada la decisión, el asunto fue ¿con qué medios? Caída del cielo apareció en mis manos una invitación para asistir en Caracas a la toma de posesión del segundo gobierno de Carlos Andrés Pérez el 2 de febrero de 1989. Allá partí en busca de otro invitado, Gabriel García Márquez. Lo encontré hospedado en el Hotel Tamanaco y le expliqué mis intenciones. Compartíamos

ese lenguaje sin ambigüedades que forjan una amistad de muchos años y la pasión común por el periodismo, «el mejor oficio del mundo» al decir del Gabo.

García Márquez se entusiasmó con el encargo —la vena del periodista palpitaba a todo trance— y me prometió emprender de inmediato la misión de reunir el dinero para devolver la vida a *PF*.

En esos días estaban en Caracas delegaciones de todas partes del mundo. Fidel Castro encabeza una numerosa delegación cubana. Yo nunca había asistido a una fiesta tan fastuosa como la que ofreció el mandatario socialdemócrata para festejar su regreso al poder. Se me quedó en la memoria un monumento a la gula: un enorme cisne de hielo sobre una plataforma de caviar.

Nadie podía imaginar que a fines de ese mes se produciría la masacre que pasó a la historia como el Caracazo. La represión —duró varios días en numerosas ciudades venezolanas — dejó miles de muertos, heridos y desaparecidos. Un decreto presidencial que alzaba el precio de la gasolina desató la furia del pueblo que se lanzó al saqueo de supermercados y al incendio de autobuses. El neoliberalismo una vez más —como había ocurrido en Chile — demostró que sin violencia y terror es incapaz de someter a un pueblo. Pero el Caracazo tuvo otra arista muy importante: dio más impulso a la rebeldía revolucionaria de la oficialidad bolivariana que promovía en el ejército un desconocido teniente coronel llamado Hugo Chávez Frías.

En breve tiempo recibí noticias positivas de García Márquez. Fui a reunirme con él en su casa del 144 de la calle Pedregal, Colonia San Ángel, en Ciudad de México. Y allí en la cocina de la casa, bebiendo un café, en presencia de Mercedes, su esposa, el Gabo me entregó la suma que había reunido. Suficiente para financiar durante un año y algo más la publicación de *PF*. Me prometió que juntaría algo más de dinero si las cosas marchaban bien. Fue una conversación breve: afuera, en su auto, me esperaban Her-

nán Uribe, del equipo fundador de *PF*, y su esposa, María Teresa Rambaldi, también periodista, que más adelante sería secretaria de redacción de *PF*, renacido de las cenizas.

En Chile, sin embargo, tuve que enfrentar dificultades que no había previsto. Por ejemplo, deambular de banco en banco —con dinero efectivo en la mano- para abrir una cuenta corriente. Ningún banco lo aceptaba porque yo carecía de todo antecedente comercial, ni siquiera deudas... Luego, había que inscribir Punto Final en el registro de marcas del Ministerio de Economía (y ya existía un PF, una marca de cecinas); iniciar el giro de la empresa en el Servicio de Impuestos Internos; inscribir la publicación en la Intendencia de Santiago y en la Biblioteca Nacional; negociar un convenio con una imprenta dispuesta a imprimir Punto Final; etc. Para todo eso se necesitaba un socio que tuviera los antecedentes bancarios y comerciales de los cuales yo carecía. No encontré muchos amigos que reunieran esas condiciones y que a la vez estuvieran dispuestos a aparecer como socios de PF en una escritura notarial. Hay que tener presente que Pinochet seguía en La Moneda, aun no entregaba la oreja por completo. El único que estuvo dispuesto a compartir el dudoso destino de la Sociedad Editora Punto Final S.A. fue Lenin Guardia. Por eso -más allá de su desgraciada historia posterior - siento reconocimiento por su gesto de entonces. Así lo atestigüé ante el tribunal del Partido Socialista cuando me invitaron a declarar en el proceso para expulsarlo de esa colectividad.

El último escollo para la reaparición de *PF* lo puso el Procurador General de la República, Ambrosio Rodríguez. Este funcionario de la dictadura recurrió a la Corte de Apelaciones para que impidiera la circulación de la revista. Aseguró que *PF* era una publicación «terrorista» de extrema izquierda. Afortunadamente los tribunales ya no estaban dispuestos a agachar el moño ante cualquier antojo de la dictadura y rechazaron el recurso del Procurador.

De este modo, el martes 15 de agosto de 1989, *Punto Final* Nº 193, estuvo otra vez en la calle. Retomó la numeración interrumpida en 1973 (aunque en Ciudad de México, Mario Díaz, José Carrasco, Hernán Uribe, Ruy Mauro Marini y otros compañeros, habían continuado esa numeración en *Punto Final Internacional* que editaron en el exilio).

Una franja en la portada advertía: Edición «demorada» 16 años. El titular era: Chile quedó en libertad condicional y el epígrafe: El que se ría de la Constitución se va al cuartel. El pensamiento de pie de página: «La única ventaja que les queda a los vencidos es no esperar ninguna», Virgilio.

El editorial era breve. Comenzaba pidiendo disculpas por el atraso de 16 años en reaparecer y en parte señalaba:

«Son muchos años de ausencia. Regresamos solo algunos de los que éramos. Pero con disposición de continuar el trabajo que interrumpió la fuerza bruta.

Cargamos con el dolor de las ausencias. Nos duelen los que no están. Ellos forman parte del ejército de siluetas inolvidables y queridas que marchan en las filas populares impulsando a los que se cansan, fortaleciendo a los que dudan, haciendo a un lado a los que desertan, calmando a los que desesperan.

Inspirados en ese ejemplo volvemos al trabajo. No nos sentimos en la obligación, hoy corriente, de afirmar que lo hacemos "sin odio ni rencores". Pero también lo decimos porque, en verdad, nos anima el optimismo y la confianza de siempre en nuestras ideas. Porque creemos en ellas es que también queremos decir: si bien no sentimos odio ni rencor contra nadie en particular, tampoco estamos aquí para "reconciliarnos" —otra frase en boga— con un sistema injusto, cruel e inhumano que es obligación y necesidad cambiar si en verdad se quiere extirpar el odio y el rencor entre los hombres».

El primer equipo de redactores en esta nueva época de PF lo conformaban jóvenes estudiantes de Periodismo que después siguieron sus propios caminos.

La mesa de redacción de la revista estaba — provisoriamente en el comedor de mi casa.

La muerte andaba cerca

Vivir en Chile legalmente, debo confesar, me tenía inquieto. Creo que en la clandestinidad me sentía mucho más seguro. Ahora estaba a merced de la represión que podía golpearme en el momento que le diera la gana. La preocupación aumentó porque detectamos vigilancia sobre nosotros. Con Flora no habíamos perdido el hábito de contra chequearnos y junto con mis hijas hicimos algunas pruebas que confirmaron seguimientos sobre nosotros.

A menos de un mes de la reaparición de *PF*, el 4 de septiembre de 1989, fue acribillado a tiros en la calle el joven dirigente del MIR Jécar Neghme Cristi, hijo de un dirigente del gremio de la salud del mismo nombre, asesinado por militares en octubre de 1973. La historia de este crimen en las postrimerías de la dictadura fue reconstruida en un proceso judicial. Por eso hoy se sabe que la fraguó y ejecutó la Central Nacional de Informaciones (CNI). Uno de los esbirros que participó en el asesinato, el capitán Luis Arturo Sanhueza Ross, confesó que la CNI estudió para ese atentado dos objetivos: Jécar Neghme y yo.1 Ambos fuimos vigilados y chequeados, elaborándose los respectivos planes de acción. Lo más siniestro de esta historia es que el proceso judicial — que duró 17 años – comprobó que la CNI vigilaba opositores a la dictadura y cometía crímenes para justificar su elevado presupuesto y los

Declaración de Sanhueza Ross al productor de TV Patricio Polanco. Además, Cofré, V. (2012). La Trampa, historia de una infiltración. Santiago de Chile: LOM. p. 122.

gastos extraordinarios de sus agentes. Si bien la investigación del asesinato de Jécar Neghme fue larga, pero llegó a resultados, no sucedió lo mismo con la condena para los culpables: ellos quedaron en libertad.²

El último zarpazo de Pinochet contra *Punto Final* ocurrió bajo el gobierno del presidente Patricio Aylwin. El ex dictador seguía siendo comandante en jefe del ejército. Consideró injuriosa una portada de PF (N° 247) y exigió al gobierno que invocara la Ley de Seguridad del Estado. Se inició así un proceso en la Corte de Apelaciones de Santiago. Simultáneamente el ejército abrió una causa en la 6ª Fiscalía Militar acusando a *PF* de «incitar a las tropas a la sedición». Fui detenido el 31 de octubre de 1991. Conservo la fecha en la memoria porque fue mi última detención. Bueno, creo que la última. Tuve un hábil abogado defensor: José Galiano, demócrata cristiano de izquierda, ex oficial del ejército, que logró mi pronta libertad y los procesos concluyeron sin mayores consecuencias para la revista.

² Punto Final Nº 621, agosto de 2006.

Capítulo 16 En la lucha política

Punto Final nunca se ha quedado en chicas. No se limita a las tareas propias de una revista. Es también un eficiente instrumento de acción política. Lo prueban las numerosas convocatorias que, sola o junto con otras organizaciones, ha hecho en el curso de los años.

En el periodo post dictadura esa tarea ha sido especialmente significativa. Una razón, por supuesto, es la ausencia de partidos o la crisis de los existentes. *PF* vino a desempeñar una tarea que es propia del órgano político y de su programa.

Al reaparecer en 1989, lo primero que intentamos —junto con Rafael Maroto— fue reagrupar fuerzas dispersas del MIR, en un esfuerzo por poner en acción una base orgánica que aprovechara experiencias y capacidades. Se hicieron algunas reuniones, incluso asambleas relativamente numerosas, pero no tardamos en darnos cuenta que nos proponíamos un objetivo irrealizable. El MIR se había fracturado en mil pedazos que se revolvían y peleaban entre ellos con suma ferocidad.

No obstante, tuvimos logros relativos en coyunturas precisas. El 4 de octubre de 1989 efectuamos en el teatro Cariola — repleto de público — un homenaje a Miguel Enríquez y a todos los caídos en la lucha contra la tiranía. El discurso de fondo estuvo a cargo de Maroto, sacerdote católico de excepcionales condiciones humanas, que había sido vocero público del MIR y su representante en el MDP. Debido a esa representación pública estuvo detenido y fue relegado cuando el Frente Patriótico Manuel Rodríguez atentó con-

tra Pinochet en el Cajón del Maipo. Rafael gozaba de gran prestigio y respeto en el seno del MIR. Aun cuando él puso en juego todo ese peso moral en un esfuerzo por reconstruir el MIR, no hubo caso. Fue entonces que decidimos aplicarnos a otros esfuerzos políticos que estimularan la unidad de izquierda más amplia.

El primer paso fue el Foro de la Izquierda Chilena que se inició con una asamblea en el Sindicato Nacional Telefónico. Pedro Vuskovic, que había sido ministro de Economía de Allende, aceptó nuestra invitación a encabezar esa asamblea que examinó el estado en que se encontraba la izquierda al término de la dictadura. Allí surgió un comité de auspicio (una especie de directiva) en que estaban Vuskovic, Maroto, Manuel Fernando Contreras (entonces del Partido Comunista) y yo.

El Foro efectuó asambleas en Ancud, Vallenar, Concepción, Copiapó, La Serena, Temuco, Valdivia, Rancagua, Valparaíso, y en comunas de Santiago; dio inicio a una campaña pro monumento a Salvador Allende y lanzó una campaña por la liberación de los presos políticos. De todo esto hay registro en las páginas de *PF*. El 26 de junio de 1990 llamamos a un acto por el 82º natalicio de Allende en el Teatro Cariola, en el que habló la ex diputada socialista Carmen Lazo, que pasó a presidir el comité pro monumento. Desde el exterior, Gabriel García Márquez apoyó la iniciativa y comprometió su colaboración. En paralelo dimos inicio a una campaña de solidaridad con Cuba. El 17 de agosto del año 90 celebramos el 25º aniversario del MIR con un acto en el Cariola que se había convertido — debido al bajo costo de su alquiler — en el escenario principal de nuestras convocatorias.

Hacíamos un esfuerzo muy importante para atraer al PC a un apoyo activo a esta tarea destinada a la formación de un nuevo eje de izquierda. La presencia de Vuskovic en esta tarea fue muy importante debido a sus excelentes relaciones con ese partido. Un primer apronte exitoso fue una asamblea del Foro de la

Izquierda en la Población La Victoria, en que participaron Gladys Marín, secretaria general del PC, Mario Palestro y el diputado Jaime Naranjo. En noviembre de 1990 se dio a publicidad un Llamamiento al Pueblo de Chile en que participó el PC y que llamaba a una «nueva unidad democrática y revolucionaria». Entre los firmantes también estaba el ex senador Rafael Agustín Gumucio, ex presidente de la DC. Para celebrar hicimos el 8 de noviembre un homenaje «a los combatientes del pueblo». Por supuesto, en el Cariola. Así nació el Comité por la Unidad de la Izquierda (CUI) con Pedro Vuskovic a la cabeza. El 18 de julio del 91 efectuamos un acto - dejo que adivines dónde - en que el PC participó con Gladys, Volodia Teiltelboim y otros dirigentes. En septiembre de ese mismo año, desde PF lanzamos la campaña Un litro de petróleo para Cuba junto con los compañeros Herman Carrasco, el médico Hernán Lechuga, Mario Palestro, Jorge Pavez (presidente del Colegio de Profesores), y muchos otros. La meta era juntar 840 millones de pesos. No se alcanzó, pero sí una suma considerable que se entregó a la embajada de Cuba. También se mandaron a la isla varias remesas de medicamentos. Asimismo, en noviembre, se dio a conocer una declaración pidiendo la libertad de los presos políticos que firmaban Andrés Aylwin, Máximo Pacheco, Jorge Arrate (presidente del PS), el obispo Carlos González (presidente de la Conferencia Episcopal), y el director de Punto Final. El año cerró con la publicación del Nuevo Programa de la Izquierda y la fundación del Movimiento de Izquierda Democrática Allendista (MIDA) con 662 delegados en el Sindicato Nº 1 de Madeco.

Sin embargo, ya se hacían sentir diferentes estrategias en el seno de ese movimiento político. A nuestro juicio se hacía necesaria la presencia de un partido de izquierda que agrupara a la vasta gama de tendencias de izquierda no comunista. El propio PC lo reconocía como una necesidad. En esas circunstancias nació en julio de 1992

la Fuerza Amplia de Izquierda (FAI) con Rafael Maroto, Pedro Vuskovic, ex socialistas como Robinson Pérez y Jaime Durán, y ex miristas como yo. Al mes siguiente iniciamos el proceso de inscripción legal en notarías. Juntamos las firmas necesarias (con apoyo del PC), pero en la revisión del Registro Electoral muchas firmas fueron objetadas y el trámite quedó nulo. No obstante, continuamos funcionando como FAI durante algún tiempo.

En enero de 1993, el MIDA convocó a la Asamblea Nacional del Pueblo para enfrentar la próxima elección presidencial con un candidato (o candidata) propio. Los candidatos eran: Gladys Marín (PC), el sacerdote Eugenio Pizarro, Mario Palestro (Movimiento de Recuperación Socialista), Eduardo Gutiérrez (Movimiento Pueblo Socialista) y yo (FAI). A esa altura Pedro Vuskovic, que era nuestro candidato natural, ya había muerto en México. No obstante se aplicó una iniciativa suya: una consulta popular sobre candidatos. Esta especie de plebiscito — cada persona podía votar por tres candidatos— se realizó en 102 comunas y arrojó los siguientes resultados: Gladys Marín, 38.265 votos; Eugenio Pizarro, 30.318; Mario Palestro, 26.873; Manuel Cabieses, 9.900; y Eduardo Gutiérrez, 8.135 votos.

El Partido Comunista tenía decidido que el candidato debía ser el sacerdote Eugenio Pizarro. Días antes de la Asamblea Nacional del Pueblo fueron a mi casa los dirigentes del PC, Jorge Insunza y Oscar Azócar, a pedirme — en aras de la unidad — que en esa Asamblea, el FAI retirara mi candidatura y apoyara a Pizarro, tal como se había comprometido a hacerlo Mario Palestro. Sin embargo, el FAI no estuvo de acuerdo y el 18 de enero de 1992 llegamos al Liceo A—92 de San Miguel, escenario de la Asamblea, con los ánimos algo encendidos. El debate se encrespó aún más al discutirse el método de votación. El PC planteó que cada delegado votara por dos nombres. FAI y MPS planteamos un delegado, un voto. Eran mil 340 delegados. Y todos sabíamos lo que iba a ocurrir.

La votación fue la siguiente: Gladys Marín, mil 117; Eugenio Pizarro, mil 102; Manuel Cabieses, 397; y Eduardo Gutiérrez, 104. Acto seguido, Gladys agradeció la primera mayoría y declinó la candidatura a favor de Pizarro.

Tres meses después, en abril de 1993, desde *PF* impulsamos el Foro de Cristianos Juan Alsina. Orientado por el teólogo Leo Wetli, uno de los grandes amigos de la revista, el Foro trabajó durante tres días recogiendo una valiosa experiencia. Quedó en claro, una vez más, que la jerarquía eclesiástica había desarticulado las comunidades cristianas organizadas bajo la dictadura en las poblaciones populares. Lo mismo había hecho la gobernante Concertación de Partidos por la Democracia con las organizaciones sociales, incidiendo en sus dirigencias para ponerlas al servicio de las políticas neoliberales que se impulsaban desde La Moneda. La democracia se había convertido en una prolongación del modelo impuesto mediante el terrorismo de estado.

En el curso de los meses siguientes, el MIDA, el FAI y otras orgánicas se disolvieron. El escepticismo continuó drenando fuerzas a la izquierda chilena. Una izquierda muy golpeada, sin capacidad de retomar una línea ofensiva que arrastre a grandes sectores de masas.

No obstante, en enero de 1995 volvimos a la carga desde las páginas de *Punto Final*. Esta vez planteamos echar a andar el Foro por la Democracia retomando la lucha por una nueva Constitución Política surgida de una Asamblea Constituyente, planteamiento que agitó el MIR en la lucha de resistencia contra la dictadura. Organizamos la Asamblea por la Democracia y la Justicia Social. De ese trabajo surgió el Frente Amplio de Acción Ciudadana que encabezaba Jorge Pavez ya en franca disidencia en el PC. La idea era construir una brújula política común para un vasto movimiento social. Fue ganando al PC y al PS y se concretó en un manifiesto muy importante — *El Chile que queremos* — publicado en *Punto Final*

en abril del 2001 (*PF* N° 495). Los firmantes éramos todos dirigentes sociales, en su mayoría comunistas y socialistas: Arturo Martínez (CUT), Jorge Pavez (Colegio de Profesores), Raúl de la Puente (Agrupación Nacional de Empleados Fiscales); Iván Mlynars (Federación de Estudiantes de la Universidad de Chile), Enrique Accorsi (Colegio Médico), Federico Quilodrán (Sociedad de Escritores de Chile) y yo (vicepresidente del Colegio de Periodistas).

Esta fue el acta de nacimiento de la Fuerza Social y Democrática que declaraba abiertamente su propósito de levantar «una fuerza política que surja desde el mundo social». La sinceridad de esa declaración, desgraciadamente, era muy relativa. A poco andar los vientos electoralistas volvieron hinchar las velas de los partidos Socialista y Comunista. La FSD siguió existiendo algún tiempo —aún existe en el Colegio de Profesores—, incluso le alcanzó el resuello para realizar un congreso en octubre del 2002. Sin embargo, para entonces ya había comenzado su fatal declinación. Una lástima, porque sigo creyendo que el camino para levantar una alternativa revolucionaria en Chile —capaz de construir una nueva institucionalidad democrática y de justicia social— es tarea de «una fuerza política que surja desde el mundo social», como en el 2001 planteaba la Fuerza Social y Democrática.

Capítulo 17 ¿El fin del comienzo? Amistad con Chávez

Los años 90 se nos fueron como el agua entre los dedos. Creo que para *Punto Final* fueron mucho más fructíferos de los que podría referir en esta conversación.

Hay acontecimientos que marcaron para la revista y para mí ese periodo. En primer lugar, entablar una relación de amistad personal e identidad política con el comandante Hugo Chávez que en 1999 iniciaría su gobierno con la fundación de la República Bolivariana de Venezuela dotada de una nueva Constitución elaborada por una Asamblea Constituyente.

Hugo Chávez es el personaje más atractivo que he conocido en mi larga vida. Un dínamo humano. Un dínamo al servicio de la revolución socialista en América Latina y el Caribe. Y a la vez un hombre de una sencillez y afabilidad en el trato difíciles de encontrar en líderes políticos y mandatarios de naciones.

A Chávez llegué gracias a José Vicente Rangel Vale, en ese momento su canciller y más tarde ministro de Defensa y vice-presidente ejecutivo. José Vicente es uno de mis grandes amigos venezolanos. Fue candidato presidencial de la izquierda en tres oportunidades y se le consideraba el «Allende venezolano». En efecto fue amigo personal de Allende y su trayectoria tiene mucho parecido con el presidente chileno. Proviene de un partido, Unión Republicana Democrática, de tendencia social demócrata como el PS chileno. Y como Allende, J. V. Rangel fue candidato presidencial de un vasto conglomerado de partidos izquierdistas, entre ellos el PCV.

No sé exactamente en qué términos José Vicente me recomendó al presidente Chávez, pero la calurosa acogida que éste me brindó es la que se reserva a viejos camaradas de luchas. De inmediato me sentí acogido como en la intimidad de una larga amistad. Conversamos en varias oportunidades y lo entrevisté para *Punto Final* otras tantas veces. Según un observador acreditado como el director de *Últimas Noticias* de Caracas, fui el primer periodista que hizo hablar a Chávez del socialismo del siglo XXI.¹ Pero, en realidad, hablamos de muchísimas otras cosas. Me inquietaba, a medida que transcurría el tiempo de esas conversaciones —mitad entrevista, mitad charla de amigos—que estuviera quitándole espacio a quehaceres más importantes. Pero Chávez no hacía caso de mis intentos —de los que ahora me arrepiento— por liberarlo de mi presencia.

Hugo Chávez era hombre de fuertes sentimientos, uno de ellos la gratitud. Conservaba por *Punto Final* una enorme gratitud porque fue el único medio que lo entrevistó cuando visitó Chile en 1994, cuando quedó en libertad después del fracasado golpe de estado de 1992.² Fui testigo en Miraflores, en la Casona y en el avión presidencial, de conversaciones íntimas de Chávez con sus hijas y con personeros de su gobierno. Estaba convencido, por ejemplo, que su primer ministro de Defensa, un general, que nos acompañaba en un vuelo, era hombre de la CIA. ¿Y por qué lo puso en ese cargo? «Para controlarlo mejor», fue su sonriente respuesta.

En la década del 2000, hasta ahora, la existencia de *Punto Final* ha sido posible gracias a la publicidad de Petróleos de Venezuela S.A. (Pdvsa). Esta comenzó con una orden del presidente Chávez que yo ni siquiera tuve que pedirle. Sucesivos presidentes de

¹ Todo Chávez. De Sabaneta al socialismo del siglo XXI. Eleazar Díaz Rangel, 2006, Editorial Planeta, pág. 205. Ver también *Punto Final*, N° 598.

² Ver Punto Final, No 327.

Con las FARC en los Llanos del Yare

En Punto Final Nº 458 (noviembre de 1999) se publicó lo que creo fue mi último reportaje en terreno. El objetivo era una entrevista a Manuel Marulanda (Tiro Fijo), el legendario comandante de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Llevaba una contraseña archivada en la memoria que me permitiría llegar a él. Pero primero fue un vuelo desde Bogotá a la pista de aterrizaje de San Vicente del Caguán, declarada zona desmilitarizada -aunque bajo control de las FARC- para el diálogo entablado con el gobierno del presidente Pastrana. Y desde San Vicente — un poblado ruidoso y desbordante de motos — a los Llanos del Yare, a 90 kilómetros. Allí a esperar al contacto de las FARC en una hospedería de camioneros. Al alba del día siguiente vinieron a buscarnos al fotógrafo Federico Vergara y a mí. En un manchón de bosque cercano nos esperaba el comandante Raúl Reyes, encargado de las relaciones internacionales de las FARC. A prudente distancia, cinco escoltas, uno de ellos una mujer. Ex empleado administrativo y dirigente sindical de la empresa Nestlé en Colombia, Raúl Reyes (Luis Edgar Devia Silva), iba a morir en el 2008 cuando su campamento en la frontera con Ecuador fue bombardeado. Pero ese día de octubre de 1999, estaba lleno de vida. La de un hombre de 49 años que abrazó la lucha armada porque en su país ya no había espacio para la lucha política y electoral independiente. Militante comunista, Reyes nos explicó que el PC colombiano «ha sufrido una merma muy grande, no solo en su militancia sino también en sus propuestas, en su iniciativa política, su liderazgo en la izquierda. Entretanto, las FARC han logrado llenar todos esos espacios y llegar a nuevos sectores. En la práctica las FARC es un partido comunista; se orienta por los principios del marxismoleninismo pero no los considera un dogma sino una guía para el desarrollo de la actividad revolucionaria. Las FARC, además, se nutre del pensamiento del Libertador Simón Bolívar. Somos bolivarianos».

Conversamos largo a la sombra de un árbol frondoso. Entrevistar a Marulanda, me dijo, era imposible...por ahora. Eso por ahora podía prolongarse semanas o meses.

Tiempo después Luis Devia, el canciller de las FARC, estuvo en Chile. Sostuvo conversaciones con el gobierno y partidos políticos. Vestía correcto traje, camisa blanca y corbata. La tenida que corresponde a un diplomático. No lo vi en esa oportunidad, preferí quedarme con la imagen de Raúl Reyes, el guerrillero.

Edwards y la Revolución Francesa

El 9 de enero del 2001 solicité al Colegio de Periodistas un sumario para expulsar a Agustín Edwards Eastman, dueño de El Mercurio y su cadena de periódicos, por su responsabilidad en el golpe de estado de 1973. Lo acusé de traición a la patria adjuntando toda la documentación que probaba su responsabilidad en el golpe de estado de 1973. Edwards había pedido personalmente al presidente Nixon la intervención norteamericana en Chile. El sumario en el tribunal regional de ética y disciplina del Colegio de Periodistas duró más de tres años y no llegó a nada. Mejor dicho, a menos que nada, aduciendo que «las opciones ideológicas y políticas del propietario de un medio de comunicación para oponerse o defender un régimen político, bajo cualquier circunstancia, entran en el campo de la libertad de conciencia que un tribunal de ética no puede juzgar, puesto que constituye una garantía básica de los derechos del hombre, consagrados desde la Revolución Francesa y garantizado en el artículo 25 de nuestro Código de Ética...».

Me gustaría dejar constancia en esta conversación de mis puntos de vista. En mi apelación a ese fallo dije: «Mi acusación está dirigida contra el periodista Agustín Edwards Eastman. Mi acusación no es contra el empresario Edwards. Los principios éticos de los periodistas, que recoge nuestro Código, son muy diferentes a los de los propietarios de los medios. Mientras los primeros concebimos nuestro oficio como una función social y de servicio a la comunidad, los propietarios de los medios hacen de la información una mercancía que como todo producto de una industria o comercio, tiene por finalidad el lucro y además, en este caso, el poder político e ideológico. La filosofía liberal que inspira el fallo del tribunal raya en lo ridículo al invocar — en beneficio de Edwards — los derechos del hombre "consagrados desde la Revolución Francesa". Los principios de libertad, igualdad y fraternidad fueron precisamente pisoteados en Chile durante 17 años como resultado de las gestiones que Edwards realizó en Washington para generar el Golpe de Estado de 1973».

El fallo posterior del tribunal nacional de ética del Colegio de Periodistas, corroboró la sentencia de primera instancia de modo que Edwards, el traidor, salvó el cuello gracias a la Revolución Francesa que sin duda lo habría enviado a la guillotina junto con Luis XVI.

Cuando hacemos esta conversación, a mediados del 2015, Edwards ya no pertenece al Colegio de Periodistas. Finalmente fue expulsado por una violación mucho menor de la ética que la traición a la patria. Algunos de los actuales dirigentes del Colegio de Periodistas han admitido que Edwards no fue expulsado hace 14 años para no crear problemas al gobierno de la Concertación. Aunque los sectores políticos en La Moneda y en la directiva del Colegio hoy son los mismos de entonces, los tiempos sí han cambiado. La respuesta de Edwards a su expulsión consistió en ignorarla y redoblar, en cambio, las presiones de su cadena de diarios sobre el gobierno para desanimarlo a llevar adelante su programa de tibias reformas.

La publicidad estatal

No quisiera terminar esta conversación sin referirme a otra de las batallas de *Punto Final*. Me refiero a la demanda que hemos venido haciendo para que el Estado incluya en sus inversiones en publicad a los medios escritos y audio visuales independientes. Actualmente ese gasto se concentra en el duopolio de la prensa: *El Mercurio* y Copesa (*La Tercera*). Esta situación pone en peligro la existencia misma de la prensa independiente. *Punto Final*, que llega a los 50 años de vida, es una excepción, una longevidad no conocida por otros medios. Un investigador norteamericano, Ken Dermota, sostiene en su libro *Chile inédito*. *El periodismo bajo democracia* (2002):

«El obstáculo más significativo para una prensa libre y abierta en Chile no es la ley, sino la concentración de la propiedad en un extremo del espectro político».

Y agrega: «El periodismo en Chile no está cumpliendo su responsabilidad social como institución democrática».

La periodista María Olivia Mönckeberg es autora de un excelente estudio sobre este tema: Los magnates de la prensa. Concentración de los medios de comunicación en Chile (2009). Lo mismo Walter Krohne, profesor de la Academia de Humanismo Cristiano. Su libro Las dos caras de la libertad de expresión en Chile (2006) trata a fondo el asunto.

No nos vamos a citar, pero *PF* ha dedicado muchas páginas a denunciar la concentración del poder mediático y cómo el Estado —el de todos los chilenos — contribuye en buena medida a sostener la privilegiada situación del pensamiento conservador en la prensa nacional.

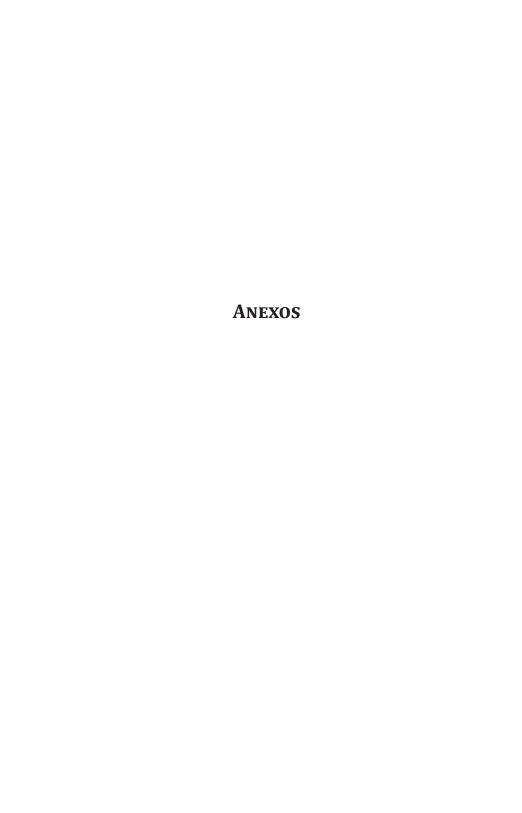
Eso nos llevó — en septiembre del 2006 — a denunciar esta situación a la Fiscalía Nacional Económica. Quisimos usar las mismas leyes que dicen proteger la libre competencia en Chile, sabiendo

desde luego, que esa libre competencia es un mito sometido a la voluntad de los monopolios y grandes conglomerados. La Fiscalía acogió nuestra denuncia y abrió una investigación que obligó al Estado a defenderse. El duopolio tuvo que informar de sus ingresos por publicidad estatal. No obstante, como era previsible, la Fiscalía no encontró mérito para reprobar la forma en que el Estado distribuye su publicidad. Recurrimos entonces al Tribunal de Defensa de la Libre Competencia (TDLC), al cual presentamos los testimonios de periodistas, políticos y publicitas, competentes como testigos de cargo. El fallo del TDLC también nos fue adverso. La sentencia Nº 89 del 12 de noviembre del 2009, no obstante, señala que el Tribunal «estima importante realizar algunas consideraciones respecto de las características del mercado de los medios de comunicación escritos y la necesaria coherencia que debe guardar la forma en que se asigna el avisaje estatal con dichas características». En síntesis, afirma que «desde el punto de vista de la competencia en este mercado, es deseable que los órganos del Estado que avisan en los medios escritos de comunicación, recaben al menos la información mínima indispensable para poder decidir qué medio es el más idóneo para transmitir un determinado mensaje». Con nuestro abogado — Alberto Espinoza Pino — recurrimos a la Corte de Apelaciones de Santiago, donde se efectuaron los alegatos de Punto Final y del Consejo de Defensa del Estado. La Corte, desde luego, nos dio con el mocho del hacha. Ni aun así nos dimos por vencidos: presentamos el caso a la Comisión Interamericana de Derechos Humanos, en Washington. Nuestra denuncia fue formalmente aceptada y así se nos notificó. Pero duerme el sueño de los justos en alguna gaveta de un oscuro escritorio.

Me gusta pensar que algún día cambiará la injusta situación de la prensa independiente respecto al avisaje estatal. Pero mi optimismo decae cuando observo que cada vez somos menos los medios independientes en Chile. Y, por el contrario, cada vez son más fuertes los instrumentos para la batalla de ideas en manos de la oligarquía.

¿Que si me siento cansado después de medio siglo a cargo de *Punto Final*? Sí, claro. Ya cumplí 82 años. Está por llegar el tiempo del retiro, voluntario o forzoso. Alguien más joven debe asumir esta responsabilidad. Vienen muchas batallas en las que *PF* debe participar.

Dicho esto ¿te parece que pongamos punto final a esta conversación? Agradezco tu trabajo y el de los compañeros y compañeras que editarán estas grabaciones. Gracias a todos ustedes.



Venezuela OK / Prólogo

Fabricio Ojeda

Venezuela es en estos momentos uno de los principales focos de la atención internacional. Su situación geográfica, sus inmensas riquezas petroleras y mineras, las elevadas inversiones imperialistas y la lucha que en el país está librándose con denodado heroísmo, constituyen los factores principales de esta atención que converge, no sólo a la actualidad nacional, sino sobre la suerte futura que indudablemente está ligada al proceso revolucionario que sacude las entrañas mismas de la nación.

Muchos periodistas extranjeros, numerosos observadores políticos, han dedicado gran parte de su trabajo a analizar y divulgar los elementos e incidencias de un movimiento político dinámico que se abre en perspectivas ciertas de victoria. Y Manuel Cabieses, que ha vivido esta realidad, escribe sobre ella con pasión extraordinaria. Lo hace en forma objetiva, realista, sin caer en exageraciones, ni frases rebuscadas. Su lenguaje es sencillo, directo, cáustico siempre. Él describe todo nuestro proceso revolucionario con base en datos que el ejercicio del periodismo y su capacidad de investigación le han puesto en las manos. Los maneja con destreza, a la vez que con mesura y acierto.

Su reportaje — como el mismo califica — constituye uno de los documentos más valiosos que para el conocimiento y comprensión de la lucha del pueblo venezolano, haya podido publicarse. Y aunque el libro está dedicado especialmente a los lectores extranjeros, tiene gran interés para los nuestros, que en él encontrarán lo más

vivo de una lucha apenas en comienzo. Y es que ya ella está sembrando de hechos trascendentes de acciones históricas, que no pueden pasar inadvertidas, ni callarse, sin faltar a la verdad.

Cabieses lo comprende así, lo entiende de esta manera y narra los hechos, analizas las causas y los califica sin ambages. Es un proceso revolucionario en marcha que nadie puede detener ni nada puede frenar, porque el pueblo venezolano —heroico y decidido a lo largo de su historia – ha comprendido que sólo en la revolución encontrará las bases de una nueva vida, libre de explotación, miseria e ignorancia. Y que ésta no puede llegar por generación espontánea, sino que es preciso realizarla, aún a costa de los mayores riesgos y sacrificios. Poco le ha importado la represión salvaje, el crimen ni la tortura que el gobierno de Rómulo Betancourt ha practicado sin compasión alguna. Y cuando unos caen acribillados o prisioneros, otros avanzan con mayor coraje y decisión, sin importarles correr la misma suerte. Es aquí, precisamente, en esta valentía redoblada, donde radica la razón fundamental de la victoria segura. Nadie en Venezuela duda sobre el destino promisor que le espera y esta claridad de pensamiento hace más violenta la reacción de quienes aspiran a dominar eternamente, a oprimir para siempre. Las clases dominantes -el imperialismo y sus aliados nacionales – se hacen cada día más agresivas y criminales. No se detienen ante nada, ni siquiera ante los principios fundamentales de la Constitución Nacional, que sus representantes más conspicuos, como el Presidente Betancourt, se jactan de respetar en la esencia democrática del régimen.

Nada ha permanecido incólume frente a su furia terrorista. Ni las instituciones más elevadas de la democracia representativa, como el Parlamento; ni el respeto a la vida que la legislación fundamental consagra; ni los más elementales derechos del hombre, como el de la libre expresión del pensamiento, el de reunión, el de agruparse en partidos políticos, la libertad de trabajo o el derecho a

la enseñanza, son respetados ni acatados. Para el gobierno venezolano no hay dique que pueda contenerlo. Las obligaciones legales son apenas letra muerta que en nada parece comprometerlo. Todo el asidero del sistema «democrático liberal — burgués»; sus principales pilares se han ido al suelo, han quedado inexistentes ante la violencia desatada con furia ultramontana.

Nuestro pueblo no se ha amilanado ante los más duros golpes. Y en cada caso ha sabido responder con igual o superior agresividad. La violencia oficial lo ha obligado a dominar nuevas formas de lucha, hasta llegar a utilizar los mismos métodos, las mismas prácticas que, al principio, constituyeron sus elementos esenciales de autodefensa, pero que al correr del tiempo, una vez superada y mejorada la organización, crecido el sentimiento hostil, pasaron a ser realidad estratégica ineludible. Y a estas alturas de la lucha, cuando atrás han quedado numerosas víctimas, ya el combate, autodefensivo primero, cobra distinta dimensión y persigue nuevos objetivos: el triunfo de la revolución para liberar al país de las coyundas imperialistas y a su pueblo del atraso, la explotación y la miseria.

Una vanguardia aguerrida, constituida en su base fundamentalmente por la juventud, se ha propuesto abrirse paso y conquistar el triunfo. En todos los sectores que integran la sociedad venezolana, desde la burguesía nacional hasta los más humildes y desposeídos, pasando por efectivos de la Institución Armada, se aglutinan en un movimiento casi sin precedentes en nuestra historia, con la firme decisión de lograr una vida distinta, nueva, capaz de transformar las carcomidas instituciones de un sistema violento y represivo, donde la injusticia y el privilegio son su asidero principal.

Esta lucha armada, que es la esencia del camino escogido, no es solamente, de los deseos e inquietudes de una generación, formada en el sacrificio, acrisolada en el combate cotidiano, sino resultado de condiciones objetivas, claras, precisas. Es, por sobre todas las

cosas, expresión de una situación insoportable que nadie, ni el más insensible, puede mirar con indiferencia. Todos hubiésemos preferido que la suerte de Venezuela hubiera podido decidirse en forma pacífica, cívica, porque esta solución evitaría la pérdida de vidas preciosas, la destrucción de instrumentos y medios útiles para el progreso y el desarrollo. Pero desgraciadamente, las clases dominantes lo han impedido con todos los recursos a su alcance. Y a nuestro pueblo no le ha quedado otro medio que recurrir a la violencia, dominar sus métodos, para alcanzar el sagrado objetivo. Sabemos que esta lucha es dura y difícil, larga y compleja, más no por eso escatimamos esfuerzo alguno para llevarla a su fin, seguros que con él alumbrarán la paz, el sosiego y la tranquilidad. Y que, además se logrará la solución definitiva de los grandes problemas que sacuden la existencia nacional y el alma misma del pueblo.

Venezuela es hoy un volcán en erupción. Es un país sembrado de combatientes revolucionarios, agitado por una crisis profunda que polariza la lucha en dos grandes corrientes, en dos campos distintos; el uno, los sectores ubicados en el camino del progreso, de la liberación, de la justica. El otro, el de los factores conservadores, coloniales, opresivos. No es, como muchos pretenden fuera y dentro de nuestra frontera, un problema de inspiración comunista, que llevaría necesariamente a colocar su solución bajo las banderas de esa parcialidad ideológica; mucho menos, obedece a lo que se ha dado en llamar la «importación de la Revolución Cubana» o el trasplante a nuestro país de los métodos, fórmulas y procedimientos utilizados por otros pueblos, de acuerdo con sus propias realidades históricas. Es claro, meridionalmente claro, que Venezuela tiene planteado ante sí una revolución de carácter nacional que responde a la realidad de sus estructuras, de su desarrollo económico y su existencia social, cuyas principales características son las de una nación intervenida por el imperialismo norteamericano, que controla y explota sus principales fuentes de riqueza y que, a través de

este dominio económico, impone la realización de una política que no corresponde a los anhelos y sentimientos colectivos del pueblo. De aquí que nuestra necesidad primordial es erradicar los factores de la dominación extranjera, la opresión de los grupos internos que sirven de intermediarios a aquellas políticas, para levantar en su lugar un régimen democrático, nacionalista, venezolano, capaz de resolver los grandes problemas que conforman nuestro drama nacional.

En este camino, la experiencia histórica del proceso venezolano, el poderío del enemigo a vencer, la ineficacia, demostrada durante los últimos cinco años, de la llamada «democracia formal o representativa», ha conducido a nuestro pueblo a la conclusión de que la conquista de los objetivos planteados —la libertad, independencia y desarrollo nacionales— no pueden conseguirse, sino por medio de la lucha armada, de la acción revolucionaria, que permita la toma del poder político por el pueblo y, en consecuencia, el ejercicio de una política democrática y popular que liquide la injustica, el privilegio y la servidumbre.

«He vivido cinco años en Venezuela, que es, por muchas razones —dice Cabieses—, mi segunda patria. Vi como el ímpetu revolucionario del pueblo, luego de deshacerse de una tiranía, pretendió enfrentarse a los intereses extranjeros que dominan al país. He visto como ese pueblo fue brutalmente estafado en sus aspiraciones por un líder y un grupo de dirigentes que hace un cuarto de siglo encarnaban, dentro y fuera de su patria, un ideal, que a pesar de ello sigue luchando sin descanso por rescatar la dignidad y conquistar la independencia de América Latina».

Y agrega: «Yo sé que los venezolanos triunfarán en su empeño... el coraje del pueblo venezolano será el factor determinante de la victoria».

Esta es la realidad.

Nuestro país no seguirá por mucho tiempo bajo la bota imperialista. No continuará llevando sobre sus espaldas la carga ignominiosa de la opresión ni el peso despiadado de una crisis económica y social que lo hace arrastrar en la miseria. Tampoco continuará siendo trampolín de ambiciones subalternas y egoístas, de líderes vencidos por la historia, de grupos minoritarios, de tiburones voraces e insaciables.

Lo aseguraremos así, tajantemente, sin el menor temor, porque sabemos de la gran capacidad combativa de nuestro pueblo, de sus extraordinarias reservas morales. Y lo que es tan importante como esto, porque está decidido —lo ha demostrado con hechos heroicos— a vencer o morir, y porque cuenta ya con organizaciones de vanguardia, mental y físicamente preparadas, para llevar adelante su ideal patriótico.

Ya en nuestras empinadas montañas los frentes guerrilleros han superado la etapa más dura y precaria. Son destacamentos fortalecidos por el apoyo campesino, animados e impulsados por el calor popular que los alienta con su ayuda moral y material. Y son ya focos invencibles que han derrotado sucesivas arremetidas del ejército. En los Estados Falcón, Portuguesa, Lara y la región oriental se halla consolidado el núcleo fundamental de la vanguardia armada de nuestro pueblo.

Por otra parte, las guerrillas urbanas, organizadas en pequeños Comandos: las UTC (Unidades Táctica de Combate), imprimen una mayor amplitud a la lucha revolucionaria y que, como la acción armada rural, mantienen viva la llama de la resistencia y el combate. Sus valerosos integrantes, con una abnegación indescriptible, desafían los mayores peligros, los más apremiantes riesgos, sin desmayar un momento. Esta abnegación y heroísmo les ha ganado la admiración colectiva y ha contribuido a elevar el fervor, la solidaridad y el apoyo de las masas populares que, al principio, se mostraban resistentes a las nuevas formas de lucha, y algunas

veces se veían confundidas por la recia y sostenida propaganda oficial.

El cuadro sería incompleto si no mirásemos a otro sector importante de la vida nacional: las Fuerzas Armadas, cuyas características en Venezuela le dan un aspecto distinto a los demás ejércitos latinoamericanos. En nuestro país, la inmensa mayoría de los oficiales y sub-oficiales profesionales de carrera proviene de las capas medias y humildes de la población, lo cual los hace más sensibles ante los problemas populares. Los grandes apellidos vinculados a la burguesía u otros sectores de las clases altas, están ausentes de las nóminas militares. Los mismos requisitos para el ingreso a las escuelas de formación de oficiales, entre los cuales figuran la obligatoriedad de tres años de estudio secundario, hace que los aspirantes pasen por los liceos de la República, donde existe un alto grado de politización entre el estudiantado. No hay que olvidar que los estudiantes de liceos (Institutos de Educación Secundaria) y universidades, constituyen los factores más radicalizados de la juventud que es, indudablemente, sobre la cual recae el mayor peso de la lucha actual.

Es asimismo cierto que, dadas las condiciones del proceso histórico—militar venezolano y las realidades de una democracia social efectiva, se ha imposibilitado el establecimiento de normas restrictivas que pudieran hacer de nuestras Fuerzas Armadas un instrumento clasista que, como tal, respondiera exclusivamente a la defensa de sus intereses. No se puede hablar, por tanto, de una casta militar en Venezuela, a pesar de estar las Fuerzas Armadas al servicio de intereses extraños contra los cuales se comienza a observar una profunda reacción.

La oficialidad venezolana es, por aquellas y otras razones, por el alto concepto del patriotismo arraigado en su mayoría, un sector altamente receptivo y asequible a una línea de acción de carácter nacionalista, revolucionario, que tienda a instaurar un régimen democrático, de contenido popular y nacional, para la liberación del país y su desarrollo económico independiente. Prueba de ello la encontramos en las proclamas y documentos en los cuales los oficiales insurgentes explicaron los movimientos del 4 de mayo en Carúpano y del 2 de junio en Puerto Cabello.

Su contenido doctrinario, su basamento ideológico, demuestran lo avanzado del pensamiento político; revelan la concepción democrática de quienes, habiéndose formado en la disciplina castrense, no han dejado de sentir los problemas de su pueblo ni de escuchar el clamor general por una vida distinta, donde la reconquista de la soberanía nacional y la recuperación de las riquezas, en manos de los monopolios extranjeros, constituyen los lineamientos y principios esenciales.

Nuestra lucha no es, como muchos lo han afirmado, una lucha entre el pueblo y el ejército. Así lo han comprendido gran parte de los oficiales que día a día se sienten más identificados con ella. Hay ya militares de carrera, egresados de sus escuelas, en los Comandos y dirección de los frentes guerrilleros, y otro gran número repudian al presente régimen. Muchos de éstos están agrupados en las Fuerzas Armadas de Liberación Nacional (FALN), instrumento principal de la lucha revolucionaria. En el Estado Mayor de éstas se dan la mano desde el militar católico de formación eminentemente castrense, hasta universitarios de ideas radicales que en las montañas del país comandan las acciones guerrilleras. La nueva Institución — brazo armado del Frente de Liberación Nacional — constituye el paso más trascendente en la unificación de las fuerzas que, con claras perspectivas, combaten la pseudodemocracia, la dictadura mejor, que oprime y persigue a nuestro pueblo.

No se trata, pues, de organizaciones gregarias, de brigadas autodefensivas del pueblo, sino de instituciones revolucionarias permanentes — síntesis del deseo general de las mayorías nacionales — que avanzarán en su anhelo de conquistar la independencia

del país y establecer un gobierno de contenido nacionalista que garantice el desarrollo económico y el progreso social del país. Y si de algo todos estamos convencidos es que esta lucha no concluirá, sea cualquiera la suerte inmediata, hasta no lograr el objetivo esencial: la Liberación Nacional.

Los cinco capítulos de la obra de Cabieses recogen esta realidad incontrovertible. Sus páginas son testimonio de una decisión que nada podrá impedir su cumplimiento. Venezuela vive la hora más apasionante de su historia en la lucha por la nueva independencia. Es un proceso que arranca de las gloriosas gestas del pasado que, bajo la guía genial del Libertador Simón Bolívar, sacudieron la América, destrozaron cadenas y crearon un sentimiento anticolonial que vive en lo más hondo de su pueblo.

En esta hora no se trata de nada distinto, sino de reafirmar la fe patriótica de los creadores de la nacionalidad venezolana y revivir en la distancia y en el tiempo, el sagrado principio de que Venezuela es y será siempre un país libre e independiente de toda tutela extranjera.

Fabricio Ojeda Trujillo, Cárcel Nacional, agosto de 1963.

Primera Asamblea de Periodistas de Izquierda

Declaración de la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda

En la ciudad de Santiago, los días 9, 10 y 11 de abril de 1971, en la Sala de la Reforma de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile, se reunió la Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda. Trescientos veinte delegados acreditados en representación de 640 periodistas que laboran en diarios, revistas, radios, canales de televisión, servicios de relaciones públicas y organismos de difusión del Gobierno Popular desde Arica a Magallanes, junto a profesionales jubilados y estudiantes de periodismo, nos reunimos para analizar el presente y el futuro de los medios de comunicación de masas en Chile y estudiar formas concretas para entregar nuestro aporte y sacrificio al proceso revolucionario que ha iniciado nuestra Patria. Con igual espíritu han tomado parte en sus debates treinta delegados fraternales y cincuenta y cinco invitados.

La participación en la sesión inaugural de nuestra Primera Asamblea Nacional del compañero Presidente, Salvador Allende, constituye un hecho que acrecienta el significado del compromiso que hoy asumimos todos los periodistas de izquierda de Chile. La presencia de los dirigentes y parlamentarios de los partidos y movimientos de la Unidad Popular, de Ministros del Gobierno Popular y jefes de los servicios encargados de la difusión de las realizaciones del Gobierno, de dirigentes de la Central Única de Trabajadores y de organizaciones campesinas, ha servido también

para señalar la trascendencia de esta Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda, contribuyendo a dar amplitud y profundidad a los debates y resoluciones. Los periodistas de izquierda valoramos asimismo muy especialmente y agradecemos el significativo saludo enviado a nuestra Asamblea por un grupo de periodistas de izquierda, militantes de la Democracia Cristiana.

La Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda se ha reunido en un instante decisivo del proceso político y social que vive el país. Las masas trabajadoras chilenas están luchando por la construcción del socialismo y los sectores reaccionarios preparan nuevos planes sediciosos para golpear al Gobierno de la Unidad Popular. Los periodistas de izquierda, en el curso de la Asamblea Nacional, luego de discutir profunda y ampliamente esta situación, han resuelto elevar su participación en este proceso histórico, junto a la clase trabajadora, poniendo toda su capacidad y entusiasmo al servicio de la tarea que se han trazado los trabajadores del país.

Los periodistas de izquierda han constatado que en este enfrentamiento entre los sectores revolucionarios del pueblo y la minoría oligárquica reaccionaria, la lucha ideológica adquiere una principal relevancia. El pueblo, tal como ha señalado el compañero Presidente de la República, está luchando por romper la dependencia económica que a la vez significa dependencia política. La lucha popular se estrella, sin embargo, con la propaganda de sus enemigos, la burguesía monopólica y el imperialismo, que poseen la gran mayoría de los medios de comunicación de masas. De esta realidad, que se convierte en un lastre en el avance del pueblo chileno hacia el socialismo, se desprende que los periodistas, como parte de la clase trabajadora, deben luchar activa y organizadamente para rescatar esos medios de comunicación para las grandes mayorías nacionales.

Somos periodistas comprometidos y no lo ocultamos. Somos herederos legítimos del fraile Camilo Henríquez, fundador de la

«Aurora de Chile» en los días de la independencia, de Luis Emilio Recabarren, sembrador de periódicos obreros, de Luis Meza Bell, periodista combatiente contra la dictadura y de Elmo Catalán, soldado de la lucha por la liberación latinoamericana.

Entendemos que nuestra más alta misión consiste en apoyar y defender el Gobierno Popular conjuntamente con todos los trabajadores. Estamos conscientes de que a través del llamado periodismo «objetivo», los explotadores tratan de hacer tragar su ideología a las masas bajo las formas más sutiles, pero no por eso menos agresivas. Sólo es verdaderamente objetivo el periodista que se identifica con el gran proceso histórico, revolucionario, que en estos días agita al mundo y que levanta su trinchera victoriosa en nuestra patria. Estamos con Vietnam, con Cuba y con todos los pueblos que hoy construyen el socialismo, que luchan por su independencia, que combaten contra la represión y las torturas. Como periodistas revolucionarios estamos con la verdad, porque la verdad es siempre revolucionaria.

Los periodistas de izquierda se hacen un deber reconocer la ayuda y cooperación que las agencias de noticias de los países del área socialista han prestado para ayudar a romper la cortina de mentiras que el imperialismo ha tendido en torno a Chile, y de manera muy especial a «Prensa Latina», que en nuestro continente ha difundido la verdadera realidad de nuestro país.

El pueblo chileno ha iniciado la recuperación de sus riquezas y el control de los centros económicos vitales, que comienzan a pasar de los grupos explotadores nacionales y extranjeros a manos del pueblo. Sin embargo, esos ávidos grupos explotadores siguen teniendo el control mayoritario de los medios de comunicación de masas, especialmente en el campo de la prensa escrita y la radiotelefonía. No dudamos de que el proceso en marcha terminará tarde o temprano, con esta situación y que llegará el día en que la prensa,

la radio y la televisión estarán plenamente al servicio del pueblo chileno y no contra él.

La Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda ha comprobado con satisfacción que nuevos caminos de acción se abren en los medios de comunicación de masas. Junto a la prensa popular y revolucionaria, que en condiciones difíciles sirvió de decisiva palanca al desarrollo victorioso del movimiento popular chileno y que sigue prestando su aporte combatiente, surgen nuevas experiencias, como la creación de la Editorial Quimantú, de propiedad del Estado y otras que se advierten en los campos de la prensa, la radio y la televisión.

En este momento vivimos una etapa de transición en la lucha por la socialización de los medios de comunicación. Los periodistas ya no aceptan el papel de amanuenses de la defensa de los intereses de la burguesía. En los diarios «El Sur» de Concepción y «La Mañana» de Talca, pertenecientes a grupos ultra reaccionarios, los periodistas, con su lucha denodada, han conquistado el derecho a expresar sus propias opiniones en columnas firmadas en el mismo diario. Estas y otras formas de ataque al actual control de los medios de información, en una lucha concertada de los periodistas de izquierda, seguirán abriendo paso en el futuro a la concretización plena del derecho de los periodistas a informar verazmente al pueblo.

En lo que se refiere al contenido mismo de la información debemos contribuir a colocar a la izquierda en la ofensiva ideológica y política para movilizar a las masas e impedir que se mantengan en una actitud pasiva y expectante respecto de las medidas del Gobierno.

La llamada «libertad de prensa» que defienden los empresarios de la noticia sirve sólo a sus intereses. La auténtica libertad de prensa entendida como el derecho y el deber de informar veraz, oportuna y lealmente, es la única consecuente con la lucha de los trabajadores. Y en definitiva estamos conscientes de que tal libertad no se logrará plenamente mientras grupos financieros nacionales y extranjeros y sectores de terratenientes mantengan bajo su dominio gran parte de las comunicaciones de masas de Chile.

Los periodistas de izquierda denunciamos ante el país la acción sediciosa que llevan a cabo algunos órganos que todo el país identifica. Sus financistas, organizadores, inspiradores y los seudoperiodistas que a través de ellos agreden cada día al pueblo de Chile, son agentes de los enemigos externos e internos del pueblo que pretenden socavar y derribar a nuestro Gobierno, son delincuentes y traidores, que no pueden ser considerados periodistas. Son miembros de la misma conjura que se materializó con el asesinato del General René Schneider. La denuncia y la lucha contra ellos en el seno del gremio de periodistas no pueden tener cuartel.

Reconocemos bajo este régimen pluralista, el pleno derecho del periodista a discrepar, a tener sus propias posiciones de principios.

Lo que no podemos aceptar es que se confunda este derecho con el derecho a mentir, a falsear la realidad, a atentar contra la seguridad de Chile, a darles argumentos a los enemigos de nuestro país, porque ello constituye traición a la patria y es la negación del periodismo.

Frente a la acción publicitaria que fuera y dentro de Chile llevan a cabo contra el Gobierno los personeros de los intereses afectados por el actual proceso de cambios, los periodistas de izquierda saludamos y acordamos nuestra más decidida adhesión a la Operación Verdad a que ha llamado el compañero Presidente Salvador Allende. Entendemos que nuestro mejor aporte a esta cruzada consistirá en poner todo nuestro esfuerzo en dar a conocer al pueblo de Chile las realizaciones y el significado de la labor del Gobierno Popular. Creemos en el sentido revolucionario de nuestra profesión periodística. Estamos dispuestos a trabajar sin horarios y sin descanso y entregar el aporte de nuestro trabajo voluntario en la

construcción del nuevo Chile, especialmente en el campo de nuestra labor específica y en estrecho contacto con las masas populares. Para convertir el periodismo en eficaz arma de lucha nos esforzaremos por superarnos profesionalmente, para perfeccionarnos desde el punto de vista político y técnico. Consideramos que uno de los deberes del periodista revolucionario es el de ser un trabajador eficiente al servicio de la revolución.

Entendemos que el periodista de izquierda debe tener una sólida conciencia revolucionaria y una acrisolada honestidad profesional. No basta hacer declaraciones de adhesión a la causa de los trabajadores si, paralelamente, se cae en la vieja corruptela burguesa de ineficacia en el trabajo y pechas económicas más allá de lo que honestamente corresponde recibir para llevar una vida digna.

Los periodistas de izquierda estamos conscientes de que tenemos una responsabilidad frente a todo el gremio de periodistas. Debemos desarrollar el diálogo con todos los sectores de periodistas que aún no comprenden el compromiso que, como trabajadores, todos debemos asumir frente a la acción que lleva a cabo nuestro Gobierno. En relación con la ley actualmente en trámite en el Parlamento, esta Asamblea estima que es necesario su reestudio para introducir en los mecanismos legales que rigen al Colegio de Periodistas, todas las modificaciones que sean necesarias con el objeto de democratizarlo y que, junto con cautelar la solución de problemas tan graves como la cesantía profesional y el reducido campo ocupacional, tenga presente el consenso general de los periodistas de izquierda de que es necesario asegurar el acceso al ejercicio del periodismo de los trabajadores, de tal manera de hacer posible su participación en todos los medios de comunicación de masas. A la vez estimamos que ha llegado la hora de constituir una gran federación sindical que agrupe a todos los trabajadores de los medios de comunicación de masas. Para estos efectos recomendamos a los sindicatos de periodistas ya existentes que tomen la iniciativa al respecto.

Creemos necesario estructurar en la base del pueblo y en relación con los Comités de Unidad Popular, los Centros de Comunicación Popular, a cumplir la Operación Verdad y a difundir las realizaciones del Gobierno Popular. Esta convivencia servirá a su vez para extraer de las bases proposiciones creadoras para que así participe el pueblo en la determinación de su cultura.

En esta Asamblea, en que hemos logrado la plena unidad de los periodistas de izquierda, trabajando sobre la base de acuerdos unánimes, resolvemos crear una Comisión Nacional Relacionadora de los Periodistas de Izquierda. Esta Comisión está con la Unidad Popular y el Gobierno que preside el compañero Presidente Salvador Allende y sus medidas y cumplirá los siguientes objetivos:

- a) Impulsará la organización de los comités de la Unidad Popular en los medios de difusión en que aún no existan y propenderá al fortalecimiento de los que se hallan en actual funcionamiento.
- b) Relacionará entre sí a esos comités y deberá recoger e impulsar las iniciativas creadoras que surjan de esos comités.
- c) Tratará que en el plazo de 90 días los sindicatos de los medios de comunicación de masas constituyan una gran federación sindical que agrupe a todos los trabajadores de esos medios.
- d) Organizará cursos y seminarios de capacitación.
- e) Coordinará el trabajo voluntario de los periodistas de izquierda, y
- f) Prestará todo su apoyo a la Operación Verdad.

La Comisión entregará al Gobierno del compañero Salvador Allende las sugerencias y documentos emanados de esta Primera Asamblea Nacional de Periodistas de Izquierda.

Santiago, abril 11 de 1971

Carta a mi mujer

En el Primer Encuentro Latinoamericano de Periodistas (Caracas, octubre de 1974) fue leída esta carta que Manuel Cabieses enviara desde el Campamento de Prisioneros de Chacabuco a su esposa, Flora Martínez, el 3 de septiembre de ese año:

«Flora: poco que decir, apenas observar que en unos días más cumpliré un año preso. El tiempo ha corrido rápido. La prisión se hace menos dura cuando se piensa que uno no es el centro del problema. Lo que pasó en Chile afectó a todo un pueblo. Cada uno de nosotros sólo es una parte insignificante de un drama enorme. Despersonalizar nuestra situación nos permite comprender mejor lo que empezó a ocurrir hace un año. Nos hace más conscientes de nuestras responsabilidades y de lo importante que es mantenerse serenos y firmes. Es nuestra contribución al valor y la fe de muchos. La situación de ustedes, allá afuera, es comparativamente mucho peor que la nuestra. A nosotros nos gustaría alentarlos a ustedes -nuestras mujeres e hijoshaciéndoles saber que estamos firmes y enteros, confiados en el futuro. Tengo fe en ti y en los niños, que no se dejarán arrastrar por la desesperación ni abrumar por la adversidad. Ustedes han soportado bastante y aún tendrán que soportar mucho más. Pero estos golpes sólo endurecerán nuestro ánimo y nos darán una experiencia que a su tiempo madurará fructífera. Creo recordar el sentido de una frase de Martí: nadie muere en vano; su sacrificio en el ir y venir del tiempo se traduce en formas más elevadas

del desarrollo humano, en formas sociales más justas, en un pensamiento más avanzado que pondrá atajo a la barbarie y a la violencia de la explotación. Me parece que esta es la experiencia que deja lo ocurrido. Lo fundamental no ha sido destruido. Sigue latiendo en el vientre del pueblo y a su hora nacerá bajo formas nuevas. Es el curso que sigue la historia. Este retraso artificial va contra el sentido natural que siguen las fuerzas sociales. Por eso este período es tan anacrónico y brutal. Eso explica que se tenga que actuar a espaldas de la opinión mundial y esto es lo que hace inevitable su derrota. Todo lo que significa renovación y justicia ha tenido que luchar siempre para abrirse paso. El que quiere nacer tiene que destruir un mundo, ha escrito un hombre cargado de intuiciones, Hermann Hesse. No podía esperarse que el alumbramiento de una nueva sociedad estuviese en Chile libre de los dolorosos espasmos del parto social. Creo que mucha gente, incluso entre aquellos que han sido utilizados para golpear tan duramente a nuestro pueblo, no comprendía lo que se jugaba cuando se dejaron arrastrar a esta vorágine de pavor. Pero la verdad comenzará a hacerse sentir, dejará al descubierto la realidad, limpiándola de la gruesa capa de falsedad, ignorancia y primitivismo que la ha recubierto. Debemos tener generosidad para tratar a los inocentes que fueron azuzados en contra nuestra. Ellos también son parte del pueblo engañado, insuficientemente informado, históricamente explotado y manipulado por una minoría. Me gustaría conversar tantas cosas contigo, mi mujer; pero ahora es imposible. Más adelante, no lo sé. No sabemos nada de nuestro destino, sólo tenemos certeza en el futuro de nuestra patria y de nuestros hermanos. Todo lo que podamos decirles, ellos ya lo saben, y lo sabrán mucho mejor en el futuro. Por eso estas reflexiones -por llamarlas de alguna manera-, fruto de sensaciones que nos afectan al cumplirse un año en esta situación, pertenecen a este diálogo poco íntimo entre tú y yo. Están sujetas a las contingencias que afectan nuestra correspondencia. Pero no puedo controlar el deseo de conversarlas contigo, mi bien más preciado, admirable compañera de las horas duras, tierna mujer de los fugaces momentos del amor. En lo substancial quiero que estés tranquila, que sigas teniendo esa fuerza moral demostrada durante estos meses, que cuides de los hijos para ese futuro luminoso que será de ellos y de los hijos de ellos, y que alientes con tu firmeza a otras mujeres.

Los que más sufren en prisión son los que viven sólo para sí mismos, que no entienden otro dolor que no sea el propio y a quienes cualquier solución de su drama personal les parece bien. Su debilidad se manifiesta en actitudes que nos avergüenzan, porque rebajan la dignidad y respeto que merecen nuestros ideales.

Te quiero mucho y deseo verte, lo mismo a los hijos». Manuel

> (Publicado en "Punto Final" Nº 581, 26 de noviembre de 2004).

Cabieses, el combatiente Política en el tiempo

Por José Vicente Rangel

Conocí a Manuel Cabieses aquí en Caracas, en la década del sesenta. Un día se me presentó al diario que yo dirigía un chileno alto y desgarbado de rostro bondadoso con lentes y hablar pausado. Se me ofreció para colaborar con la columna de crítica sobre libros. Era reportero de un diario capitalino y seguía con pasión el proceso político venezolano. De su experiencia en nuestro país quedó un libro suyo, «Venezuela OK», tenso reportaje sobre la lucha armada en Venezuela y feroz radiografía del betancourismo.

De esa época arranca mi amistad con Manuel Cabieses. Mi amistad limpia sin esguinces, afinada en la distancia y el torbellino de la actividad que cada uno de nosotros realizó desde entonces. Porque Cabieses regresó a Chile para tomar militancia y actuar en el periodismo político. En la campaña donde Allende fue derrotado por Frei, Cabieses se desempeñó como jefe de prensa del líder de la Unidad Popular. Después adscribiría al MIR, aun cuando tenía reservas con el proceso que desembocaría en la victoria de Allende y luego con la gestión de gobierno de la UP, mantuvo siempre una tónica de altura en la polémica interna, se empeñó en dirimir las diferencias ideológicas sin darle armas al enemigo y enfrentó a este con un coraje y un valor que estuvo ausente en otros más comprometidos con el proyecto allendista.

Fue de los que nunca se llamó a engaño con lo que estaba sucediendo en Chile y alertó con claridad y precisión sobre los peligros del fascismo. En las oportunidades en que hablé con él en Santiago, me expuso con lucidez la situación y siempre tuvo palabras para distinguir entre los aciertos estratégicos del proceso y sus fallas de orden táctico, todo ello dentro de un profundo respeto por la actuación y la figura de Salvador Allende.

Cuando se produjo el golpe militar del 11 de septiembre me preocupó la suerte personal del amigo y del militante político. Estaba ubicado en primera línea de combate. Dirigía la revista Punto Final, publicación que había estado denunciando con lujo de detalles los aprestos golpistas, la gestión del fascismo en el seno de las Fuerzas Armadas. La participación de la CIA y la conducta inmoral de la Democracia Cristiana, en especial de Eduardo Frei.

Supe de su detención y por largas semanas pensé que había sido asesinado. Estudiantes venezolanos que padecieron el infierno del Estadio Nacional me trajeron las primeras noticias de Cabieses. Los habían visto con vida, muy torturado, pero con una entereza y una solícita preocupación por sus compañeros que motivaba la admiración de los informantes. Después me enteré que había sido trasladado, junto con centenares de presos, al campo de concentración de Chacabuco. Una fuerte campaña internacional, el pronunciamiento de diversas organizaciones periodistas, determinó que Manuel Cabieses fuese expulsado de Chile por la Junta.

Ahora Cabieses habla, por primera vez, desde La Habana, en una entrevista periodística que nos descubre al hombre que viene de las sombras, de la tortura, del mundo de la muerte. Durante 16 meses fue un hombre cuya vida nada valía. Pasó por comisarías, centros militares, estuvo en los estadios Chile y Nacional, en Chacabuco, un campo salitrero abandonado y en Tres Alamos. Habla como un ser humano y no como un héroe. Alude al miedo que llegó a sentir y en forma que lo enaltece cuenta: «Ahí descubrí que el miedo tiene un límite. Al principio es pavoroso, pero llega un instante que es tanto el miedo, que uno vence la barrera y pasa a un

estado que te da lo mismo cualquier cosa y preferentemente quieres que te acaben de matar. Dejas de aferrarte a la vida...». Habla de las cosas sencillas y la solidaridad que descubre como preso: «Teníamos mucha hambre. Lo poco que podíamos conseguir lo repartíamos entre todos. Conocí que la naranja chilena tiene exactamente 12 gajos. De una naranja comíamos muchos».

Habla de la bestialidad de los carceleros de esta forma: «El oficial que nos recibió (en Chacabuco) fue el Capitán Humberto Minoletti Araya, que pasó a ser famoso por su brutalidad. El comandante Von Kristchman nos leyó un reglamento del ejército que data del conflicto con Perú y Bolivia en 1879. Dijo que éramos prisioneros de guerra. Que nos íbamos a regir por dicho reglamento, que establecía la pena de muerte contra cualquier infracción. Si intentabas ahorcarte y no lo lograbas te fusilaban. Si hacías huelga de hambre te fusilaban. Si te morías también te fusilaban».

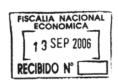
Cabieses refiere el régimen carcelario, la manera como son burladas las visitas de los organismos internacionales, la brutalidad con los detenidos, las torturas a las mujeres y ancianos, en fin, todo ese mundo de degradación en que el fascismo ha convertido a Chile. Habla de una unidad gestada en las cárceles, de la elevada moral de los prisioneros, de las formas de organización que rápidamente se han creado y de la solidaridad que existe dentro del país. Para quienes conocemos a Manuel Cabieses, para los que contamos su amistad entre los privilegios que concede la vida, su dignidad sin prepotencia, su fe en la vida y en el hombre, fe que no pudo ser reducida ni empañada, el reencuentro con él a través de su palabra rescatada de las sombras, es algo que nos llena de profunda satisfacción y alegría. Así quiero testimoniarlo.

La publicidad estatal



Santiago, 13 de septiembre de 2006

Señor
Enrique Vergara
Fiscal Nacional Económico
Presente



Denuncia infracciones a la ley de libre competencia

Manuel Javier Cabieses Donoso, cédula de identidad 2.890.804 – 0, periodista, director de la revista *Punto Final*, denuncia ante el señor Fiscal Nacional Económico, diversas situaciones que afectan a la revista que dirige y a otros medios de comunicación independientes, las cuales constituyen infracciones a la libre competencia, en conformidad al DFL 1 del año 2005 del Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción que fijó el texto refundido del DL 211 de 1975.

Avisaje estatal. — La inversión publicitaria del Estado en prensa escrita se realiza de manera preferente en las cadenas periodísticas de *El Mercurio* y *La Tercera* (Copesa), en desmedro de la prensa independiente. Como usted sabe, señor Fiscal, ningún medio de comunicación se financia sólo con su venta. Los ingresos que les permiten subsistir y desarrollarse provienen fundamentalmente de la publicidad que, en la práctica, significa un subsidio a los medios periodísticos para que puedan cumplir la misión de crear corrientes de opinión ciudadana. Sin embargo, la forma parcializada e injusta en que el Estado reparte su publicidad tiene como resultado que sólo las cadenas periodísticas mencionadas, que representan casi los mismos intereses y visiones políticas, utilicen cuantiosos recursos fiscales para copar — mediante métodos en que imperan abusivas ventajas — el mercado de diarios y revistas, haciendo de la libre competencia una absoluta ficción.

De acuerdo al estudio del Observatorio de Medios Fucatel, correspondiente a 2005, se invierten en publicidad 4.315 millones de pesos en prensa escrita por parte del gobierno central, municipalidades, servicios e instituciones del Estado, calculados al precio del valor agencia. Solamente el gobierno y los ministerios invirtieron mil 220 millones de pesos en prensa escrita. Las cifras mayores correspondieron a los ministerios de Vivienda y Salud. En prensa, los principales receptores de la inversión publicitaria estatal fueron en un 48% los diarios de la empresa *El Mercurio* y un 29% a los del grupo Copesa, que concentraron por lo tanto, el 77% del total de la inversión publicitaria. Al diario *La Nación*, que es mayoritariamente de propiedad fiscal, correspondió un 9% de la inversión publicitaria. Al total de la prensa independiente (diarios regionales, revistas, periódicos) correspondió apenas un 15% de la inversión publicitaria.

El estudio citado destaca la fuerte concentración de recursos de algunos ministerios en *El Mercurio* y su cadena de periódicos en el país. En efecto, los ministerios de Hacienda, Mideplan y Justicia realizaron el 70% de la publicidad en *El Mercurio*, así como también el Ministerio Público. El mismo diario recibe casi el 90% de los recursos publicitarios de Tesorería y cerca del 50% del avisaje de empresas estatales como Corfo y Conaf. En el caso de Fonasa ocurre algo similar, a pesar que los afiliados a ese fondo de salud estatal pertenecen en su inmensa mayoría a estratos socioeconómicos medios y bajos, que no es precisamente el perfil de lectores de *El Mercurio*.

Por otra parte, no existe claridad sobre la forma en que se asignan los recursos de inversión publicitaria de los servicios públicos. Si bien es cierto que existe el sistema ChileCompra, en el cual *Punto Final* y otros medios independientes se encuentran inscritos, la publicidad estatal se canaliza a los grandes medios por vías que no se corresponden con la igualdad de oportunidades y la libre competencia. Una investigación como la que esperamos lleve a cabo la Fiscalía Nacional Económica, seguramente demostrará la colusión entre empresas periodísticas, agencias publicitarias y servicios del Estado, que han establecido verdaderas «trenzas» para controlar la publicidad estatal mediante tarifas y descuentos especiales, tratos y convenios directos con las empresas, porcentajes de comisiones que se reparten entre agentes de empresas publicitarias y funcionarios encargados de distribuir la publicidad fiscal, diversidad de obsequios y viajes para estos últimos, etc.

A lo anterior hay que agregar el manifiesto interés de ministros y otras autoridades por mantener las mejores relaciones con *El Mercurio* y *La Tercera*. Es muy relevante, en ese sentido, la participación de ministros, parlamentarios y dirigentes de partidos de gobierno en fundaciones creadas por *El Mercurio*, como Paz Ciudadana, y la presencia de los presidentes de la República y ministros de los gobiernos democráticos en las actividades sociales que organizan ambas empresas periodísticas.

Mediante esta trama de relaciones políticamente incestuosas se estaría infringiendo la igualdad de trato que el Estado debe mantener en sus compras conforme a la ley 19 mil 886 (de bases sobre contratos administrativos, de suministros y prestación de servicios). Debe entenderse que la publicidad es un servicio y, por lo tanto, le es aplicable la ley citada. Dicha ley, además, no autoriza discriminación a favor de un agente determinado, a menos que se trate de un caso excepcional y debidamente fundado. Entre esas excepciones no están el avisaje ni los servicios de publicidad.

Tampoco está autorizada la excepción de concursabilidad respecto de ellos.

Todo esto configura una situación anómala: el gasto estatal beneficia preferentemente a los diarios de las cadenas de *El Mercurio* y *La Tercera* (Copesa), sin que exista una explicación satisfactoria que lo justifique. Tanto es así, que la unanimidad de la sala de la Cámara de Diputados aprobó el 20 de junio de este año la constitución de una comisión especial para investigar el avisaje del Estado, a petición de más de cincuenta diputados.

Debo dejar constancia que esta situación se ha prolongado desde hace mucho tiempo, y que la hice presente al presidente de la República señor Ricardo Lagos, y hace poco a la actual presidenta, doctora Michelle Bachelet.

En carta al presidente Lagos de 12 de junio de 2002 señalé que las motivaciones discriminatorias de la empresa privada — que son esencialmente ideológicas — «no deberían ser válidas para la publicidad estatal» ya que al «gobierno que reconstruye la democracia debería interesarle fomentar el pluralismo informativo y la libertad de información y opinión, cuidando sostener los escasos medios independientes y críticos que en Chile intentan hacer efectiva la diversidad».

El 26 de julio del año 2002, el ministro Secretario General de Gobierno, señor Heraldo Muñoz, recibió a representantes de los medios independientes y del Colegio de Periodistas para darles a conocer la voluntad presidencial de buscar una solución a este problema. Señaló el señor Muñoz que, por instrucciones del presidente de la República, se había orientado a ministerios y servicios públicos a distribuir la publicidad con un sentido de mayor equidad en resguardo del pluralismo informativo.

En octubre y diciembre de ese año, *Punto Final* recibió dos avisos del Programa del Voluntariado de la DOS, que fueron publicados en nuestras ediciones 531 y 535, de octubre y diciembre de 2002.

El ministro Heraldo Muñoz fue reemplazado por el señor Francisco Vidal, a quien escribí el 13 de marzo de 2003: «Han pasado casi ocho meses y la nueva política que se nos anunció todavía no se materializa. Los medios independientes siguen siendo excluidos hasta de campañas publicitarias de vasto interés ciudadano sobre salud y educación que promueve el gobierno».

A raíz de esa carta fui convocado por el ministro Vidal a una reunión en que me reiteró lo dicho por su antecesor. O sea, que la voluntad presidencial —y por lo tanto del gobierno— era corregir la forma anómala en que se distribuye la publicidad estatal. Entiendo que el ministro Vidal se reunió por separado con otros representantes de medios independientes, a quienes dio a conocer similares planteamientos. Y desde luego los repitió, algún tiempo después, en un acto en la Universidad de Chile en que se constituyó una asociación de medios independientes, de lamentable corta vida.

Sin embargo, a pesar de las promesas del ministro Vidal, no se registraron nuevo avances y más bien otros medios independientes — como la revista *Rocinante* — se vieron obligados a cerrar por falta de ingresos publicitarios. Vale la pena señalar que la misma discriminación afecta a radios, periódicos electrónicos y estaciones de televisión comunitaria.

El 27 de abril de este año escribimos a la presidenta Michelle Bachelet. Reseñamos el problema y concluimos: «La solución real es una ley que establezca la obligación del Estado de distribuir en forma equitativa su publicidad para garantizar el derecho ciudadano de información y opinión. Sin embargo, entretanto, se necesitan medidas administrativas que hagan posible mayor igualdad en el acceso a la publicidad del Estado y que impidan así la extinción de la prensa independiente de Chile».

El 14 de junio recibimos una respuesta del ministro Secretario General de Gobierno, señor Ricardo Lagos Weber. Eludió pronunciarse sobre el fondo del asunto planteado y sostuvo que la contratación de publicidad se hace conforme al sistema de compras del Ministerio de Hacienda y que en los llamados a concursos y propuestas de clara identidad regional, provincial o comunal debía haber consideraciones especiales hacia los medios locales.

Esta es la situación en este momento, en la cual hay sin duda responsabilidad del Estado y también de las cadenas *El Mercurio* y Copesa en la distribución discriminatoria de la publicidad y avisaje estatal.

Un duopolio que es un monopolio. El mercado de la prensa escrita está dominado por dos cadenas periodísticas, la de *El Mercurio* que controla el señor Agustín Edwards Eastman, y la de Copesa encabezada por el diario *La Tercera*, controlada por el señor Alvaro Saieh Bendeck.

Ambas cadenas controlan entre un 85 y un 95 por ciento de la prensa escrita (diarios, periódicos, revistas de circulación nacional, regional y comunal), siendo ampliamente mayoritaria la de *El Mercurio*.

Sin embargo, y a pesar de ser cadenas empresariales diferentes, en el hecho -y para los efectos de la libertad de expresión e información — constituyen un monopolio ideológico.

Esta situación ha sido repetidamente denunciada por el Colegio de Periodistas, por medios independientes como *Punto Final* y por investigadores chilenos y extranjeros sobre la realidad de la prensa en Chile. Recientemente — en el año 2005 — fue analizada por el académico y periodista señor Walter Krohne en el libro titulado *Las dos caras de la libertad de expresión*, publicado por la Universidad Academia de Humanismo Cristiano.

Escribe el señor Krohne: «Mayoritariamente, los chilenos estamos recibiendo información de un solo sector ideológico, el de la derecha. Eso significa que la derecha, en gran medida, es la formadora de la opinión pública chilena, lo que es peligroso para la estabilidad política». Y agrega: «La concentración de medios de derecha obliga a los chilenos a tener que informarse en una sola dirección ideológica, la línea conservadora. Este es quizás el problema más serio que tiene Chile en materia de libertad de expresión y déficit de periodismo informativo».

El peso de las dos cadenas es abrumador. De acuerdo a una homologación realizada por Khrone, diariamente *El Mercurio* y *La Tercera* lanzan 600.000 ejemplares a circulación. Frente a ellos hay apenas 5.580 ejemplares de prensa independiente (*Punto Final, The Clinic, El Periodista, El Siglo, Le Monde Diplomatique* y la ya desaparecida revista *Rocinante*). Por cada ejemplar de la prensa independiente, circulan más de mil ejemplares diarios del monopolio ideológico.

La situación no es casual. No deriva tampoco de la eficiencia empresarial. El origen de ambas cadenas se relaciona con las circunstancias políticas que vivió el país durante la dictadura. Los medios democráticos fueron clausurados, sus periodistas perseguidos y muchos de ellos asesinados, y se impuso la censura de prensa. Dos diarios, *El Mercurio* y *La Tercera*, gozaron de los favores de la dictadura militar. Liberados de toda competencia se for-

talecieron gracias al avisaje, la publicidad oficial y los créditos preferentes, así como su renegociación. Al final de la dictadura emergieron como cadenas periodísticas poderosísimas, que ahogaron a la prensa independiente que había logrado desarrollarse en los últimos años de la dictadura, así como a otros medios independientes que circularon después, sin contar con ningún apoyo de los gobiernos de la Concertación.

La fuerza monopólica de las dos cadenas les permite controlar la mayor parte de la distribución de diarios y revistas y tener influencia determinante sobre el gremio de suplementeros, al que también está asfixiando mediante los sistemas de suscripción y venta directa que implementan esas empresas. A veces dicho poder se ha expresado en maniobras destinadas a obstaculizar o impedir la circulación de algunos medios, por ejemplo, los diarios gratuitos *El Metropolitano*, *Publimetro* y otras publicaciones que escapan a su control empresarial.

Creo que la situación descrita del duopolio-monopolio constituye, por sí misma, una amenaza a la libre competencia y debería ser investigada por la Fiscalía Nacional Económica y sancionada por el Tribunal de Defensa de la Libre Competencia.

Libre competencia y libertad de expresión. Parece evidente, señor Fiscal Nacional, que las infracciones a la libre competencia en esta materia, ya sea a través de la discriminación o bien de la concentración empresarial, no solamente afectan a la libertad económica y al libre fluir de bienes y servicios, sino que también dañan gravemente la libertad de expresión y con ello, las bases mismas de la democracia.

Diversas normas constitucionales se ven afectadas por esta situación. El artículo 1ro. de la Constitución establece como obligación del Estado «contribuir a crear las condiciones sociales que permitan a todos y a cada uno de los integrantes de la comunidad

nacional su mayor realización espiritual y material posible», en forma concordante con el artículo 5to. inciso 2 que establece que el Estado debe «respetar y promover los derechos que emanan de la naturaleza humana» garantizados por la Constitución y los tratados internacionales ratificados por Chile que estén vigentes.

Por otra parte, en materia de derechos y garantías individuales hay tres normas específicas que tienen que ver con nuestro planteamiento. El artículo 19 $N^{\rm o}$ 12 garantiza a todas las personas la libertad de emitir opinión y de informar sin censura previa. En el $N^{\rm o}$ 21 se garantiza el derecho a desarrollar cualquier actividad económica lícita y en el $N^{\rm o}$ 22 la no discriminación económica en el trato que deben dar el Estado y sus organismos en materia económica.

Por lo tanto, considerando armónicamente estas disposiciones, parece claro que al desarrollar las condiciones sociales para la «realización espiritual y material» de los habitantes, el Estado debe preocuparse del ejercicio de los derechos y garantías individuales, entre ellos la libertad de expresión y el derecho social a la información que va implícito. Eso significa información pluralista, como la garantizan la Constitución, la Declaración Universal de Derechos Humanos y el Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, ratificados por Chile.

Asimismo, para el ejercicio de la libertad de expresión se pueden desarrollar actividades económicas lícitas, lo que comprende la organización de empresas periodísticas que no pueden ser discriminadas económicamente por el Estado y sus organismos en materia económica.

Por lo tanto, señor Fiscal Nacional, me permito solicitarle que, de acuerdo a lo dispuesto en los artículos 39 y siguientes del DFL 1 del año 2005 del Ministerio de Economía, Fomento y Reconstrucción, se sirva acoger a trámite la presente denuncia por infracción a las normas de la libre competencia y disponga las medidas nece-

sarias para realizar las investigaciones y adoptar las medidas que procedan.

Lo saluda atentamente,

Manuel Cabieses Donoso

Director de la revista Punto Final

San Diego 31, oficina 606, Santiago –

Centro

Fono – fax 697 0615

Correo electrónico: punto@interaccess.cl

Cuba, te queremos

Para mí los rasgos más importantes de la Revolución Cubana son la dignidad y su inagotable capacidad de solidarizar con el sufrimiento y las necesidades de otros pueblos.

Esa dignidad, fruto del coraje y patriotismo del pueblo y de sus dirigentes, se ha demostrado en forma serena y resuelta en cada una de las muchas circunstancias duras y riesgosas que le ha tocado enfrentar en su primer medio siglo.

Por otra parte, la solidaridad generosa e incondicional de Cuba con otros pueblos es quizás el fruto más hermoso de una revolución que ha puesto el acento en la transformación ética de la sociedad. Es muy difícil encontrar a otro pueblo que sea capaz, como el cubano, de renunciar a su propio pan para aliviar el hambre y la necesidad de sus hermanos en lejanas tierras. Tiene mucho que ver con el hombre nuevo que ha ido formándose en Cuba.

Los chilenos tenemos el deber —que no siempre hemos cumplido— de dar testimonio de gratitud por esa solidaridad. Cuba nos entregó todo sin pedir nada, sin esperar retribución o agradecimiento alguno. Por eso nuestra deuda es tan grande.

Miles de chilenos encontramos refugio en la isla durante la dictadura militar que martirizó a nuestra patria. Pero aún antes la solidaridad cubana estuvo presente cuando la tenaza norteamericana convirtió en realidad la amenaza de Nixon de «hacer chillar» la economía del proyecto socialista de Salvador Allende.

La solidaridad que Cuba entregó a Chile es imposible de medir

en términos materiales. Porque tuvo un significado moral muy importante. Se trató de aquella solidaridad que se entrega a costa del propio sacrificio. Era la mano tendida de un pueblo capaz de entregar hasta su vida en defensa de la libertad y los derechos de la nación chilena. Los cargamentos de azúcar llegaron cuando el país sufría el boicot del Imperio y el cobre — el sueldo de Chile, como lo llamó Allende— era embargado en los puertos europeos. Se pretendía asfixiar la economía para provocar la ingobernabilidad que necesitaba el golpe militar.

Pero además, después del Golpe de 1973, vino la enorme solidaridad con los perseguidos por la dictadura.

No fuimos los únicos a los que Cuba brindó refugio en esa época tenebrosa de América Latina. Estaban también las familias argentinas, uruguayas, bolivianas, peruanas, nicaragüenses, salvadoreñas, haitianas, colombianas, hondureñas, que huían del terror, la prisión y la muerte en sus países. Éramos miles de latinoamericanos refugiados en la isla mientras Cuba enfrentaba los rigores del bloqueo norteamericano. Pero también estaban los becados africanos que se preparaban como profesores, médicos e ingenieros. Y los niños de Chernóbil recuperándose de las horribles quemaduras del accidente nuclear. Y los heridos y mutilados angoleños, sudafricanos y congoleños rehabilitándose en hospitales y sanatorios cubanos. Los camaradas de GIAP, los compañeros de Mandela, los herederos de Lumumba, los seguidores del Che de todas partes del mundo.

Los chilenos pues, no éramos los únicos, ni siquiera los más numerosos. Sin embargo, en la isla nos hacían sentir que no había nada más importante que la resistencia en Chile. Los actos y mítines, las reuniones en centros de trabajo, escuelas, universidades y CDR, se sucedían a diario. Lo que ocurría en nuestro país lo conocía la población a través de charlas y de la información en la prensa, radio y televisión.

Ser chileno era casi un privilegio que nos hacía sentir rodeados de amistad y cariño, jamás solos o abandonados a nuestra suerte.

Los nombres de nuestros héroes y mártires los adoptaron las organizaciones del pueblo cubano. Abundaban los Comités de Defensa de la Revolución Salvador Allende, Miguel Enríquez, Augusto Olivares, Carlos Lorca, Arnoldo Camú, Víctor Jara, Marta Ugarte, Víctor Díaz, Juan Alsina, Augusto Carmona... Sus rostros y biografías, poemas y recortes de periódicos estaban en los murales de los CDR y centros de trabajo.

Una avenida importante de La Habana recibió el nombre de Salvador Allende y lo mismo, calles y parques en otras ciudades de la isla. Los hospitales Salvador Allende y Miguel Enríquez atendían — y atienden — a sectores populosos de La Habana. Numerosas escuelas, cooperativas y brigadas de trabajo llevan nombres de héroes chilenos que todavía son casi desconocidos en su patria. Se hacían homenajes, se escribía y se hablaba de ellos. He visto, por ejemplo, a un grupo de teatro de hijos de trabajadores del Hospital Miguel Enríquez representar la vida de ese revolucionario chileno con una sinceridad que hizo llorar a los padres de Miguel, presentes en ese acto.

Mi familia y yo vivíamos en el corazón del exilio chileno, al este de La Habana. Exactamente en el departamento N° 11, tercer piso del edificio D-2, Zona 7 de Alamar. Eran dos bloques de departamentos de cinco pisos cada uno que fueron entregados completamente equipados a familias chilenas — entre ellas varias mujeres solas con sus hijos — . A la vuelta de la esquina estaban los uruguayos y más allá los argentinos y bolivianos. Los edificios de Alamar — que empezaba a ser una ciudad satélite de La Habana — los construyeron brigadas de trabajo voluntario de cubanos que carecían de viviendas. Sin embargo, fueron ellos los que resolvieron en asambleas, entregar varios edificios a los exiliados que buscábamos refugio en Cuba. El nuestro fue inaugurado por Laura Allende, la

hermana del presidente heroico, que tiempo después se quitaría la vida, enferma de cáncer y desesperada por la prohibición de la dictadura que le impedía ir a morir en Chile.

Alamar fue nuestro pequeño mundo mientras permanecimos en la isla. Ayudados por los vecinos cubanos, en su mayoría obreros, recuperamos la confianza en nosotros mismos. Su amistad y aliento nos hizo reencontrar la esperanza. Su alegría nos permitió salir de la amargura de la derrota. Los cubanos nos enseñaron el valor de las cosas sencillas. Nos regocijábamos con ellos por cada nueva victoria sobre el bloqueo norteamericano. Compartimos su vida de cada día, hicimos guardia en el CDR, trabajo voluntario limpiando escombros y basuras, cuidando jardines, preocupándonos por ahorrar agua y electricidad. Recolectamos potes de vidrio de uso infinito. Mantuvimos limpias las escaleras del edificio, hicimos cola en la bodega y nos encargamos de las compras de los más ancianos. Acompañamos a nuestros enfermos en el hospital y nos turnamos para llevar a los niños a la beca.

La sociedad cubana nos reeducó, aprendimos a compartir.

En la escuela «Solidaridad con Chile», en Miramar, estaban becados los niños de nuestra comunidad. Muchos eran hijos de chilenos asesinados, o que estaban en las cárceles de la dictadura o que luchaban en la clandestinidad. Los niños permanecían en la beca de lunes a viernes, recibían alimentación, ropa, útiles escolares y atención médica, como cualquier hijo de cubano. Los chilenitos también fueron «pioneros por el comunismo» y juraron ser como el Che. Solemnes y erguidos, junto con sus compañeros cubanos, formaban cada mañana luciendo las pañoletas rojas que acreditaban su condición de pioneros de la revolución.

Nunca como en Cuba he visto niños más hermosos, tan bien plantados y fuertes. Caritas limpias llenas de sol, extrovertidos y con una alegría que parece no consumirse nunca. Se adivina en ellos a los futuros maestros, soldados y obreros de una patria libre.

Los muchachos mayores, entre ellos mis hijos, fueron a la universidad y al trabajo en el campo, a la cosecha del tabaco, los cítricos y el café. Se convirtieron en médicos, ingenieros, economistas y científicos. Aunque regresaron a Chile hace años algunos no han perdido el acento cubano ni las costumbres y gustos que aprendieron en la isla. Es divertido hoy oírlos cuando se reúnen y gozan recordando esa etapa de sus vidas.

Cada mañana en la guagua 215, el autobús Alamar-La Habana, nos encontrábamos con vecinos del exilio, cada uno a lo suyo. Mario Benedetti a Casa de las Américas, yo a tareas de apoyo a la resistencia o camino a alguna reunión en el comité chileno que funcionaba en el Vedado. A veces intercambiábamos un guiño de complicidad con jóvenes chilenos que vestían el uniforme verde olivo de las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Eran los futuros combatientes internacionalistas en Nicaragua y El Salvador. Muchos alcanzaron también su objetivo de retornar clandestinamente a Chile para combatir por la libertad de su patria. Eran jóvenes por cuyas venas corría sangre de héroes, sencillos y claros como los del Moncada. Algunos cayeron combatiendo o asesinados en la tortura, leales a la formación revolucionaria que recibieron en la isla. Entre ellos Mario Amigo Carrillo, un joven proletario de Coronel, un pueblo de mineros en el sur de Chile. Mario, convertido por la clandestinidad en obrero de una empresa forestal, murió en Los Ángeles destrozado por una bomba. Fue el padre de dos de mis nietos.

Cuba nos dio todo lo que pedíamos para luchar contra la tiranía. Ayudó por igual a los que creíamos legítimo y necesario empuñar las armas, como a los que optaron por la lucha política. Cuba jamás pretendió decirnos lo que teníamos que hacer. Su ayuda fue siempre incondicional y respetuosa de las diferencias ideológicas. Lo que hicimos, mal o bien, lo hicimos por iniciativa propia, pensando que cumplíamos nuestro deber de patriotas y de revolucionarios.

La solidaridad cubana compartió nuestro dolor y se hizo parte de nuestra esperanza.

Seríamos unos mal nacidos si no retribuyéramos hoy con nuestra propia solidaridad aquella que nos brindó Cuba.

Por eso nos sentimos parte del pueblo cubano y admiramos su valor, su espíritu revolucionario y su internacionalismo.

Queremos a Cuba y respetamos ese heroísmo que causa asombro en el mundo al desafiar a pie firme las agresiones armadas, el sabotaje y las penurias de un bloqueo inhumano condenado por casi todas las naciones del mundo, excepto el propio verdugo y un par de cómplices a sueldo.

La Revolución Cubana nos enseñó que nada importante se obtiene sin luchar, que sólo luchando se puede ser libre y que sólo hombres libres pueden sentirse hermanos.

Cuba nos mostró la dimensión humana de la acción política y con su revolución aprendimos a descubrir la grandeza en lo más humilde y pequeño. Por eso queremos a Cuba y le declaramos nuestro amor a viva voz.

Nos preguntamos qué pasará con la Revolución Cubana en los próximos cincuenta años. No somos pitonisos, pero hay hechos que permiten aproximarse al futuro. Cuba ya no está sola en América Latina. Venezuela, Bolivia, Ecuador, Nicaragua, Paraguay, Argentina y Brasil se abren camino al socialismo o a sistemas de mayor justicia social. La humanidad no tiene otra variable de supervivencia que no sea el socialismo.

En medio siglo más, Cuba será la más antigua y respetada de las repúblicas socialistas de América Latina y el Caribe.

Entonces se habrá cumplido el sueño liberador de Fidel.

Manuel Cabieses Donoso (Publicado en revista "Casa de las Américas", Nº 254, enero-marzo 2009, p. 41).

Réquiem en tono de tango

A Carlos Ossa se le ocurrió morirse y se murió. Sospecho que la idea era antigua, probablemente cuando se convenció que el mundo es y será una porquería.

Vivir siempre ha sido —pero hoy lo es más — luchar y resistir. Más fácil es morirse. En vez de hacerlo por la vía rápida, Carlos decidió morir de a poco. No quería que se notara. Así engañaba a los demás y a sí mismo. Se acercó a la muerte de medio lado, como al descuido. Juntó enfermedades: diabetes, insuficiencia renal y, por supuesto, cirrosis (sin cirrosis no habría tango). Se automedicaba porque los médicos, todos sabemos, son unos ignorantes.

Se embotaba con calmantes y pisco; se aisló y fumando incontables cigarrillos se sentó a esperar. La gangrena comenzó en un pie —se autodiagnosticó gota—, fue subiendo por la pierna derecha, avanzando como sólo sabe hacerlo la gangrena. En el quirófano hubo que amputar hasta la altura de la cadera. Pero ni así. Un paro cardíaco misericordioso detuvo en seco la carrera. Gemido de bandoneón.

Donde mueren los guapos

Alrededor de la medianoche del 31 de julio, Carlos Ossa Coo, 62 años, periodista, expiró en la Asistencia Pública «Dr. Alejandro del Río», donde mueren los guapos acribillados a balazos o zurcidos a puñaladas. Sus hijos lo vistieron, lo maquillaron para que se

viera bonito, le pusieron su camisa favorita —la negra con rayitas rojas — y los anteojos para que encontrase el camino. No olvidaron meterle en el bolsillo un paquete de cigarrillos. ¡No faltaba más!

Como era laico sin concesiones, lo velamos en el Teatro Camilo Henríquez del Círculo de Periodistas. Uno de sus hijos, Carlos Joaquín, periodista como él, tuvo la buena idea de poner música de los tangos que más le gustaban. Tuvo cristiana sepultura en un cementerio de Maipú. Mucha gente, discursos, flores. Allí quedó Carlitos Ossa en su silencio definitivo. El habría querido el cementerio de La Chacarita — en Buenos Aires, la ciudad amada— cerca de la tumba del Zorzal Criollo, con su eterno cigarrillo entre los dedos.

Un señor del tango

Carlos Ossa también fue un señor del tango. Se sabía autores, intérpretes, orquestas, letras, fechas y estudios donde se hicieron las grabaciones, el nombre del pianista que falló ese día y del que lo reemplazó, el membrete del papel en que Discépolo escribió su última composición, etcétera. Era una enciclopedia del tango. Rezumaba sabiduría tanguera. Se podía apostar sin miedo a sus manos en una discusión sobre el tema.

Lo mismo sabía de fútbol. Hasta Eduardo Galeano, que de saber sabe, lo consultó para su libro *A sol y a sombra*. Carlos le proporcionó el nombre del inventor de la «chilena», nuestro aporte nacional al arte futbolero.

«Cuesta abajo en la rodada...»

Sin embargo, en *Punto Final* Carlos Ossa no escribía de tango ni de fútbol (ni de economía, que también dominaba), sino de cine y televisión. ¡Y cómo sabía! En esta misma página se publicaban las secciones Televisión, que firmaba Polifemo, y Pantalla Grande, cuyo autor era Carlos Ossa. Dos personas distintas y un solo autor

no más. El mismo estilo punzante, entretenido, frases limpias, palabras escogidas en el alfiletero del sarcasmo.

En sus artículos flotaba un vago humor al que su timidez — porque Ossa era esencialmente un tímido — no dejaba fluir libremente. Su ironía, sin embargo, se convirtió en hiel a medida que Carlitos fue cuesta abajo en su rodada. Se hizo híper crítico, nada le gustaba, nada perdonaba; era amargo y gruñón.

En marzo de este año comenzó a desaparecer. Sus colaboraciones se hicieron irregulares. En mayo (*PF* 568) publicó su última nota, un homenaje — también amargo — al cineasta cubano Tomás Gutiérrez Alea, al que el cáncer se llevó al otro mundo.

Ya sólo nos comunicábamos por teléfono. Carlos se recluyó en su departamento. Su voz se hizo cada vez más temblorosa, prometiendo consultar a un médico. No lo hizo nunca. Se moría lentamente, pudriéndose en vida, bebiendo y fumando, tomando calmantes y corticoides que aceleraron la gangrena.

No quise mirarlo en su ataúd ni lo fui a dejar a Maipú. Carlitos quedó en deuda con quienes lo queríamos y admirábamos. No tenía derecho a morirse sólo porque le dio la gana. Pudo optar por la vida, contribuir con su talento a recrear ilusiones y sueños perdidos. Pero ganó su egoísmo, su propio cansancio, su derrota, que no quiso compartir con nuestras angustias y desvelos.

Vida de tango

No sé cuándo empezó a derivar hacia la autodestrucción. Parece que fue hace mucho, mucho tiempo. Lo marcó una tragedia en su matrimonio de juventud. La separación —que él decidió— de sus tres hijos. La muerte de su madre —su cuento *La Señora* refleja su relación con ella—. Las esquinas rotas del amor maduro. El asesinato de uno de sus mejores amigos en Buenos Aires, las amenazas de la Triple A y la fuga bajo amparo de Acnur hacia Holanda.

La incomunicación en ese país — se negó a aprender el idioma —, el aislamiento ensimismado por largos periodos. Catorce años de silencio con sus hijos en Chile. Un reencuentro fugaz en Mendoza, al otro lado de la frontera de la dictadura. El retorno a un país cambiado, frío y metalizado. El derrumbe del socialismo falso, pero real. La crisis ideológica y su carga de escepticismo. Ironía, escepticismo, desconfianza, asombro cotidiano, más escepticismo y así hasta secar el alma. En ese temporal han naufragado otros más fuertes que Carlitos. Él tuvo la dignidad de morirse mientras a otros la gangrena les corroe por dentro.

Infancia en Plaza Brasil

No quise mirarlo en su caja de madera por conservar los recuerdos de niño. Estudiamos juntos unos cursos de preparatorias en el Instituto Cervantes. El rector era un cura español severo pero humano, capellán de las Hijas de San José (protectoras de la infancia). El vicerrector, un cura chileno, que protagonizó un escándalo mayúsculo. Vistiendo ropas de paisano —quizás desnudo en ese momento— fue detenido en una descomunal pelotera en un burdel.

El Instituto estaba en Agustinas, entre Cueto y García Reyes. Ahora es un liceo del mismo nombre. Pero entonces los alumnos éramos niños de familias venidas a menos y el colegio era barato.

Carlitos era hijo único. Su mamá, viuda de un magistrado de la Corte, trabajaba en la Casa de Moneda. Mi mamá era separada y trabajaba en el Instituto de Crédito Industrial. Ambos éramos niños de la Plaza Brasil donde los muchachos grandes se agarraban a puñetes con los cadetes militares los sábados por la noche. Eran fieros combates por el amor de tiernas niñas que hoy son abuelas.

La familia de Carlitos tuvo plata y un caserón en la aristocrática calle República. Un tío abuelo, pintor, dilapidó la fortuna. Hubo

también un bisabuelo buscador de oro en California. Las historias eran vagas. Hasta el apellido Coo, decía Carlos, no era lo que parecía. En su origen fue Cohen.

Yo también tenía un secreto terrible: una tía loca — prima de mi madre — internada en las Monjas de la Preciosa Sangre. El convento — en la esquina de Compañía sobre la Plaza Brasil — tenía ventanas enrejadas para impedir la fuga del desvarío.

Carlos y su mamá, así como mi hermana Amelia, mi mamá y yo, vivíamos en pensiones. Nuestro universo privado era una pieza, un par de camas, una radio, un anafe Primus y un par de maletas con ropa. Cada cierto tiempo mi mamá contrataba una carretela y nos mudábamos en el mismo barrio. Las mudanzas eran mi fiesta triste. Como el hombre de la familia iba en el pescante con el conductor de la carretela; por un rato era señor de los caballos.

No sé si Carlitos tuvo las mismas experiencias. Recuerdo su timidez: se sonrojaba fácil, no sabía defenderse de los demás niños. Yo, que nunca fui bueno para los combos, lo protegía. Agradecido, él compartía conmigo su sandwich de dulce de membrillo, pero yo prefería mi marraqueta con aceite y sal. De la pobreza no hablábamos. Pero sí de los seriales — Flash Gordon, El Arquero Verde, El Hombre Araña, El Llanero Solitario — que seguíamos los domingos en el teatro Alcázar o en el Novedades. La avenida Portales, provinciana hasta hoy, y la querida Plaza Brasil, eran los inconmensurables territorios de nuestra fantasía. En la plaza todavía está el árbol añoso y digno, de grandes nudos y espeso follaje, nuestro bergantín de 40 cañones cuando Carlitos y yo fuimos camaradas de Sandokan, el Tigre de la Malasia.

Carlos siempre llegaba tarde a clases. No perdió esa costumbre. También aparecía en *PF* con sus críticas de cine y televisión sobre la hora del cierre. Yo cumplía mi deber de director, ponía cara de circunstancias, lo amenazaba: la próxima vez su material quedaría

fuera. Carlitos abría tamaños ojos, farfullaba, enrojecía y comenzaba a hilvanar promesas. Entonces yo me echaba a reír y volvíamos a ser niños. Porque los viejos seguimos siendo niños, aunque sólo podemos reconocernos entre nosotros mismos.

Por eso no quise verlo en su ataúd. Me contaron que estaba en paz, parecía no tener temor alguno.

Manuel Cabieses Donoso ("Punto Final", Nº 375, segunda quincena de agosto de 1996).

Llanto por el Chico Díaz

Cuando se me murió el Chico Díaz fue como una puñalada en la espalda. Me dejó mudo. El Chico fue mi compañero en la fundación de Punto Final, mi mejor amigo y confidente. Para mis hijos era simplemente el Tío Chico. Cuando se aparecía por casa había que regalonearlo con las comidas que más le gustaban. Porque el Chico era de buen comer. Yo, en cambio, a pesar de sus pacientes lecciones, nunca pude pasar del arroz graneado con huevos fritos. El Chico Díaz y el Perro Olivares aprendieron a comer y beber fino en París, en el hotelito de Madame Sauvage, donde se hicieron inseparables del poeta Nicolás Guillén, aficionado también al trasnoche, el buen trago y las mujeres cariñosas. En París debe ser, no me acuerdo, donde el Chico «conoció» a la enana del circo de la que se enamoró perdidamente. Una historia más falsa que Judas que inventó el Negro Jorquera para hacer rabiar a la Amelia, la mujer del Chico, una pelirroja de cuerpo macizo -y ancestro español por más señas – que ardía de celos cada vez que en una reunión el Negro se acordaba de la enana del circo. Y se acordaba en todas las reuniones.

Pero no se crea que el Chico era pura risa y pasarlo bien. Por el contrario, era cosa seria cuando de hacer cosas serias se trataba. Tenía ya 45 años (y yo 32) cuando fundamos *Punto Final*. Ambos trabajábamos en el diario *Última Hora* de Aníbal Pinto y Arturito Matte. El Chico tenía una larga carrera en el periodismo — que ini-

ció en Valparaíso — y mucho prestigio como profesional. No sé bien cómo nos hicimos tan amigos, porque éramos distintos en muchas cosas, hasta en aspecto físico. Él chico, yo grandote. Cuando llegábamos a las reuniones de *PF* en casa de Jaime Faivovich — que se gastaba su sueldo de taquígrafo de la Cámara de Diputados para agasajarnos con ostras y vino blanco —, no faltaba alguien, el Perro Olivares, el Negro Jorquera, Hernán Uribe o el abogado Alejandro Pérez que anunciaba: «Ya llegó la yegua parida».

Así y todo, al Chico y a mí nos gustaba caminar conversando por el centro de Santiago, ajenos a toda sonrisa irónica. Así fue como un día - recuerdo que pasábamos frente a Falabella en Ahumada – a él o a mí, no estoy seguro, pero supongamos que a él, se le ocurrió el nombre de la revista que queríamos fundar. *Punto* Final, dijo. Y así quedó. Queríamos una tribuna sin censura y que le pusiera punto final a un tema de actualidad. Los primeros números de PF, financiados con nuestros sueldos, fueron folletos de reducido tamaño. Todavía no llegábamos a la revista. El Chico y yo íbamos a venderlos a la puerta del Café Haití porque sólo unos pocos kioscos los aceptaban. Nuestros colegas periodistas pronosticaban corta vida a Punto Final. El Pelado Augusto Carmona nos echó una mano y como era de jefe de prensa en el Canal 9, nos hizo un par de notas. No dejaba de ser curioso. Dos periodistas vendiendo folletos a las puertas de un café. Después del número 8 ó 9 ó 10, quizás (ni siquiera tenemos una colección para consultar) dimos el gran salto. Punto Final se convirtió en revista con distintas secciones y reportajes. El gran impulsor del cambio no fue un periodista, sino un economista: Jaime Barrios Meza, que vino de vacaciones desde La Habana donde trabajaba con el Che. Nos invectó ánimo y audacia. Había que atreverse. Pero el problema era el equipo. ¿Con quiénes hacer la revista? Ningún problema, dijo Jaime. Ahí estaban Augusto Olivares, Jaime Faivovich, Carlos Jorquera, Hernán

Uribe y nosotros con el Chico, claro. Me convertí en director y él en secretario de redacción. ¿Y la plata? Ningún problema, dijo Jaime: letras y cheques a fecha y un gerente con capacidad para manejar las deudas con la imprenta. El abogado Alejandro Pérez era el indicado. Lo que faltara lo pondrían amigos y lectores de la revista. Y así fue.

Es así como hemos llegado al 37 aniversario de *PF...* pero sin el Chico Díaz.

Su yerno, Osvaldo Rivera, también periodista, escribió: «Cuando fundó *Punto Final* junto a Manuel Cabieses en 1965, ya sabía que —de alguna manera— estaba quemando las naves. Muchas veces discrepamos analizando posiciones en las que no coincidíamos. Pero en el exilio, el Chico Díaz demostró el temple de su consecuencia y la convicción de sus ideas».¹

En realidad ese temple yo se lo conocía de mucho antes. A una edad en que lo de «periodista militante» a muchos aún les parece ajeno, el Chico se hizo militante y revolucionario. Lo fue con pasión. Tuvo el honor de llevar a Cuba el Diario del Che que vino a nuestras manos... pero esta es otra historia. De la prensa legal el Chico pasó a la clandestina y en México dirigió la edición internacional de *Punto Final*.

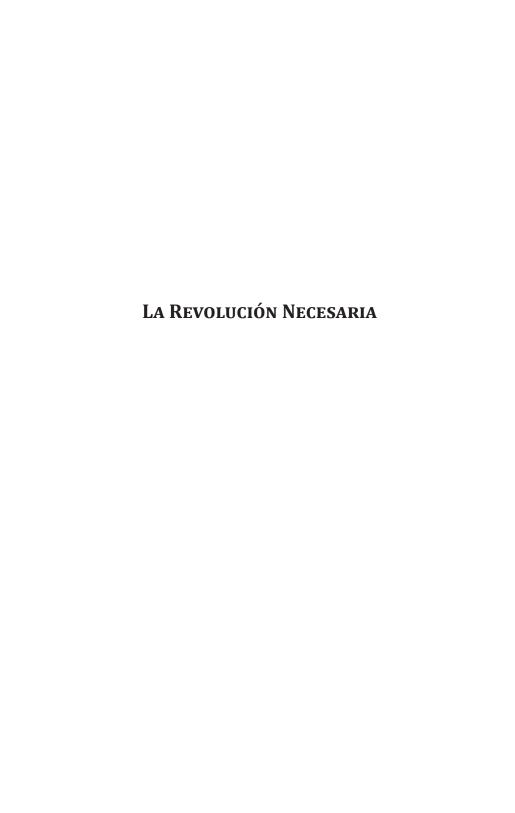
Murió en el exilio, en Buenos Aires, el 14 de agosto de 1985, en la puerta del edificio donde vivía, de regreso de un viaje a Caracas. Lo supe porque yo estaba ahí, en Argentina, pero clandestino, así que no pude ayudar en las deshumanizadas gestiones para que la dictadura permitiera al Chico volver a su patria en un cajón de madera. Supe su muerte ese día porque acompañaba a mi hija Paca cuando llamó por teléfono al departamento del Chico y el conserje le contó que Mario había muerto de un ataque al corazón y que

¹ *Morir es la noticia*, Ernesto Carmona, editor, 1997.

la policía revisaba sus papeles. Nunca he visto llorar a alguien tan desconsolada como a la Paca cuando me dijo que el Tío Chico había muerto. Me quedé mudo, sigo mudo.

El dibujante Palomo le hizo un homenaje mediante una caricatura que está en mi oficina en *Punto Final*. Que sirva de epitafio. Lo dice todo, mejor que yo.

Manuel Cabieses Donoso (Publicado en "Punto Final", edición Nº 528).



La revolución necesaria

Chile necesita una revolución para que el poder cambie de manos: de las de la oligarquía a las del pueblo. Las reformas por bien intencionadas que sean, resultan insuficientes. Más aún cuando solo persiguen afinar el sistema sin afectar los privilegios de la elite y ciñendose a una Constitución de matriz autoritaria y oligárquica. Así lo han demostrado los regímenes neoliberales del último cuarto de siglo. La institucionalidad -que fundó el terrorismo de Estado- bloquea el camino de la democratización y del saneamiento moral del país. Esos objetivos son tarea de una revolución. De un proceso social, político y cultural que supere al tímido reformismo socialdemócrata o liberal.

La historia de lucha del pueblo chileno -plagada de masacres y represiones- sufrió en 1973 un golpe demoledor. El presidente Salvador Allende había iniciado un proceso social de horizontes revolucionarios. Algunos, equivocadamente, no valoramos lo suficiente esa perspectiva. Pusimos más énfasis en alertar sobre el golpismo y en polemizar con los sectores vacilantes de la UP que en alentar la eclosión revolucionaria que podía desencadenar el proceso. La oportunidad pasó y el gobierno popular se vio atrapado en el cepo institucional que lo desgastó y entregó inerme a sus enemigos.

La lección de ese breve periodo histórico -al que siguió la heroica lucha de resistencia al terrorismo de Estado- establece que hay una diferencia enorme entre las reformas que sirven al sistema

capitalista para ayudarlo a salir de sus crisis -como las que impulsa el actual gobierno- y las que pueden generar enormes fuerzas antisistémicas. Tal diferencia la tuvieron clara la oligarquía y el capital norteamericano, aun antes que Allende asumiera la Presidencia. Los enemigos del pueblo no tienen escrúpulos a la hora de defender sus privilegios. Así ha sido y será siempre. La conspiración -aceitada con fondos cuantiosos- puso en pie de guerra a las instituciones. Es una falacia sostener que los responsables de las violaciones de los derechos humanos fueron individuos y no instituciones. Por cierto hubo forajidos de uniforme que cumplieron el rol de verdugos. Pero los esbirros obedecían a mandos institucionales y cobraban sueldos del Estado. Lo mismo sucedió con los tribunales, partidos, medios de difusión, corporaciones empresariales y gremiales, etc. Continúan siendo una amenaza y han conseguido paralizar la llamada "transición a la democracia".

El siniestro pasado de estas instituciones y los actos de corrupción que han estallado en sus narices, revelando el sórdido maridaje de política y negocios, son factores determinantes de la crisis del Estado. Esa crisis sólo puede superarla una refundación mediante una nueva Constitución Política. Su legitimidad la dará por primera vez en nuestra historia una Asamblea Constituyente elegida por el pueblo y cuya propuesta será aprobada en un plebiscito.

Lo anterior significa intentar una revolución democrática que necesitará acumular mucha fuerza para disuadir al golpismo y la intervención imperialista, o enfrentarlos si es necesario.

Este proceso será largo y complejo... pero es posible. La mayor dificultad consiste en remover la indiferencia que en forma estéril rechaza al sistema capitalista y a su institucionalidad. El concubinato de los negocios y la política ha terminado por desplomar el respaldo social de instituciones, partidos y empresas. Ha dejado en evidencia que el mercado libre no existe, que las empresas se coluden para estafar al consumidor, que los ahorros de los trabajadores son utilizados para la especulación financiera, que la corrupción es un modo de vida de políticos, funcionarios y empresarios.

La institucionalidad nunca había estado tan debilitada como ahora. Sin embargo la dispersión de las fuerzas anti neoliberales impide construir un proyecto de democracia participativa, de justicia social, de plena soberanía sobre nuestras riquezas naturales y que abra paso a las nuevas generaciones para que se hagan cargo del gobierno del país.

No obstante, la crisis político-institucional está ayudando a despertar las conciencias. La resistencia actualizará las experiencias solidarias y de unidad de trabajadores, estudiantes, pobladores, pueblo mapuche, pensionados, pescadores, mujeres, jóvenes, etc. Es tiempo de terminar con la dispersión. Esto puede lograrlo un programa mínimo para convocar -en un proceso ascendente- a un potente movimiento social y político que imponga la Asamblea Constituyente por la razón o la fuerza. Ese programa podría plantear, por ejemplo, que la Constitución garantice el derecho universal a salud y educación gratuitas y de calidad; un sistema de seguridad social administrado por el Estado para terminar con el robo de las AFPs y las isapres; atención preferente de niños y ancianos por el Estado; la identidad y autonomía de los pueblos originarios; la nacionalización del cobre y el litio; el referéndum revocatorio de los mandatos populares; Asamblea Nacional como única cámara legislativa; límites razonables a las ganancias de las inversiones nacionales y extranjeras; sancionar con cárcel la colusión de empresas; fijar un salario máximo para acortar la diferencia de ingresos; derecho al aborto para la mujer; reconocer el matrimonio gay; democratizar las FF.AA. y Carabineros; asegurar la protección del medioambiente; y una política exterior de unidad e integración latinoamericana.

Se trata de reformas, desde luego, pero de reformas revolucio-

narias destinadas a cambiar el alma de un país indignado por la codicia de la oligarquía y de la casta política.

Manuel Cabieses Donoso Editorial "Punto Final", edición Nº 846, 4 de marzo 2016.

¿Una nación de borregos?

En 1961 un ex oficial de la Armada norteamericana, William J. Lederer¹, publicó *Una nación de borregos*, escudriñando el alma de EE.UU. Describió a su país como una nación sumisa, ignorante y aletargada por los medios de comunicación. Una nación de borregos analiza crudamente los métodos de la elite político-militarempresarial que maneja la opinión pública como un material maleable que utiliza a su antojo.

Ha pasado más de medio siglo y ese fenómeno es ahora mucho peor. Un troglodita forrado en millones de dólares amenaza, por ejemplo, convertirse en presidente de EE.UU. Las intervenciones norteamericanas -golpes de Estado, invasiones, guerras de rapiña, bloqueos, asesinatos políticos, imposición de tratados denigrantes para la soberanía de naciones indefensas, etc.- se han extendido por todo el mundo. Chile lo sufrió en 1973 y hoy la amenaza se cierne sobre Venezuela. El indecente comportamiento de los gobiernos demócratas y republicanos no ha logrado todavía despertar a la nación de borregos.

En Chile está sucediendo un fenómeno parecido. Es hora de preguntarnos si nos estamos convirtiendo en borregos pastoreados por el duopolio político y mediático. Esto nos llevaría a renunciar a nuestros derechos y deberes de ciudadanía en una república democrática. Permitiríamos así que gobernaran sin contrapeso las

¹ Coautor con Eugene Burdick del libro *El americano feo*, llevado al cine.

grandes empresas nacionales y extranjeras y las pandillas de políticos corruptos que son sus devotos servidores.

La actual crisis político-institucional cuenta con un aliado que le permite ganar tiempo y eludir el severo castigo que merecen sus responsables. El mejor aliado de la corrupción y de los abusos con la población es la indiferencia ciudadana. Las elecciones municipales de este año mostrarán sin duda una abstención superior al 60% que se produjo en las presidenciales de 2013. Las revelaciones del Ministerio Público sobre corrupción han aumentado a niveles superiores al 80% el rechazo a instituciones, políticos y a la política en general. En tanto, la Fiscalía Nacional Económica ha denunciado las colusiones de empresas que imponen los precios de los productos con que esquilman a la población. Estas denuncias -que abarcan al conjunto del mercado- han dejado en evidencia que la libre competencia, pilar del sistema, es un puro cuento. Sin embargo la población mantiene -hasta ahora- una actitud de sumisa resignación.

Lo mismo ocurre con el transporte público, que en rigor debería depender del Estado y los municipios. El temor a denunciar, debatir y sobre todo a participar en organizaciones sociales y políticas, es una herencia del terrorismo de Estado. En paralelo, Chile ha sufrido durante casi medio siglo el proceso de colonización cultural del neoliberalismo, que es algo más que una teoría económica. Lo que somos los chilenos en el siglo XXI -ignorantes y ajenos a la solidaridad entre seres humanos-, es resultado de la implantación de un modelo político, económico y cultural reñido con nuestra propia cultura y las tradiciones de organización y de lucha de nuestro pueblo. Un modelo impuesto a punta de bayonetas y tarjetas de crédito y que no será fácil desmontar.

Pero la propia crisis político-institucional permite descubrir caminos para superar la indiferencia ciudadana. El más importante es el que conduce a una Asamblea Constituyente que elabore y plebiscite una nueva Constitución.

Esto requiere de un proceso de reactivación social destinado a acumular fuerzas para vencer la resistencia que opondrá una institucionalidad desvencijada y corrupta pero aún capaz de engañar y reprimir al pueblo.

Los componentes más importantes de este proceso de acumulación de fuerzas son las demandas que representen las necesidades de la mayoría. Demandas que sólo se alcanzarán en un Estado inspirado en valores humanistas y solidarios. Por ejemplo el derecho universal a la salud y educación gratuitas y de calidad. Es un insulto a la dignidad humana la situación en que trabajan los hospitales públicos en que el pueblo debe esperar meses o años para una intervención. También hay que terminar con la especulación de laboratorios y cadenas farmacéuticas fijando precios a los medicamentos y apoyando a las farmacias populares. Por su parte, los jardines infantiles, escuelas primarias y colegios deben contar con los mismos recursos e infraestructura para formar niños en igualdad de condiciones. Los ancianos junto con los niños deben gozar de la atención preferente del Estado, mediante la creación de hogares confortables y dignos.

La justicia social comienza por el salario. En Chile la diferencia es abismal. Más de un millón y medio de trabajadores, uno de cada cuatro según la Fundación Sol, gana el salario mínimo: 250 mil pesos (356 dólares). Un parlamentario, en cambio, recibe 37 veces más. Fijar un salario máximo -como planteó Alfonso Baeza Donoso, ex vicario de la Pastoral Obrera-, es indispensable para acortar la brecha salarial. Esto debe quedar establecido en las leyes que generará la nueva Constitución.

Chile necesita una verdadera reforma tributaria. Los ricos tienen que aportar más. Mucho más. No resiste ninguna lógica que existiendo tan graves problemas sociales, haya chilenos que poseen fortunas de hasta diez mil millones de dólares, según la revista Forbes. Esto ofende a un país que no ha logrado derrotar la

pobreza y extrema miseria. Un país donde muchos duermen en las calles y se alimentan escarbando la basura de los restoranes. Se impone una reforma tributaria solidaria. Chile puede soportar unos cuantos ricachones siempre cuyo aporte tributario sea consistente con las necesidades del país. Pero es intolerable la acumulación de fortunas que se han levantado mediante la especulación y la explotación de seres humanos y de riquezas naturales sin que existan esos aportes.

La inversión extranjera está saqueando el país con la complicidad de gobiernos elegidos por un pueblo desorientado. La dictadura abrió las puertas a esos abusos, pero los gobiernos civiles fueron más allá. En el periodo 1996-2010 -gobiernos de la Concertación-, la inversión extranjera alcanzó cerca de los 62 mil millones de dólares y sus ganancias totales fueron de ¡132 mil millones de dólares! ¡Las inversiones extranjeras se pagaron solas en apenas catorce años! Dicho de otro modo: por cada dólar que entró como inversión el país pagó dos dólares. En el primer gobierno de Bachelet la inversión extranjera directa fue de 52 mil millones de dólares y las ganancias del capital ascendieron a 75 mil millones de dólares.

Cualquier año que se tome como referencia -a partir de 2005, en que la renta de la inversión extranjera crece bruscamente-, representa varias "reformas tributarias" como la que ha impulsado este gobierno o el "royalty" de Piñera. El año 2007, en el primer gobierno de Bachelet, estas ganancias registraron un récord: 22.832 millones de dólares. Lo cual explica la identificación de los inversionistas con los gobiernos de la ex Concertación y el apoyo financiero entregado a sus candidatos y partidos. La última candidatura de Bachelet gastó 5.377 millones de pesos, más que todos los demás candidatos juntos, según declaración al Servicio Electoral. La cuenta no incluye los gastos de "precampaña" recaudados en Soquimich, Enersis y otras empresas por Peñailillo y su G90.

Poner un límite a las grandes fortunas y a la renta de la inversión extranjera es un objetivo natural de la revolución democrática que comenzará con la convocatoria a la Asamblea Constituyente. Alcanzar ese objetivo se ha hecho más difícil por la adhesión del gobierno de la Nueva Mayoría al TPP (Trans Pacific Partnership). Es un tratado que lesiona el interés nacional al ceder soberanía a tribunales extranjeros en las controversias del Estado con inversionistas extranjeros. Denunciar el TPP para liberar a Chile de las obligaciones que impone ese tratado es un asunto de importancia nacional. Lo mismo que la revisión de los acuerdos de libre comercio que Chile ha suscrito con 64 países. La nueva Constitución debe establecer la prohibición de suscribir tratados que resignen el derecho inalienable del Estado a juzgar con sus propias leyes los conflictos en su jurisdicción.

Entre tanto, la crisis político-institucional avanza con velocidad. Sin embargo puede extenderse por tiempo indefinido y tomar características aún más graves si los ciudadanos no nos unimos para exigir la convocatoria a una Asamblea Constituyente. Por lo pronto cabe denunciar las maniobras que se hacen en la oscuridad para un "perdonazo" de los actos de corrupción de la Nueva Mayoría y la derecha.

Se necesitan nuevos liderazgos sociales y políticos, limpios de corrupción. Sobre todo de jóvenes, los llamados a dirigir este proceso de saneamiento moral de la política y de construcción de nuevas bases institucionales.

Manuel Cabieses Donoso Editorial de "Punto Final", edición Nº 847, 18 de marzo 2016.

Luz que agoniza

Relegada a funciones protocolares y actividades menores, la presidenta Michelle Bachelet vive la decadencia irremediable de su segundo gobierno. Es el destino de los liderazgos artificiales que se fabrican con técnicas de marketing y mucho dinero. La caudalosa publicidad, muchas veces asesorada por expertos internacionales, sirve de conexión del mercado con la política. Esta rama del mercantilismo se especializa en "vender" imágenes que pocas veces corresponden a la realidad. Sin embargo, llega un momento en que el arte de gobernar pone a prueba la capacidad del producto.

En el caso de la presidenta Bachelet, no obstante, ella misma está contribuyendo a cavar la tumba de su prestigio y autoridad. Su debilidad frente a la corrupción -que ha emponzoñado la política-y su incapacidad para enfrentar la crisis político-institucional, van a sellar su destino político. Su desempeño como gobernante será juzgado severamente por la historia. Ya lo es por sus contemporáneos. Los historiadores le otorgarán especial atención por haber sido la primera mujer presidenta de la República de Chile (en dos periodos) y bajo cuyo mandato se profundizó la crisis político-institucional del país.

La vida tiene sus vueltas... Verónica Michelle Bachelet Jeria estaba llamada a jugar un papel muy diferente. Hija de un general constitucionalista, colaborador del presidente Salvador Allende, que murió en prisión por las torturas que le infligieron los oficiales golpistas, la joven militante socialista no vaciló en incorporarse a

la resistencia contra la dictadura. Se jugó la vida en el equipo de comunicaciones de la primera dirección clandestina del PS¹, aniquilada más tarde por la Dina. Junto con su madre estuvieron detenidas en Villa Grimaldi, el santuario de torturas y crímenes de la Dina. Ambas tuvieron que salir al exilio.

En 1979 volvió de la RDA -donde participó en la solidaridad con la resistencia en Chile-. Concluyó sus estudios de medicina y trabajó como pediatra en el Pidee, una fundación de asistencia a niños afectados por los estados de emergencia. No tardó en incorporarse a la lucha antidictatorial, colaborando con el Frente Patriótico Manuel Rodríguez. Militó en el PS-Almeyda, el sector más radical del socialismo que enfrentó la "renovación" socialdemócrata. Cuando las diferencias se superaron, Bachelet fue miembro del comité central del PS unificado y tuvo su primera experiencia electoral. Fue candidata a concejal por Las Condes y obtuvo un aleccionador 2,35%.

Su inclinación por los temas militares la llevaron a estudiar en la Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (Anepe) del ejército. Viajó a EE.UU. becada por el Colegio Interamericano de Defensa. En el gobierno del presidente Ricardo Lagos fue ministra de Salud y Defensa. La chispa de una periodista -María Angélica Alvarez, ex mirista de ejemplar militancia en la clandestinidad- la "descubrió" como candidata presidencial. La instaló con éxito en las encuestas. Bachelet derrotó (53,5%) a Sebastián Piñera y en marzo de 2006 se convirtió en la primera mujer presidenta.

Su trayectoria política levantó muchas esperanzas en sectores de Izquierda que votaron por ella en esa primera oportunidad. La misma simpatía consiguió en América Latina, que valoró su victoria como un triunfo de la Izquierda. Un factor importante en esas apreciaciones fue la decepción que causaron los anteriores gobier-

Juan Azócar Valdés, Lorca, vida de un socialista ejemplar. Ediciones Radio Universidad de Chile

nos, en particular el de Ricardo Lagos. Este "socialista" fortaleció el sistema neoliberal al extremo indecente de merecer las alabanzas del capital financiero. La oligarquía agradecida le concedió el título de "estadista" que conserva hasta hoy.

El primer gobierno de la presidenta Bachelet, sin embargo, no se diferenció mucho de la administración del presidente Lagos. Al contrario, profundizó las políticas neoliberales y se convirtió en heredera -como sus antecesores- del legado de la dictadura. Rasgos positivos, sin embargo, tuvieron sus políticas latinoamericanas que acercaron posiciones -aunque con remilgos- con los gobiernos de Chávez, Lula y Kirchner. Pero a la vez, su primer año de gobierno marcó un récord -todavía no superado- de ganancias para la inversión extranjera.

Su segundo gobierno, en cambio, nació herido en el ala por la abstención electoral que alcanzó casi al 60%. Con el apoyo oficial de partidos de Izquierda como el Comunista, Izquierda Ciudadana y MAS, incorporados a la Concertación que se convirtió así en Nueva Mayoría, Bachelet alcanzó el 46% de los votos en la primera vuelta. En el balotaje llegó al 62%. Pero solo votó el 42% de electores. Esta débil base social y política obligaba a una conducción presidencial resuelta y audaz a fin de encarar el desgaste de la institucionalidad. Se necesitaba (se necesita) un nuevo paradigma social y político con una carga ética muy grande. Pero se actuó al revés.

El programa de la Nueva Mayoría, inicialmente apoyado por el empresariado -que contribuyó generosamente a los gastos de campaña-, propone el "afinamiento" del motor del Estado. Pero lo que urge es cambiarlo para alcanzar el rango de una verdadera y potente democracia. El empresariado se dio cuenta muy luego que se encontraba ante un gobierno débil conformado por contradictorias corrientes políticas. Decidió por lo tanto recortar aun más los moderados alcances del programa reformista neoliberal de la Nueva Mayoría. Lo consiguió con las reformas tributaria y educacional y lo obtendrá con el esperpento de reforma laboral que se cocina en el Congreso.

Por supuesto la responsabilidad del fracaso de este gobierno -cuya molicie acentúa la crisis institucional-, no es solo de la presidenta Bachelet. También es de los siete partidos que la acompañan y que se reparten proporcionalmente las tajadas del presupuesto nacional. Pero la responsabilidad política de la mandataria -ya sea por acción u omisión- no puede soslayarse. El juicio sobre su administración será más categórico cuando el tiempo permita analizar con más antecedentes este periodo gris de nuestra historia.

En vez de hacerse cargo de la situación, la presidenta acentuó con su displicencia los factores que abrieron un foso de desconfianza entre el pueblo y unas instituciones carcomidas por su origen y por la corrupción. El comportamiento de la presidenta frente a la corrupción merece una dura crítica. Se esperaba de ella una actitud más resuelta y una condena enérgica a los casos que afectan a los partidos de gobierno y a su propia familia.

Su silencio es un símbolo del penoso cambio ideológico y cultural que el neoliberalismo produjo en las conciencias de muchos que ayer fueron leales y consecuentes militantes de Izquierda. No es un fenómeno individual, es masivo. Un caso colectivo relevante de transformismo ideológico es el Partido Socialista, que hoy cumple las funciones del Partido Liberal del siglo pasado. El único pronunciamiento que se conoce de la presidenta sobre los oscuros negocios de su hijo, fue calificar de un "error" que Sebastián Dávalos acompañara a su esposa, Natalia Compagnon, a la entrevista con Andrónico Luksic Craig, dueño del Banco de Chile. La cita permitió a la modesta empresa Caval obtener un préstamo de 6.500 millones de pesos destinados a multiplicarse en una especulación inmobiliaria. Es increíble que la presidenta se enterara de los trajines financieros de sus familiares por la prensa. En el negocio de Caval que ahora investiga el Ministerio Público- participaron decenas

de personas en bancos, notarías, municipios y servicios públicos. Los servicios de inteligencia, o al menos los círculos políticos allegados a La Moneda, tuvieron que conocer algo de los manejos de Caval y poner en alerta al gobierno.

Lo que sucede es que los sectores de gobierno (y de oposición parlamentaria), comparten el punto de vista que trasunta la presidenta. O sea que la relación de la política con los negocios tiene una sola dimensión mensurable: lo que permite la ley. Si algo es legal, está bien. No importan los procedimientos ni los fines si se ajustan a la ley. Esta forma de pensar es la manifestación más depurada del pensamiento neoliberal. Su "filosofía" se ha adueñado de la casta política, barriendo con la ética y el bien común. El fin supremo pasa a ser la acumulación de riqueza. Para darle impunidad a la corrupción se hacen leyes ad hoc (hoy sabemos que las redactan los propios cohechadores de parlamentarios). Legalmente, se pueden cometer "errores" sin incurrir en delitos.

Michelle Bachelet -aquella de los años 70 y 80- habría encabezado, seguramente, una ofensiva nacional contra la corrupción en la política y planteado al pueblo un programa radical de cambios democráticos. En cambio, la presidenta Bachelet cargará con la responsabilidad de haber acentuado la crisis político-institucional al esquivar un combate necesario. Su debilidad permitirá que el próximo gobierno caiga en manos de un hombre fuerte -elegido por una minoría- que vendrá a "poner orden". Son las ironías de la historia. Para desempeñar ese papel la Nueva Mayoría y la oligarquía ya tienen candidato: Ricardo Lagos Escobar.

Esto sucederá si las organizaciones sociales no se ponen las pilas y levantan un programa unitario que convoque al pueblo a dar las batallas por sus derechos con su propia alternativa.

> Manuel Cabieses Donoso Editorial de "Punto Final", edición Nº 848, 1º de abril 2016.

¿Con o sin las fuerzas armadas?

El proyecto de revolución democrática que no se apoye en la unidad pueblo-fuerzas armadas, está condenado a la derrota. Esa fue la lección chilena de 1973. Ella repitió lo que ha sucedido invariablemente en la historia. De poco vale una victoria electoral si no se cuenta con respaldo armado para defenderla.

Las fuerzas armadas se desempeñan habitualmente como matones profesionales de los poderosos. Sus incursiones represivas han causado mucha muerte y desolación. Sin embargo, hay excepciones. Una muy notable es la de Venezuela. El liderazgo del comandante Hugo Chávez logró hermanar al pueblo y las fuerzas armadas. Ambos factores de poder se plantearon un objetivo común: la revolución bolivariana, socialista y antiimperialista, hoy acosada por la arremetida reaccionaria que encabeza EE.UU.

El cómo integrar a las FF.AA. a un proyecto de profundos cambios políticos, sociales y culturales para reemplazar la desgastada y corrompida institucionalidad, es un problema fundamental que el movimiento popular tendrá que descifrar en el próximo futuro.

Por ahora las fuerzas armadas sólo constituyen una pesada carga para el país. Chile soporta uno de los presupuestos de guerra más grandes de América Latina. Eso acarrea la inevitable actividad de la corrupción que pulula en el negocio de los armamentos. La dictadura militar que padeció Chile demostró cómo esos regímenes pueden enlodar mediante la codicia los valores que dicen defender, entre ellos el patriotismo.

Por otra parte, el país sigue viviendo las consecuencias dolorosas de la tragedia que protagonizaron las fuerzas armadas manipuladas entre 1973 y 1990. En 1973 se interrumpió una vía de desarrollo democrático y social que continúa bloqueada. Los gobiernos post dictadura no han hecho sino perfeccionar ese modelo. La lección a tener presente es clara: la revolución democrática no es posible si las fuerzas armadas continúan asociadas ideológicamente y sirviendo de guardia pretoriana a la oligarquía. Es su destino si las fuerzas populares no las rescatan para un proyecto de cambio social.

Ciertamente no hay nada más patriótico para unas fuerzas armadas honorables que una alternativa política destinada a recuperar la soberanía nacional, la propiedad de nuestras riquezas y establecer una plena y efectiva igualdad de derechos de los chilenos. Es evidente que hoy no existe la posibilidad de incorporar a las fuerzas armadas a un proyecto de esta naturaleza. Siguen uncidas a una doctrina que muestra la revolución social como el enemigo interno a reprimir. La solidaridad del alto mando con los ex altos oficiales condenados por crímenes de lesa humanidad continúa hasta después de la muerte de ellos.

Pero la unidad pueblo-fuerzas armadas es tarea indispensable en una estrategia revolucionaria, y habrá que buscar modos de asumirla. Es parte de la "batalla de ideas" cuya misión es poner fin a la pasividad y sumisión en que se encuentra la ciudadanía. Es una batalla ardua y compleja porque significa remover una lápida de temor. En la base de la indiferencia respecto a la política -ahora acentuada por el rechazo a la corrupción-, está el temor de volver a sufrir el terrorismo de Estado. La extrema brutalidad de la dictadura marcó a fuego a un pueblo que aún siente miedo. El temor produce vergüenza, por eso se oculta. Pero está presente en cada acto de la vida cotidiana. En la moderación conservadora del discurso, en las propuestas conciliadoras, en las promesas de

reformas inocuas que se diluyen en los consensos. El temor está presente en la renuencia de los jóvenes a asumir las responsabilidades cívicas que hoy les corresponden, eternizando burocracias políticas y sindicales amansadas en el cepo del autoritarismo.

La actual relación pueblo-fuerzas armadas se estructura a partir del temor y desconfianza mutuas. También influye la colonización cultural implantada mediante terrorismo de Estado y tarjeta de crédito. El chileno vive de espaldas a sus responsabilidades como ciudadano de un país que aspira a mayores espacios de democracia y justicia, de un país capaz de compartir los frutos de su trabajo. La colonización cultural ha significado un retroceso muy grande en los niveles de educación política y conciencia solidaria alcanzados antes del golpe de 1973. El pensamiento conservador, basado en el individualismo, es hegemónico y bloquea las vertientes ideológicas que deberían alimentar nuestros sueños.

Chile no ha sido nunca una taza de leche como se trata hacer creer para sembrar la sumisión. Nuestro país no escapa a la historia revoltosa y heroica de América Latina y el Caribe, continente del que somos parte aunque no lo sepamos. Los golpes de Estado de José Miguel Carrera -a caballazo limpio-, las guerras civiles de 1829, 1851, 1859 y 1891, la masacre de Lo Cañas, los siete motines militares, la sublevación de la Armada en 1931, el derrocamiento de Ibáñez, la fugaz República Socialista de 1932, el surgimiento del sindicalismo clasista y de los partidos obreros, las masacres del siglo pasado en los gobiernos de Germán Riesco, Arturo Alessandri, Jorge Alessandri y Eduardo Frei Montalva, la traición de González Videla y sus campos de concentración, la conspiración de la Línea Recta ibañista y la efusión de sangre del golpe de Estado de 1973, dan cuenta de una trayectoria de agitación y escasas victorias que nos miran desde el fondo de nuestra alma nacional, tristona y apequenada. La heroica resistencia contra la tiranía de Pinochet y su pandilla protagonizada por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez

y el MIR, son capítulos de nuestra historia que merecen el homenaje de las nuevas generaciones.

Corresponde hoy a los jóvenes tomar la iniciativa para construir la nueva alternativa social y política. Lo razonable es tomar en cuenta la historia para no cometer los mismos errores. Seguir los caminos trillados de los 70 que desembocaron en una espantosa derrota para el movimiento popular, sería fatal. El pueblo lo sabe y por eso no se entusiasma ni apoya los intentos de repetir una estrategia cuyo final se conoce de antemano.

Gobernar para las mayorías y velar por la soberanía nacional no es solo un asunto electoral. Toda democracia desarmada que intente efectuar cambios importantes está condenada a sufrir una derrota. De ahí la importancia de construir la alianza pueblo-fuerzas armadas. No es imposible, como lo ha demostrado la experiencia de Venezuela. Se cambió la doctrina militar tradicional y la Fuerza Armada Nacional Bolivariana hizo suyos los valores del socialismo y del antiimperialismo. A esto se debe el furor de la campaña internacional para desestabilizar al gobierno del presidente Nicolás Maduro. La alianza que defiende la revolución es el objetivo a destruir para reapropiarse del petróleo.

¿Es posible en Chile reemplazar la desconfianza y temor hacia las fuerzas armadas por la hermandad de una lucha por objetivos comunes?

Lo creo posible si ese esfuerzo se enmarca en un proyecto de justicia social para los discriminados, que también son los soldados y sus familias. Conjugar intereses comunes puede hacerlo la movilización popular, levantando un programa que incluya las demandas de las fuerzas armadas comenzando por su reorganización democrática. Salud, educación, vivienda, trabajo, salario y previsión social dignos, democracia participativa, revocación de mandatos, recuperación de las riquezas naturales, reconocimiento del pueblo mapuche, integración latinoamericana, etc., debería considerar ese

programa. No obstante, para materializarlo se necesita otra Constitución Política, fruto de una Asamblea Constituyente.

Esto no se logrará a través del "proceso constituyente" a que llama el gobierno y que la población ha recibido con frialdad. Se alcanzará en la lucha independiente de las organizaciones sociales. Allí madurará el programa y emergerán nuevos liderazgos, limpios de corrupción. A ese proyecto histórico hay que invitar a las fuerzas armadas. Su destino no es seguir siendo escuderos de la oligarquía y del imperio. Un papel diferente, patriótico y honroso les espera en la construcción de una sociedad más justa y participativa.

Manuel Cabieses Donoso Editorial de "Punto Final", edición Nº 850, 29 de abril de 2016.

Bibliografía

- Carlos, C. d. (16 de abril de 2006). http://www.abc.es/. Recuperado el 27 de junio de 2015, de La historia oculta de las manos del Che: http://www.abc.es/hemeroteca/historico-16-04-2006/abc/Internacional/la-historia-oculta-de-las-manos-del-che_1421165531696.html
- Cofré, V. (2012). La Trampa, historia de una infiltración. Santiago de Chile: LOM.
- Durston y Miranda, J. y. (2002). Experiencias y metodología de la investigación participativa. Obtenido de http://repositorio.cepal. org/bitstream/handle/11362/6023/S023191_es.pdf?sequence=1
- El Cronista de Cochabamba. (21 de septiembre de 2009). Recuperado el 27 de junio de 2015, de ZANNIER VALENZUELA, Víctor: http://cronistacochabamba.blogspot.com/2010/09/zannier-valenzuela-victor.html
- Estellano, W. (24 de marzo de 2000). Punto Final N°324. Recuperado el 27 de junio de 2015, de Los archivos fatales de Antonio Arguedas: http://www.puntofinal.cl/000324/nac2.html
- Fernández, P. (Marzo de 2002). Militares en la guerrilla. Punto Final(516).

 Obtenido de Militares en la guerrilla: http://www.puntofinal.
 cl/516/venezuela.htm
- La Nación.cl. (10 de mayo de 2009). ¿Quién es Roger Vekemans? Recuperado el 25 de junio de 2015, de La Nación.cl: http://www.lanacion.cl/noticias/site/artic/20090509/pags/20090509192955.html

- Leyton, D. (1 de enero de 2008). Imágenes y Letras. Obtenido de http://imagenesyletras.bligoo.com/vientos-de-silencio-faundes
- Quevedo, F. (1995). Regreso al Valle del Paraíso. Santiago de Chile: LOM Ediciones.
- Soria, G. C. (diciembre de 2009). El Che en Bolivia documentos y testimonios.

 Recuperado el 27 de junio de 2015, de Historia de un documento excepcional: http://www.chebolivia.org/index.php/descarga/category/2-el-diario-del-che-en-bolivia-edicion-cotejada-con-el-manuscrito-original?download=6:eb-chediario
- Verdugo, P. (1998). Interferencia secreta, 11 de septiembre de 1973. Santiago de Chile: Sudamericana.

En palabras de Alejo Carpentier, los periodistas debían ser cronistas de su tiempo. También los medios de prensa narran sucesos, interpretan realidades y cuentan una época. Si además ese medio de prensa se compromete con las causas justas, está del lado de los pobres y refleja un compromiso con la ética, trascenderá en el tiempo no solo como cronista de una época sino también como una tribuna de gritos de resistencia, emancipación y rebeldía.

Es el caso de *Punto Final* que antes del golpe denunció que había una conspiración. Clausurada por la dictadura, su fundador y director, Manuel Cabieses Donoso, regresa a Chile y vive una década de resistencia clandestina. Al agonizar la dictadura, *Punto Final* renace y suma su voz a la lucha por la democracia. Su historia nos llega esta vez de primera mano. Manuel Cabieses escribe su propia biografía como periodista chileno, de izquierda y revolucionario. El recuento de su vida es sólo un pretexto para abordar la historia de *Punto Final*, revista cuya vida se funde con la de Cabieses.

Punto Final. Autobiografía de un rebelde sobresale por su apego a la realidad histórica, por la exquisitez de los detalles que narra y por el ritmo acelerado y dinámico que a estas líneas le pone su autor. Un nuevo título que seguramente será de agrado de los militantes de la izquierda latinoamericana y de todos aquellos que sean partidarios de las causas justas.